

A photograph of a blue and yellow bird, likely a chickadee, sitting in a nest made of wood shavings. The parent bird is looking down at several young chicks. One chick in the foreground has its beak open, and the parent bird is feeding it. The background is a dark, textured surface, possibly the interior of a tree trunk.

**Estudio Expositivo del
Evangelio según Lucas**

Compasivos en Cristo

Lucas 1—13

Warren W. Wiersbe

Compasivos en Cristo

**Estudio expositivo de
Evangelio Según Lucas
Capítulos 1—13**

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Compasivos en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Compassionate**.

© 1988

SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial, ya sea por mimeógrafo o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

© 2005

WW-510
ISBN 1-932607-06-4

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

Printed in USA

Índice

Prefacio	v
Bosquejo	vi

Capítulo	Página
1. ¡Escuchen las buenas nuevas! (Lucas 1)	1
2. ¡El Señor ha nacido! (Lucas 2)	16
3. ¡Este es el Hijo de Dios! (Lucas 3—4)	31
4. La diferencia que Jesús hace (Lucas 5)	46
5. ¿Qué hay de nuevo? ¡Todo! (Lucas 6)	59
6. La compasión en acción (Lucas 7)	74
7. Lecciones sobre la fe (Lucas 8)	87
8. Ministerio multifacético (Lucas 9)	102
9. ¿Qué hace un creyente? (Lucas 10)	117
10. Aprendiendo...lecciones de la vida (Lucas 11) ...	130
11. Creyente ¡Cuidado! (Lucas 12)	145
12. Preguntas y respuestas (Lucas 13)	159

Dedicado a mi amigo
y médico personal

Dr. Dale E. Michels

quien comparte con el Dr. Lucas

amor para el Señor Jesucristo,
un corazón compasivo,

y un deseo ferviente de
llevar el evangelio al mundo.

Prefacio

“La compasión deprime”, escribió el excéntrico filósofo Federico Nietzsche. “El hombre pierde poder cuando siente compasión”.

Nietzsche perdió la razón el año en que nació Adolfo Hitler, pero Hitler llevó a la práctica esa filosofía. Despreciaba a toda persona y los mantenía a su distancia. Detestaba especialmente a los débiles e incapacitados, y formuló programas para exterminarlos.

Roberto Payne escribió: “Incluso en ocasiones festivas permanecía singularmente a solas, y el flujo de la emoción cesaba abruptamente cuando entraba en contacto con él. . . . Exigía para sí inmunidad de la gente” (*The Life and Death of Adolph Hitler [La vida y muerte de Adolfo Hitler]*, Praeger, p. 461).

¡Qué contraste con Jesucristo, el compasivo Hijo del Hombre! En su Evangelio el Dr. Lucas describe a nuestro Señor como un individuo que se mezclaba con la gente, incluyendo publicanos y pecadores, y que llevó con ellos las cargas de los afligidos y débiles. Jesús ha demostrado conclusivamente que la compasión es una señal de fuerza, no de debilidad; y que el poder de Dios fluye a través de corazones que aman.

Creo que fue Jorge Bernard Shaw quien dijo que si los demás planetas están habitados, deben estar usando a la tierra como su asilo para locos. Nuestro mundo está lleno de personas que sufren y que necesitan un toque cariñoso y una palabra de estímulo. Jesús ha puesto aquí a su pueblo para que el mundo sepa que él se interesa.

Su mandato para nosotros es: “¡Sean compasivos!”

Warren W. Wiersbe

Bosquejo sugerido del Evangelio de Lucas

Tema central: Los viajes de nuestro Señor como el Hijo del Hombre

Versículo clave: 19:10

Prefacio: 1:1-4

I. Viaje del cielo a la tierra 1:5—4:13

A. Anuncio de dos nacimientos 1:5-56

B. Los niños nacen 1:57—2:20

C. Niñez y adolescencia de Jesús 2:21-52

D. Bautismo y tentación de Jesús 3:1—4:13

II. Viaje por Galilea 4:14—9:17

III. Viaje a Jerusalén 9:18—19:27

IV. Ministerio en Jerusalén 19:28—24:53

¡Escuchen las buenas nuevas!

Lucas 1

Si alguna vez un hombre escribió un libro lleno de buenas noticias para todo el mundo, fue el Dr. Lucas. Su mensaje clave es: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). Presenta a Jesucristo como el compasivo Hijo del Hombre, que vino a vivir entre pecadores, a amarlos, a ayudarlos, y a morir por ellos.

En este Evangelio encontrarás individuos así como multitudes, mujeres y niños así como hombres, pobres y ricos, y pecadores tanto como santos. Es un libro con un mensaje *para todo el mundo*, porque el énfasis de Lucas recae sobre la universalidad de Jesucristo y su salvación: “...nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo” (Lucas 2:10).

Al Dr. Lucas se le menciona sólo tres veces en el Nuevo Testamento: en Colosenses 4:14; 2 Timoteo 4:11, y Filemón 24. El escribió el Libro de los Hechos (compara Lucas 1:1-4 y Hechos 1:1) y viajó con Pablo (nota las

2 **Compasivos en Cristo**

secciones “nosotros” en Hechos 16:10-17; 20:4-15; 21:1-18, y 27:1—28:16). Probablemente era de origen gentil (compara con Colosenses 4:11 y 14), y se educó como médico. No es de sorpresa que empezara su libro con relatos detallados de los nacimientos de dos niños importantes, ni que recalcará la compasión de Cristo por los afligidos. Escribió con la mente de un cuidadoso historiador y con el corazón de un médico cariñoso.

El Evangelio de Lucas fue escrito para Teófilo (“que ama a Dios”), probablemente oficial romano que había confiado en Cristo y que ahora necesitaba que se le afirmara en la fe. También es posible que Teófilo haya sido un buscador de la verdad, y a quien se le enseñaba el mensaje del evangelio, porque la palabra que se traduce instruido en Lucas 1:4 nos da la palabra *catecúmeno* en español, “alguien a quien se está enseñando lo básico del cristianismo”.

La vida y el mensaje de Cristo eran tan importantes que muchos libros se habían escrito ya sobre él, pero no todo en ellos es de confiar. Lucas escribió su Evangelio para que sus lectores pudiera tener una narración exacta y ordenada de la vida, ministerio y mensaje de Jesucristo. Lucas había investigado su material con toda prolijidad, entrevistado a los testigos oculares, y escuchado a los que habían ministrado la palabra. Pero más importante aun, tenía la dirección del Espíritu Santo. La frase “desde el principio” (del griego *anozen*) se puede traducir como “de arriba”, como en Juan 3:31 y 19:11. Habla de la inspiración del Espíritu de Dios en el mensaje que Lucas escribió.

En el capítulo uno Lucas nos dice cómo llegaron a diferentes personas las maravillosas noticias, y cómo éstas respondieron. Descubrirás cuatro respuestas diferentes.

1. Incredulidad (Lucas 1:5-25)

Era en verdad un día negro para la nación de Israel. El pueblo no había oído ninguna palabra profética de Dios en 400 años, desde que Malaquías había profetizado la venida de Elías (Malaquías 4:5,6). Los líderes espirituales estaban encadenados por la tradición y, en algunos casos, la corrupción; y su rey, Herodes el Grande, era un tirano. Tuvo nueve (algunos dicen que diez) esposas, a una de las cuales hizo ejecutar sin ninguna razón evidente. Pero por más negro que haya sido ese día, Dios siempre ha tenido sus seguidores fieles y obedientes.

Un sacerdote fiel (1:5-7). Zacarías (*Jehová ha recordado*) y Elisabet (*Dios es mi juramento*) formaban una pareja consagrada, y ambos procedían de linaje sacerdotal. Los sacerdotes estaban divididos en veinticuatro grupos (1 Crónicas 24), y cada sacerdote servía en el templo dos semanas al año. A pesar de la impiedad que les rodeaba, Zacarías y Elisabet eran fieles obedeciendo la Palabra de Dios y vivían impecablemente.

Su única tristeza era que no tenían hijos, y oraban por esto constantemente. Ellos no sospechaban que Dios contestaría sus oraciones y les daría, no un sacerdote, ¡sino un profeta! Y no cualquier profeta ordinario, ¡sino que su hijo sería el heraldo del Rey que vendría!

Un sacerdote temeroso (1:8-17). Los sacerdotes que estaban de turno sorteaban para ver cuales ministerios desempeñaría cada uno, y a Zacarías le tocó el ofrecer incienso en el lugar santo. Esto era un alto honor que se le otorgaba a un sacerdote sólo una vez en su vida. El incienso se ofrecía diariamente antes del sacrificio de la mañana y después del sacrificio de la tarde, alrededor de las 3:00 p.m. Probablemente fue la ofrenda de la tarde la que fue asignada a Zacarías.

4 Compasivos en Cristo

Sin duda habrás notado que a menudo Dios habla a su gente y los llama mientras están atareados cumpliendo sus tareas diarias. Tanto Moisés como David pastoreaban ovejas y Gedeón trillaba trigo. Pedro y sus compañeros remendaban redes cuando Jesús los llamó. Así que, cuando nos dedicamos a nuestras tareas, Dios nos pueda dirigir.

En su Evangelio, Lucas hace mención de ángeles veintitrés veces. Hay innumerables ángeles (Apocalipsis 5:11), y en la Biblia se indica el nombre de sólo dos de ellos: Miguel (Daniel 10:13,21; 12:1; Judas 9; Apocalipsis 12:7) y Gabriel (Daniel 8:16; 9:21; Lucas 1:19,26). Cuando Gabriel se apareció junto al altar, Zacarías se aterrorizó, porque la aparición de un ángel podría haber significado juicio divino.

“No temas” es una afirmación que se repite en el evangelio de Lucas (1:13,30; 2:10; 5:10; 8:50; 12:7,32). ¡Imagínate cuánto se emocionaría Zacarías al oír que él y Elisabet iban a tener un hijo! *Regocijarse* es otro tema clave en Lucas, mencionado por lo menos diecinueve veces. ¡Las buenas noticias dan gozo!

Gabriel le instruyó para que le pusiera por nombre Juan (*Jehová es gracia*) y que lo dedicara a Dios para ser nazareo toda su vida (Números 6:1-21). Sería lleno del Espíritu desde antes de nacer (Lucas 1:41), y sería el profeta de Dios para presentar al Hijo de Dios al pueblo de Israel (Juan 1:15-34). Dios usaría el ministerio de Juan para convertir a muchos al Señor, tal como Isaías había prometido (Isaías 40:1-5).

Un sacerdote sin fe (1:18-22). Uno pensaría que la presencia de un ángel y el anuncio de la Palabra de Dios estimularían la fe de Zacarías, pero no fue así. En lugar de mirar a Dios con fe, el sacerdote se miró a sí mismo y a su esposa, y decidió que el nacimiento de un hijo era

imposible. Quería más seguridad que la palabra directa de Gabriel, el mensajero de Dios, tal vez una señal divina.

Esto, por supuesto, fue incredulidad, y la incredulidad es algo que Dios no acepta. Zacarías en realidad estaba poniendo en tela de duda la capacidad de Dios para cumplir su palabra. ¿Se había olvidado de lo que Dios hizo por Abraham y Sara? (Génesis 18:9-15; Romanos 4:18-25). ¿Pensaba que sus limitaciones físicas estorbarían al Dios Todopoderoso? Pero antes de criticar a Zacarías debemos examinarnos nosotros mismos y ver qué tan fuerte es nuestra fe.

La fe es bendecida, pero la incredulidad es juzgada; y Zacarías quedó mudo (y posiblemente sordo, Lucas 1:62) hasta que se cumplió la palabra. “Creí, por lo cual hablé” (2 Corintios 4:13). Zacarías no creyó, por consiguiente no pudo hablar. Cuando salió del lugar santo no pudo pronunciar la bendición sacerdotal sobre el pueblo (Números 6:22-27) ni siquiera decirles lo que había visto. En verdad Dios le había dado una señal muy personal con la que tendría que vivir durante los siguientes nueve meses.

Un sacerdote favorecido (1:23-25). Zacarías debe haber tenido dificultades para terminar su semana de ministerio, no sólo debido a su impedimento, sino también debido a su emoción. Estaba impaciente por volver “a la montaña” (Lucas 1:39) en donde vivía, para contarle a su esposa las buenas noticias.

Dios cumplió su promesa y Elisabet concibió un hijo en su vejez. “Ni hay nada que sea difícil para ti” (Jeremías 32:17). Al parecer el asombro y la curiosidad de la gente la obligaron a esconderse, pero alabó al Señor por su misericordia. No sólo tuvo un hijo, sino que el nacimiento de ese hijo fue evidencia de que *¡el Mesías vendría!* ¡Qué días tan emocionantes en verdad!

6 Compasivos en Cristo

2. Fe (Lucas 1:26-38)

Al sexto mes del embarazo de Elisabet Gabriel anunció un segundo nacimiento, esta vez a una joven virgen en Nazaret llamada María. Por lo menos hubo variedad en las tareas que se le asignaron: un anciano, una joven; un sacerdote, un descendiente de David, el rey; el templo, una casa común; Jerusalén, Nazaret; incredulidad, fe.

Los habitantes de Judá despreciaban a los judíos que vivían en Galilea y aducían que no eran *kosher* debido a su contacto con los gentiles allí (Mateo 4:15). Menospreciaban de manera especial a los de Nazaret (Juan 1:45,46). Pero Dios, en su gracia, ¡escogió a una joven de Nazaret de Galilea para que fuera la madre del Mesías prometido!

Cuando se trata de María, la gente tiende ir a uno de dos extremos. O bien la magnifican tanto que Jesús queda en segundo lugar (Lucas 1:32), o la ignoran y de esa manera no le dan la estimación que se merece (Lucas 1:48). Elisabet, llena del Espíritu, la llamó “la madre de mi Señor” (Lucas 1:43); y ésa es razón suficiente para estimarla.

¿Qué sabemos de María? Era una judía de la tribu de Judá, descendiente de David, y virgen (Isaías 7:14). Estaba comprometida en matrimonio con un carpintero de Nazaret llamado José (Mateo 13:55), y evidentemente ambos eran pobres (Levítico 12:8; Lucas 2:24). Entre los judíos de ese tiempo, el compromiso matrimonial era casi tan vinculante como el matrimonio, y se podía romper únicamente mediante el divorcio. Es más, al hombre y a la mujer se les decía esposo y esposa incluso antes de que se celebrara la boda (compara Mateo 1:19 y Lucas 2:5). Puesto que las judías se casaban muy jóvenes, es probable que María fuera adolescente cuando el ángel se le apareció.

La sorpresa de María (1:26-33). Al considerar el saludo de Gabriel se puede comprender bien por qué María se

quedó perpleja y con temor: “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo”. (La frase *bendita tú entre las mujeres* no se halla en muchos manuscritos griegos. La encontrarás en Lucas 1:42). ¿Por qué un ángel vendría a saludarla *a ella*? ¿De qué manera era ella “muy favorecida” por Dios? ¿Qué quería decir eso de que el Señor estaba con ella?

La respuesta de María revela su humildad y sinceridad ante Dios. Por cierto que jamás esperó ver un ángel y recibir favores especiales del cielo. No había nada de singular en ella para que le ocurrieran esas cosas. Si ella hubiera sido diferente de las demás muchachas judías, como algunos teólogos aducen que era, hubiera podido haber dicho: “Pues bien, ¡ya era tiempo! ¡Te había estado esperando!” Por el contrario, todo esto fue sorpresa para ella.

Gabriel entonces le dio las buenas noticias: Sería la madre del Mesías prometido, a quien ella pondría por nombre Jesús (*Jehová es salvación*; ve Mateo 1:21). Gabriel afirmó tanto la deidad como la humanidad de Jesús. Como hijo de María, sería humano; como Hijo del Altísimo (Lucas 1:32), sería el Hijo de Dios (Lucas 1:35). “Porque un niño nos es nacido [su humanidad], hijo nos es dado [su deidad]” (Isaías 9:6). El énfasis recae en la grandeza del Hijo (compara éste con el caso de Juan, Lucas 1:15), no en la grandeza de la madre.

Pero también sería Rey, heredero del trono de David, y ¡reinará sobre Israel para siempre! Si interpretamos literalmente lo que Gabriel dijo en Lucas 1:30,31, entonces también debemos interpretar literalmente lo que dijo en Lucas 1:32,33. Se refería al pacto de Dios con David (2 Samuel 7) y las promesas de su reino para el pueblo de Israel (Isaías 9:1-7; 11; 12; 61; 66; Jeremías 33).

Jesús vino a la tierra para ser el Salvador del mundo, pero también vino para cumplir las promesas que Dios le

8 **Compasivos en Cristo**

hizo a los padres judíos (Romanos 15:14). Hoy Jesús está sentado en su trono en el cielo (Hechos 2:29-36), pero no en el trono *de David*. Un día Jesús volverá y establecerá su justo reino en la tierra, y entonces estas promesas se cumplirán.

La sumisión de María (1:34-38). María sabía *lo que* iba a ocurrir, pero no sabía *cómo* ocurriría. Su pregunta en Lucas 1:34 no es evidencia de incredulidad; más bien, fue una expresión de fe. Ella creyó la promesa, pero no comprendía cómo se realizaría. ¿Cómo podía una virgen dar a luz un hijo?

En primer lugar, Gabriel le explicó que esto sería un milagro, obra del Espíritu Santo de Dios. José, su prometido, no sería el padre del hijo (Mateo 1:18-25), aun cuando a Jesús se le identificaría legalmente como hijo de José (Lucas 3:23; 4:22; Juan 1:45; 6:42). Es posible que algunos llegaran a pensar que María le había sido infiel a José y que Jesús nació de fornicación (Juan 8:41). Esto fue parte del dolor que tuvo que soportar toda su vida (Lucas 2:35).

Gabriel recalcó con todo cuidado que el Niño sería “santo” y no participaría de la naturaleza pecaminosa del hombre. Jesús no conoció pecado (2 Corintios 5:21), nunca pecó (1 Pedro 2:22) y no tuvo pecado (1 Juan 3:5). Su cuerpo lo preparó el Espíritu de Dios (Hebreos 10:5), quien vino sobre María. Esta expresión se aplicaba a la presencia de Dios en el Lugar Santísimo, en el tabernáculo y el templo de los judíos (Exodo 40:35). El vientre de María ¡se convirtió en un lugar santísimo para el Hijo de Dios!

El ángel terminó su mensaje dando a María una palabra de ánimo: Su anciana parienta Elisabet estaba encinta, demostrando que para Dios nada será imposible. Dios dijo una palabra similar a Abraham cuando le anunció el

nacimiento de Isaac (Génesis 18:14). El poder de Dios para hacer cualquier cosa es el testimonio de muchos, incluyendo a Job (Job 42:2), Jeremías (Jeremías 32:17), e incluso a nuestro Señor Jesús (Mateo 19:26). Personalmente me gusta la traducción de este versículo que se halla en la *Versión Estándar Americana*: “Porque ninguna palabra de Dios quedará vacía de poder”. Dios cumple sus propósitos mediante el poder de su Palabra (Salmo 33:9).

La respuesta de María que indica que creyó fue someterse a Dios como sierva dispuesta. Experimentó la gracia de Dios (Lucas 1:30) y creyó en su Palabra, por consiguiente pudo ser usada por el Espíritu para realizar la voluntad de Dios. Una “sierva” era la criada más humilde entre siervas, lo que muestra cuánto confió María en Dios. Pertenecía totalmente al Señor, en cuerpo (Lucas 1:38), alma (Lucas 1:46), y espíritu (Lucas 1:47). ¡Qué ejemplo a seguir! (Romanos 12:1,2).

3. Gozo (Lucas 1:39-56)

Ahora que María sabía que iba a ser madre, y que su parienta Elisabet daría a luz en tres meses, quería verla para poder regocijarse juntas. Gozo es el principal tema de esta sección, en la que se ve a tres personas regocijándose en el Señor.

El gozo de Elisabet (1:39-45). Cuando María entró en su casa, Elisabet oyó su saludo, fue llena del Espíritu, y el Señor le dijo por qué María estaba allí. La palabra que brotó de sus labios fue “bendita”. Se puede ver que no dijo que María fue bendita *por sobre* las mujeres, sino *entre* las mujeres, y esto por cierto es así. Aun cuando no queremos asignar a María lo que sólo pertenece a Dios, tampoco queremos minimizar su lugar en el plan de Dios.

Lo que Elisabet recalcó fue la *fe* de María: “Bienaventurada la que creyó” (Lucas 1:45). Somos salvos “por

10 **Compasivos en Cristo**

gracia... por medio de la fe” (Efesios 2:8,9). En razón de que María creyó la Palabra de Dios, experimentó el poder de Dios.

El gozo del hijo que todavía no nacía, Juan (1:41,44). Es probable que éste haya sido el momento en que el niño fue lleno del Espíritu, tal como el ángel lo había prometido (Lucas 1:15). Aun antes de nacer, Juan se regocijó en Jesucristo, tal como lo hacía durante su ministerio terrenal (Juan 3:29,30). Juan el Bautista tendría el gran privilegio de introducir al Mesías a la nación judía.

El gozo de María (1:46-56). Fue un gozo que la impulsó a elevar su voz en un himno de alabanza. La plenitud del Espíritu debe llevarnos a una alabanza gozosa en nuestra vida (Efesios 5:18-20), y lo mismo la llenura de la Palabra (Colosenses 3:16,17). El canto de María contiene citas y referencias de las Escrituras del Antiguo Testamento, especialmente de los Salmos y del canto de Ana en 1 Samuel 2:1-10. María guardaba en su corazón la Palabra de Dios y la hizo un canto.

A este canto se le llama “el Magnificat”, debido a que la versión latina de Lucas 1:46 dice *Magnificat anima mea Dominum*. Su mayor deseo era magnificar al Señor, no magnificarse a sí misma. Ocho veces, en esta porción de Escritura, María recuenta lo que Dios había hecho por tres personas que recibieron la bendición divina.

Lo que Dios hizo por María (1:46-49). Para empezar, Dios la había salvado (Lucas 1:47), lo que indica que María era una pecadora como nosotros y necesitaba confiar en el Señor para su salvación eterna. El no sólo la había salvado, sino que también la había escogido para ser la madre del Mesías (Lucas 1:48). El había “mirado”, lo que significa que la consideró y la miró con favor. No hay duda de que había otras que podrían haber sido escogidas, pero ¡Dios le

escogió a ella! El Señor en verdad había derramado su gracia sobre ella (ve 1 Corintios 1:26-28).

Dios no sólo la había considerado, sino que también había sido poderoso para ella, obrando en su favor (Lucas 1:49). María no tendría problema en cantar, “Grandes cosas ha hecho para mí” (ve Lucas 8:39; 1 Samuel 12:24; 2 Samuel 7:21-23; y Salmo 126:2,3). Debido a que ella creyó en Dios y se sometió a su voluntad, Dios realizó un milagro en su vida y la usó para traer al Salvador al mundo.

Lo que Dios hizo por nosotros (1:50-53). En la segunda estrofa de su canto María incluyó *a todo* el pueblo de Dios que le temen de generación en generación. Todos hemos recibido su misericordia y experimentado su ayuda. María mencionó tres grupos específicos con quienes Dios había sido misericordioso: Los débiles (Lucas 1:51), los humildes (Lucas 1:52), y los que padecen hambre (Lucas 1:53).

En aquel tiempo la gente era casi impotente en lo que se refería a la justicia y derechos civiles. A menudo padecía de hambre, se les oprimía y se sentía desalentado (Lucas 4:16-19). No había manera de que ellos pudieran luchar contra el sistema. Una sociedad secreta de patriotas judíos extremistas, llamados *zelotes*, usaba medios violentos para oponerse a Roma, pero sus actividades sólo empeoraron las cosas.

María vio que el Señor lo cambiaba todo: los débiles destronaban a los poderosos, los humildes desplazaban a los orgullosos, los *nadies* eran exaltados, los hambrientos eran saciados, ¡y los ricos acababan pobres! La gracia de Dios obra de forma contraria a los pensamientos y maneras del sistema del mundo (1 Corintios 1:26-28). La iglesia es como esa banda de hombres que se reunieron junto a David (1 Samuel 22:2).

12 **Compasivos en Cristo**

Lo que Dios hizo por Israel (1:54,55). “El salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21). A pesar de la condición destituida de Israel, la nación era todavía sierva de Dios y él ayudaría al pueblo para que cumpliera sus propósitos. ¡Dios estaba del lado de Israel! Recordaría su misericordia y cumpliría sus promesas (Salmo 98:1-3; ve también Génesis 12:1-3; 17:19; 22:18; 26:4; 28:14). Si no fuera por Israel, Jesucristo no podría haber nacido en este mundo.

María se quedó con Elisabet hasta el nacimiento de Juan, y luego regresó a Nazaret. Para entonces era claro que estaba encinta, y sin duda la gente comenzó a chismear. Después de todo, había estado fuera de su casa durante tres meses y lo más probable es que la gente se preguntara “¿por qué se fue tan apurada?” Fue entonces cuando Dios dio las buenas noticias a José, y le dijo lo que tenía que hacer (Mateo 1:18-25).

4. Alabanza (Lucas 1:57-80)

La bendición de Dios descansaba abundantemente sobre Zacarías y Elisabet. Les envió un hijo, tal como se prometió y ellos le pusieron por nombre “Juan”, tal como Dios se los había instruido. Los judíos miraban a los hijos como un don de Dios y herencia del Señor (Salmo 127:3-5; 128:1-3), y con razón, porque lo son. Israel no seguía las prácticas de sus vecinos paganos que abortaban o abandonaban a sus hijos. Cuando se considera el millón y medio de abortos que se realizan cada año sólo en los Estados Unidos de América del Norte, vemos cuánto nos hemos alejado de las leyes de Dios.

“Las fuerzas más grandes del mundo no son los terremotos o rayos, son los bebés”, dijo el Dr. E. T. Sullivan.

Tradicionalmente al niño se le ponía el nombre del padre o de algún otro familiar; así que los parientes y vecinos se quedaron perplejos cuando Elisabet insistió en que se le llamara Juan. Zacarías escribió “Juan es su nombre” en una tablilla, ¡y eso resolvió el asunto! Inmediatamente Dios abrió la boca del anciano sacerdote, y Zacarías entonó un himno que nos da cuatro hermosos cuadros de lo que realmente significa la venida de Cristo a la tierra.

Apertura de las puertas de la cárcel (1:68). La palabra “redimir” quiere decir *poner en libertad mediante el pago de un precio*. Puede referirse a poner en libertad a un preso o liberar a un esclavo. Jesucristo vino a la tierra para dar “libertad a los cautivos” (Lucas 4:18), salvación a los que están en esclavitud de pecado y muerte. Por cierto no podemos ponernos en libertad nosotros mismos; sólo Cristo pudo pagar el precio necesario de nuestra redención (Efesios 1:7; 1 Pedro 1:18-21).

Ganar una batalla (1:69-75). En la Biblia el cuerno simboliza poder y victoria (1 Reyes 22:11; Salmo 89:17,24). Este es el cuadro de un ejército que está a punto de ser capturado, pero en ese momento llega ayuda y el enemigo es derrotado. En el cuadro previo los cautivos son puestos en libertad; aquí el enemigo es derrotado *para que no pueda capturar más prisioneros*. Esto indica victoria total para el pueblo de Dios.

La palabra “salvación” (Lucas 1:69,71) lleva el significado de *salud y bienestar*. Cualquiera que sea la condición de los cautivos, su Redentor les da bienestar espiritual. Cuando confías en Jesucristo como Salvador, eres librado del poder de Satanás, trasladado al reino de Dios, redimido y perdonado (Colosenses 1:12-14).

¿De dónde vino el Redentor? Vino de la casa de David (Lucas 1:69), quien fue un gran conquistador. Dios había

14 **Compasivos en Cristo**

prometido que el Salvador sería un judío (Génesis 12:1-3), de la tribu de Judá (Génesis 49:10), de la familia de David (2 Samuel 7:12-16), nacido en la ciudad de David, Belén (Miqueas 5:2). Tanto María (Lucas 1:27) como José (Mateo 1:20) pertenecían al linaje de David. La venida del Redentor era inherente en los pactos que Dios hizo con su pueblo (Lucas 1:72), y fue prometida por los profetas (Lucas 1:70).

Nota que los resultados de esta victoria son santidad y servicio (Lucas 1:74,75). Dios nos hace libres, no para que hagamos nuestra propia voluntad, porque eso sería esclavitud, sino para hacer su voluntad y disfrutar de su libertad.

Cancelación de una deuda (1:76,77). “Perdón” quiere decir *enviar lejos, despedir, como una deuda*. Todos estamos endeudados con Dios porque hemos quebrantado su ley y no hemos cumplido sus normas (Lucas 7:40-50). Es más, todos estamos en bancarrota espiritual, incapaces de pagar nuestra deuda. Pero Jesús vino y pagó la deuda por nosotros (Salmo 103:12; Juan 1:29).

Amanecer de un nuevo día (1:78,79). “Aurora” quiere decir *salida del sol*. El pueblo estaba en tinieblas y muerte, y la aflicción los agobiaba cuando Jesús vino; pero él trajo luz, vida y paz. Fue la aurora de un nuevo día gracias a las tiernas misericordias de Dios (ve Mateo 4:16).

El anciano sacerdote no había dicho nada durante nueve meses, pero con certeza compensó por su silencio cuando entonó su canto de alabanza a Dios. Tuvo gran gozo porque su hijo fue escogido por Dios para preparar el camino para el Mesías (Isaías 40:1-4; Malaquías 3:1). Juan era “profeta del Altísimo” (Lucas 1:76), presentando a Israel al “Hijo del Altísimo” (Lucas 1:32), que fue concebido en el vientre de María por “el poder del Altísimo” (Lucas 1:35).

En lugar de disfrutar de una vida cómoda como sacerdote, Juan vivió en el desierto, disciplinándose física y espiritualmente, esperando el día en el que Dios le enviara a preparar a Israel para la llegada del Mesías. Personas como Simeón y Ana (Lucas 2:25-38) habían estado esperando ese día durante muchos años, y pronto vendría.

Dios nos llama hoy a creer sus buenas nuevas. Los que creen, experimentan su gozo y quieren expresarle sus alabanzas. No es suficiente decir que Jesús es *un* Salvador, y ni siquiera *el* Salvador. Junto con María debemos decir: “mi espíritu se regocija en Dios *mi* Salvador” (Lucas 1:47) [las cursivas son mías].

¡El Señor ha nacido!

Lucas 2

El segundo capítulo de Lucas bien puede ser la parte más familiar y querida del Evangelio de Lucas. Mi esposa y yo todavía leemos juntos los primeros veinte versículos cada nochebuena, tal como lo hacíamos cuando nuestros hijos eran pequeños. La historia es vieja, pero siempre nueva, y el pueblo de Dios nunca se cansa de ella.

El Dr. Lucas nos da tres vistazos de los primeros años del Señor Jesucristo.

1. El Recién Nacido (Lucas 2:1-20)

“Débil como niño de brazos” es una expresión común que no se podría aplicar al Niño Jesús en el pesebre. Aun cuando era débil como cualquier otro bebé humanamente hablando, era también el centro de poder en lo que se refiere al cielo.

Su nacimiento trajo a María y a José a Belén (2:1-7). Augusto César, gobernaba pero era Dios quien mandaba. El usó el edicto del César para que María y José viajaran los 130 kilómetros de Nazaret a Belén y así cumplir su

Palabra. Roma realizaba un censo cada catorce años con propósitos tanto militares como de impuestos, y cada varón judío tenía que volver a la ciudad de sus padres para inscribir su nombre, oficio, propiedad y familia.

Cuando María dijo: “hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lucas 1:38), quiso decir que desde ese momento en adelante su vida sería parte del cumplimiento de la profecía divina. Dios había prometido que el Salvador sería humano, no un ángel (Génesis 3:15; Hebreos 2:16), y judío, no gentil (Génesis 12:1-3; Números 24:17). Sería de la tribu de Judá (Génesis 49:10), y de la familia de David (2 Samuel 7:1-17), y nacería de una virgen (Isaías 7:14) en Belén, la ciudad de David (Miqueas 5:2).

Todo esto sucedió tal como las Escrituras lo decían, y César Augusto sin saberlo jugó un papel importante. El ex-presidente norte americano James A. Garfield dijo que la historia es “el rollo de la profecía desenrollado”. Si la Palabra de Dios controla nuestra vida, entonces los sucesos de la historia tan solo nos ayudan a cumplir la voluntad de Dios. “Yo apresuro mi palabra para ponerla por obra”, promete el Señor (Jeremías 1:12).

María y José ya eran esposo y esposa, pero puesto que no consumaron su matrimonio sino después del nacimiento de Jesús, se dice que ella estaba “desposada” con él (Mateo 1:18-25). El viaje debe haber sido muy difícil para ella, pero se regocijaba en hacer la voluntad de Dios, y sin duda alguna se alegró de alejarse de las lenguas sueltas de Nazaret.

Las madres en esos días envolvían a sus bebés en largas tiras de tela, para fortalecer sus extremidades y darles protección. La palabra griega que se traduce “pesebre” (Lucas 2:7,12,16 y también en Lucas 13:15) puede indicar un comedero o un cercado para animales. Aún hoy al viajar por la Tierra Santa se pueden ver antiguos comederos de

18 **Compasivos en Cristo**

piedra, y es probable que uno de esos comederos haya servido como cuna para el recién nacido Jesús. Muchos eruditos piensan que nuestro Señor nació en una cueva en donde se metía a los animales para protegerlos, y no es un cobertizo de madera como se ve en las escenas modernas del pesebre.

Belén quiere decir *casa de pan*, lugar ideal para el nacimiento del Pan de Vida (Juan 6:35). El rico legado histórico incluye la muerte de Raquel y el nacimiento de Benjamín (Génesis 35:16-20; ve también Mateo 2:16-18), el matrimonio de Rut, y las hazañas de David. Vale la pena notar que el nombre Benjamín quiere decir *hijo de mi mano derecha*, y el nombre David significa *amado*. Estos dos nombres se aplican a nuestro Señor, porque él es el Hijo Amado (Lucas 3:22) a la diestra de Dios (Salmo 110:1).

Su nacimiento trajo a los ángeles del cielo (2:8-14). ¡Cómo deben haberse sorprendido los ángeles al ver al Creador nacer como criatura, el Verbo viniendo como un bebé que ni siquiera hablaba! El mejor comentario sobre esto se halla en 2 Corintios 8:9, y la mejor respuesta de nuestro corazón es asombro y adoración. “Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16).

El primer anuncio del nacimiento del Mesías lo dio el ángel a unos cuantos pastores anónimos. ¿Por qué pastores? ¿Por qué no sacerdotes o escribas? Al visitar a los pastores el ángel reveló la gracia de Dios hacia la humanidad. Los pastores en Israel eran en realidad menospreciados. Su trabajo no sólo los hacía ceremonialmente inmundos, sino que los obligaba a estar lejos del templo por semanas a la vez, de modo que no podían purificarse. Dios no llama a los ricos y poderosos; él llama a los pobres y humildes (Lucas 1:51-53; 1 Corintios 1:26-29).

El Mesías vino para ser a la vez el Buen Pastor (Juan 10) y el Cordero de Dios sacrificado por los pecados del mundo (Juan 1:29). Tal vez estos pastores estaban cuidando los rebaños que proveerían los sacrificios para las ceremonias en el templo. Era apropiado que las buenas noticias del Pastor Divino y Cordero de Dios se dieran primero a pastores humildes.

Los pastores no se dejaban engañar fácilmente. Eran hombres prácticos que no se dejaban llevar por fantasías. Si decían que vieron un ángel y que fueron y hallaron al Mesías, entonces se les podría creer. Dios seleccionó a esforzados trabajadores para ser los primeros testigos de que su Hijo había venido al mundo.

Primero apareció un ángel (¿Gabriel?) y dio el alegre anuncio; luego un coro de ángeles se le unió y elevó un himno de alabanza. Por primera vez en siglos la gloria de Dios volvió a la tierra. Si los valientes pastores tuvieron temor por lo que vieron y oyeron, ¡entonces se puede tener la certeza de que fue real!

“¡No temáis!” es uno de los temas clave de la historia de navidad (Lucas 1:13,30,74; y ve Mateo 1:20). Literalmente el ángel dijo: “Les anuncio buenas noticias, un gran gozo que será para todo el pueblo”. Usó la palabra que significa *predicar las buenas nuevas*, expresión que Lucas utiliza a menudo tanto en su evangelio como en el libro de los Hechos. Vemos aquí el énfasis de Lucas en un evangelio universal: Las buenas nuevas son para toda persona, no solo para los judíos.

¿Qué eran las buenas nuevas? No que Dios había enviado a un soldado, o a un juez, o a un reformador, sino que había enviado a un Salvador para que supliera la necesidad más grande del hombre. Era un mensaje de paz a un mundo que había conocido mucha guerra. La famosa “pax romana” (paz romana) había estado vigente desde

20 **Compasivos en Cristo**

el año 27 a. de C., pero la ausencia de guerra no garantiza la presencia de paz.

El filósofo estoico Epícteto dijo: “Mientras el emperador puede dar paz de la guerra en tierra y mar, no puede dar paz de la pasión, la aflicción, y la envidia. No puede dar la paz del corazón por la que el hombre anhela aun más que la paz externa”.

La palabra judía *shalom* (paz) quiere decir mucho más que tregua en las batallas de la vida. Quiere decir bienestar, salud, prosperidad, seguridad y satisfacción. Tiene que ver más con el carácter que con las circunstancias. La vida era difícil en ese tiempo, tal como lo es hoy. Los impuestos eran altos, el desempleo abundante, la moral decaída y el estado militar tenía el control de todo. Ni la ley romana, ni la filosofía griega, ni siquiera la religión judía podían satisfacer las necesidades de los corazones de los hombres. Entonces, ¡Dios envió a su Hijo!

Los ángeles alabaron a Dios en la creación (Job 38:7), y ahora le alababan al principio de la nueva creación. El propósito total del plan de salvación es *gloria a Dios* (ve Efesios 1:6,12,14). La gloria de Dios había morado en el tabernáculo (Exodo 40:34) y en el templo (2 Crónicas 7:1-3), pero se había ido debido al pecado de la nación (1 Samuel 4:21; Ezequiel 8:4; 9:3; 10:4,18; 11:22,23). Ahora la gloria de Dios volvía a la tierra en la persona de su Hijo (Juan 1:14). Ese humilde pesebre era un lugar santísimo ¡porque Jesús estaba allí!

Su nacimiento trajo a los pastores de los campos (2:15-20). La frase “pasemos, pues, hasta Belén” sugiere que los hombres se hallaban a cierta distancia, pero estuvieron dispuestos a recorrerla para ver al Mesías recién nacido. Por cierto que hicieron arreglos para que otros cuidaran los rebaños mientras ellos iban a Belén.

El verbo “hallaron” en Lucas 2:16 quiere decir *hallaron después de haber buscado*. Los pastores sabían qué buscar: un bebé recién nacido, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. ¡Y le encontraron! Lo adoraron y se maravillaron por la gracia y bondad de Dios, y el milagro que él les había traído.

Estos pastores son buenos ejemplos a seguir. Recibieron por fe el mensaje que Dios les envió, y respondieron con obediencia inmediata. Después de hallar al niño, informaron a otros de las buenas noticias, “glorificando y alabando a Dios”. *¡Tomaron el lugar de los ángeles!* (Lucas 2:13,14). Luego humildemente regresaron a sus tareas, nuevos hombres volviendo al mismo trabajo de antes.

Por alguna razón a los pastores no se les permitía testificar en las cortes, pero Dios usó a unos humildes pastores para que fueran los primeros testigos humanos del cumplimiento de la profecía—el Mesías había nacido. Los ángeles nunca han experimentado la gracia de Dios, así que no pueden dar testimonio de ella como nosotros. Hablar a otros del Salvador es una solemne obligación así como un gran privilegio, y los que somos creyentes debemos ser fieles.

2. El Niño (Lucas 2:21-38)

El Dr. Lucas nos informa ahora sobre tres reuniones importantes en el templo de Jerusalén: el niño Jesús se reúne con Moisés (Lucas 2:21-24), Simeón (Lucas 2:25-35) y Ana (Lucas 2:36-38).

Moisés (2:21-24). Nota que la palabra ley se usa cinco veces en Lucas 2:21-40. Aun cuando Cristo vino para librar a su pueblo de la esclavitud a la ley, Jesús vino “bajo la ley” y obedeció sus mandatos (Gálatas 4:1-7). No vino para destruir la ley sino para cumplirla (Mateo 5:17,18).

22 **Compasivos en Cristo**

Los padres de Jesús obedecieron la ley primero haciendo circuncidar al niño cuando tenía ocho días. Esta era la señal y sello del pacto que Dios hizo con Abraham (Génesis 17), y se lo exigía a todo varón judío que quería practicar la fe. Los judíos se sentían orgullosos de ser el pueblo del pacto de Dios, y con desdén llamaban incircuncisos a los gentiles (Efesios 2:11,12). Es desafortunado que la circuncisión llegara a ser un rito sin sentido para muchos judíos, porque proclamaba una verdad espiritual importante (Deuteronomio 10:15-20; Romanos 2:28,29).

“Su circuncisión fue su primer sufrimiento por nosotros”, dijo el finado Donald Grey Barnhouse, ministro y autor norteamericano. Simbolizaba la obra que el Salvador hizo en la cruz al tratar con nuestra naturaleza de pecado (Gálatas 6:15; Filipenses 3:1-3; Colosenses 2:10,11). En obediencia al Señor, María y José le pusieron por nombre “Jesús”, que quiere decir *Jehová es salvación* (Mateo 1:21).

Pero la circuncisión fue solo el principio. Cuando el niño tenía cuarenta días, María y José tuvieron que ir al templo para realizar los ritos de purificación prescritos en Levítico 12. También tenían que *redimir* al niño, puesto que era el primer hijo de María (Exodo 13:1-12). Tuvieron que pagar cinco siclos de plata para redimir al Redentor que un día nos redimiría con su preciosa sangre (1 Pedro 1:18,19). Su humilde sacrificio nos indica que eran demasiado pobres como para traer un cordero (2 Corintios 8:9). ¡Pero él era el Cordero!

La relación de nuestro Señor a la ley es una parte importante de su ministerio salvador. Estuvo bajo la ley (Gálatas 4:4); y aun cuando rechazó las tradiciones religiosas humanas, obedeció perfectamente la ley de Dios (Juan 8:46). Llevó por nosotros la maldición de la ley (Gálatas 3:13) y nos libertó de la esclavitud (Gálatas 5:1).

Simeón (2:25-35). Simeón y Ana, como Zacarías y Elisabet, eran parte del fiel remanente judío que esperaba con anhelo a su Mesías (Malaquías 3:16). Debido a que la Biblia dice que estaba listo y preparado para morir (Lucas 2:29), a Simeón por lo general se le caracteriza como viejo, pero no hay nada en la Biblia que respalde esto. La tradición dice que tenía 113 años, pero esto es nada más que tradición.

“Consolación de Israel” quiere decir la *esperanza mesiánica*. Una de las oraciones judías tradicionales es: “Que pueda yo ver la consolación de Israel”. Esa oración le fue contestada a Simeón al ver a Jesucristo en el templo. Simeón fue un hombre guiado por el Espíritu de Dios, que se dejó enseñar por la Palabra de Dios, y fue obediente a la voluntad del Padre; por consiguiente recibió el privilegio de ver la salvación divina. Qué importante es que la gente vea la salvación de Dios, quien es Jesucristo, antes de ver la muerte.

En Lucas 2:29-32 vemos la respuesta de Simeón cuando vio a Jesús. Este es el quinto y último de los “cantos de navidad” en Lucas. (Elisabet, 1:42-45; María, 1:46-56; Zacarías, 1:67-79; los ángeles, 2:13,14). Es en primer lugar un himno *de adoración* en que él bendice a Dios por cumplir su promesa y enviar al Mesías. Con gozo alaba a Dios por haber tenido el privilegio de ver al Cristo el Señor.

Pero su canto es también un himno de *salvación*: “Porque han visto mis ojos tu salvación” (Lucas 2:30). Ahora Simeón está listo para morir. La palabra *despedir* en el griego tiene varios significados, y cada uno nos dice algo en cuanto a la muerte del creyente. Quiere decir libertar a un preso, soltar las amarras de un barco e izar velas, desarmar una carpa (ve 2 Corintios 5:1-8), y quitarle la yunta a una bestia de carga (ve Mateo 11:28-30). El

24 **Compasivos en Cristo**

pueblo de Dios no le tiene miedo a la muerte porque ella solo nos liberta de las cargas de esta vida y nos lleva a las bendiciones de la vida venidera.

El canto de Simeón es un himno *misionero*, lo cual es inusitado en un judío devoto que está en el templo. ¡Simeón ve esta gran salvación extendiéndose a los gentiles! Jesús ha restaurado la gloria a Israel y traído la luz a los gentiles, de modo que todos puedan ser salvos (ve Lucas 2:10). Recuerda que la compasión de Cristo por el mundo entero es uno de los temas principales de Lucas.

Luego Simeón deja de alabar y empieza a profetizar (Lucas 2:34,35). En su mensaje usa tres importantes ilustraciones: la piedra, la señal y la espada.

La piedra es un importante cuadro de Dios en el Antiguo Testamento (Génesis 49:24; Salmo 18:2; 71:3; Deuteronomio 32:31). El Mesías sería rechazado como piedra angular (Salmo 118:22; Lucas 20:17,18; Hechos 4:11), y la nación de Israel tropezaría en él (Isaías 8:14; Romanos 9:32). Debido a Jesucristo, muchos en Israel sentirían convicción y se recibirían salvación. (Simeón parece estar hablando de un grupo, no de dos.) Aun hoy el pueblo de Dios, Israel, tropieza en la cruz (1 Corintios 1:23) y no comprende que Jesús es su Roca (1 Pedro 2:1-6).

La palabra “señal” quiere decir *un milagro*, no tanto como demostración de poder sino como revelación de la verdad divina. En el Evangelio de Juan a los milagros de nuestro Señor se les llama “señales”, porque revelan verdades especiales acerca de él (Juan 20:30,31). Jesucristo es el milagro de Dios; y sin embargo, en lugar de admirarlo, la gente le atacó y habló en su contra. Su nacimiento fue un milagro, sin embargo lo calumniaron (Juan 8:41). Dijeron que hacía sus milagros con el poder de Satanás (Mateo 12:22-24) y que su carácter era dudable

(Juan 8:48,52; 9:16,24). Calumniaron su muerte (Salmo 22:6-8; Mateo 27:39-44) y mintieron en cuanto a su resurrección (Mateo 27:62-66). Todavía hoy la gente habla en contra de su segunda venida (2 Pedro 3).

Pero la manera en que la gente habla acerca de Jesucristo es evidencia de lo que tiene en su corazón. El no es sólo la “piedra de salvación” y la “piedra de juicio” (Daniel 2:34,45), sino que es también la “piedra de toque” que expone lo que la gente realmente es. “¿Qué pensáis del Cristo?” (Mateo 22:42) sigue siendo la pregunta más importante que alguien debe contestar (1 Juan 4:1-3).

La ilustración de la espada fue sólo para María, y hablaba del sufrimiento y aflicción que ella sentiría como la madre del Mesías. (Esto sugiere que José ya había muerto cuando Jesús empezó su ministerio, treinta años más tarde, porque de lo contrario se le habría incluido.) La palabra griega indica una espada grande, tal como la que Goliat usaba (1 Samuel 17:51), y el verbo significa *constantemente seguirá perforando*.

Durante la vida y ministerio de nuestro Señor, María en efecto experimentó más y más sufrimiento hasta que un día estuvo al pie de la cruz y le vio a él sufrir y morir (Juan 19:25-27). Sin embargo, sin minimizar su devoción, de ninguna manera se debe hacer del dolor personal de María una parte de la obra redentora de Cristo. Solo Cristo pudo morir por los pecados del mundo (1 Timoteo 2:5,6).

¿Cuánto entendieron María y José del gran plan de Dios para este Hijo milagroso? No sabemos; pero lo que sí sabemos es que María guardó todas estas cosas en su corazón y meditó en ellas (Lucas 2:19,51). La palabra meditar quiere decir *reunir una cosa con otra*; María buscaba algún patrón que le ayudaría a comprender la voluntad de Dios. Hubo ocasiones en las que María

26 **Compasivos en Cristo**

malentendió a Jesús (Marcos 3:31-35), y esto aumentaría su sufrimiento. La última vez que se menciona a María en la Biblia, ella está en el Aposento Alto, orando con los otros creyentes (Hechos 1:14).

Ana (2:36-38). Su nombre significa *gracia*, y era una viuda piadosa de edad muy avanzada. Hay cuarenta y tres referencias a mujeres en el Evangelio de Lucas, y de las doce viudas que se mencionan en la Biblia, Lucas menciona a tres (Lucas 2:36-40; 7:11-15; 21:1-4; y nota 18:1-8). No es difícil ver el corazón de médico en la narración de Lucas.

Para las viudas, en ese tiempo, la vida no les era fácil; a menudo se las descuidaba y explotaba, a pesar del mandamiento de la ley (Exodo 22:21,22; Deuteronomio 10:17,18; 14:29; Isaías 1:17). Ana se dedicó a servir a Dios en la adoración mediante ayuno y oraciones. Ella venía de la tribu de Aser y permanecía en el templo esperando la venida del Mesías prometido por Dios (ve 1 Timoteo 5:3-16).

El tiempo de Dios siempre es perfecto. Ana llegó justo en el momento cuando Simeón estaba alabando al Señor por el niño Jesús ¡y ella se unió en el canto! Me gustaría haber oído a estos ancianos cantando en el templo. Su alabanza fue inspirada por el Espíritu de Dios, y Dios la aceptó. Pero Ana hizo mucho más que cantar; también proclamó las buenas nuevas entre los otros fieles del remanente que esperaban la redención de Israel. La emoción empezó a esparcirse conforme más y más personas oían las buenas noticias.

Ana era una profetisa, lo que quiere decir que tenía el don especial de declarar e interpretar el mensaje de Dios. Otras profetizas en la Biblia son Miriam (Exodo 15:20), Débora (Jueces 4:4), Hulda (2 Reyes 22:14), Noadías

(Nehemías 6:14), y la esposa de Isaías (Isaías 8:3). El evangelista Felipe tenía cuatro hijas que eran profetisas (Hechos 21:8,9).

3. El Adolescente (Lucas 2:39-52)

Habiendo obedecido la ley en todo, María y José regresaron a Nazaret. Ese sería el domicilio de nuestro Señor hasta que empezara su ministerio oficial. Había muchos judíos llamados *Jesús* (Josué), así que se le conocería como Jesús de Nazaret (Hechos 2:22); y a sus seguidores se les conocería como “nazarenos” (Hechos 24:5; ve Mateo 2:23). Sus enemigos usaban el nombre como mofa, y Pilato incluso lo puso en el letrero sobre la cruz (Mateo 21:11), pero Jesús no se avergonzó de usarlo cuando habló desde el cielo (Hecho 22:8). Lo que los hombres despreciaban (Juan 1:46), Jesucristo llevó al cielo y ¡lo hizo glorioso!

¿Qué hizo Jesús durante los *años ocultos* en Nazaret? El Dr. Lucas informa que el muchacho creció física, mental, social y espiritualmente (Lucas 2:40,52). En su encarnación el Hijo de Dios dejó a un lado el uso independiente de sus atributos divinos propios y se sometió por entero al Padre (Filipenses 2:1-11). Aquí hay misterios profundos que nadie puede comprender ni explicar por completo, pero no tenemos problema en aceptarlos por fe.

Jesús no realizó ningún milagro cuando niño, a pesar de lo que dicen las tradiciones, porque la conversión del agua en vino fue el principio de sus milagros (Juan 2:1-11). Trabajó con José en la carpintería (Mateo 13:55; Marcos 6:3), y evidentemente manejó el taller después de la muerte de José. José y María tuvieron otros hijos en esos años (Mateo 13:55,56; Juan 7:1-10), porque el “hasta” de Mateo 1:25 indica que eventualmente la pareja tuvo relaciones maritales.

Lucas nos da sólo una historia de los años de adolescencia de nuestro Señor. José y María eran judíos devotos que observaban la Pascua en Jerusalén todos los años. Se esperaba que todo hombre judío fuera tres veces al año a Jerusalén para adorar (Deuteronomio 16:16), pero no todos podían costearlo. Si escogían un festival, por lo general era la Pascua; y trataban de llevar consigo a sus familias, porque era el festival más importante en el calendario judío.

La gente viajaba a los festivales en caravanas, con las mujeres y niños a la cabeza para marcar el paso, y los hombres y jóvenes atrás. A menudo los parientes y aldeas enteras viajaban juntos y vigilaban a todos los hijos. A los doce años Jesús podía fácilmente pasar de un grupo a otro sin que le echaran de menos. José habría pensado que Jesús estaba con María y los otros muchachos, mientras que María habría pensado que estaba con José y los hombres, o tal vez con algún pariente.

Habían viajado todo un día al salir de Jerusalén cuando descubrieron que Jesús no estaba con ellos. Les llevó un día volver a la ciudad y otro día hasta encontrarlo. Durante esos tres días José y María habían estado “con angustia” (Lucas 2:48). Esta expresión se usa para describir la preocupación de Pablo por Israel (Romanos 9:2), así como el dolor de las almas perdidas en el hades (Lucas 16:24,25).

Vale la pena notar que la frase de Lucas “José y su madre” (Lucas 2:43) sugiere el nacimiento virginal, mientras que la frase “tu padre y yo” (Lucas 2:48) indica que se aceptaba a José como el padre legal de Jesús (ve Lucas 3:23). Usar Lucas 2:48 para negar el nacimiento virginal es malinterpretar el versículo.

Si Jesús había pasado todo el tiempo en el templo, no lo sabemos. Por cierto que hubiera estado seguro allí, pues

el Padre celestial velaba por él. Lo que sí sabemos es que cuando José y María lo hallaron, él se encontraba en medio de los maestros, haciéndoles preguntas y escuchando sus respuestas; y los maestros estaban asombrados tanto por sus preguntas como por sus respuestas.

La cariñosa reprensión de María recabó una respuesta respetuosa pero asombrosa de parte de Jesús: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:49). Jesús estaba afirmando su condición de Hijo divino y su misión de hacer la voluntad del Padre.

La expresión *me es necesario* a menudo estuvo en los labios de nuestro Señor: Es necesario que predique (Lucas 4:43); “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca” (Lucas 9:22); “es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado” (Juan 3:14). Aun a los doce años Jesús fue divinamente impulsado a hacer la voluntad del Padre.

Puesto que Jesús “crecía en sabiduría” (Lucas 2:52) nos preguntamos cuánto comprendía del plan divino de Dios en ese tiempo. No debemos dar por hecho que a los doce años era omnisciente. Por cierto que creció en su comprensión de los misterios conforme con la comunión con su Padre y la enseñanza del Espíritu Santo.

Una cosa es segura: ¡José y María no entendieron! Esto fue parte del dolor de la espada que Simeón le había prometido a ella (Lucas 2:35), y sin duda ocurrió una y otra vez según el muchacho crecía. Aún años más tarde, durante su ministerio, la familia de nuestro Señor no lo entendía (Lucas 8:19-21; Juan 7:1-5).

Jesús es un maravilloso ejemplo a seguir para todo joven. Creció de una manera equilibrada (Lucas 2:52), sin descuidar ninguna parte de su vida, y su prioridad era hacer la voluntad de su Padre (ve Mateo 6:33). Sabía cómo

30 Compasivos en Cristo

escuchar (Lucas 2:46) y cómo hacer las preguntas debidas. Aprendió a trabajar, y era obediente a sus padres.

Jesús fue criado en una familia numerosa, en una ciudad despreciada y al cuidado de padres que probablemente eran pobres. La religión judía se hallaba en un punto extremadamente bajo, el gobierno romano ejercía control total, y la sociedad se hallaba en un estado de temor y cambio. Sin embargo, cuando Jesús emergió de Nazaret, dieciocho años más tarde, el Padre pudo decir de él: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lucas 3:22).

¡Que el Padre pueda decir lo mismo de nosotros!

¡Este es el Hijo de Dios!

Lucas 3—4

“Si Sócrates entrara en este cuarto, nos pondríamos de pie y le rendiríamos honor”, dijo Napoleón Bonaparte. “Pero si entrara Cristo, nos arrodillaríamos y le adoráramos”.

El Dr. Lucas hubiera concordado con el famoso general francés, porque en estos dos capítulos deja en claro que Jesús de Nazaret es en verdad el Hijo de Dios. Nota los testigos que presenta, todos los cuales declaran que Jesús es Hijo de Dios.

1. Juan el Bautista (Lucas 3:1-20)

¿*Cuándo vino (3:1,2)*? Cuando Juan el Bautista apareció en escena, no se había oído ninguna voz profética en Israel durante 400 años. Su venida fue parte del tiempo perfecto de Dios, porque todo lo que tiene que ver con el Hijo de Dios siempre se cumple a su hora (Gálatas 4:4; Juan 2:4; 13:1). El año decimoquinto de Tiberio César fue el año 28 ó 29 d. de C.

32 **Compasivos en Cristo**

Lucas mencionó a siete hombres diferentes en Lucas 3:1,2, incluyendo un emperador romano, un gobernador, tres tetrarcas (que gobernaban una cuarta parte de un territorio determinado), y dos sumo sacerdotes judíos. Pero la Palabra de Dios no fue enviada a ninguno de ellos. En lugar de eso, el mensaje de Dios llegó a Juan el Bautista, un humilde profeta judío.

¿*Cómo vino (3:3)*? Pareciéndose al profeta Elías en apariencia y vestido (Lucas 1:17; Mateo 3:4; 2 Reyes 1:8), Juan llegó a una región cerca del río Jordán para predicar y bautizar. Anunció la llegada del reino de los cielos (Mateo 3:3), e instó a la gente a que se arrepintiera. Siglos antes, Israel había cruzado el Jordán (un bautismo nacional) para tomar posesión de la Tierra Prometida. Ahora Dios les llamaba a convertirse de su pecado para entrar en su reino espiritual.

Ten presente que Juan hizo mucho más que predicar contra el pecado; también proclamó el evangelio. La palabra *anunciar* en Lucas 3:18 nos da la palabra castellana *evangelizar* (predicar las buenas nuevas). Juan presentó a Jesús como el Cordero de Dios (Juan 1:29) y dijo al pueblo que confiara en él. Juan era nada más que el mejor amigo en la boda; Jesús era el novio (Juan 3:25-30). Juan se regocijó por la oportunidad de presentar al Salvador al pueblo, y entonces hacerse a un lado.

Un rasgo singular del ministerio de Juan fue el bautismo (Lucas 20:1-8; Juan 1:25-28). El bautismo no era nada nuevo para el pueblo, porque los judíos bautizaban a los prosélitos gentiles. Pero Juan bautizaba *a judíos*, y esto era inusual. Hechos 19:1-5 explica que el bautismo de Juan *miraba hacia delante* a la venida del Mesías, mientras que el bautismo cristiano *mira hacia atrás* a la obra concluida de Cristo.

Pero había algo que iba aun más allá del bautismo de Juan, y era el bautismo que administraría el Mesías (Lucas 3:16). El bautizaría a los creyentes con el Espíritu Santo y esto empezó en Pentecostés (Hechos 1:5; 2:1ss). Hoy, el momento en que el pecador confía en Cristo, es bautizado por el Espíritu en el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:13).

¿Qué es el bautismo de fuego? No se refiere a las “lenguas...como de fuego” en Pentecostés, porque las lenguas sobre la cabeza de una persona difícilmente se podría llamar un bautismo. El uso de Juan del símbolo de “fuego” en Lucas 3:9 y 17 se refiere a *juicio* y no bendición. En el año 70 d. de C. la nación experimentó bautismo de fuego cuando Tito y los ejércitos romanos destruyeron Jerusalén y esparcieron al pueblo. Todos los incrédulos experimentarán el bautismo de juicio en el lago de fuego (Apocalipsis 20:11-15).

¿Por qué vino (3:4-20)?

Las ilustraciones usadas en el capítulo nos ayudan a comprender el ministerio que Dios dio a Juan.

Ante todo, Juan el Bautista era *una voz* “que clama en el desierto” (Lucas 3:4, ve también Isaías 40:1-5 y Juan 1:23). Era como el heraldo que iba delante del desfile real para asegurarse de que los caminos estuvieran preparados para el rey. Hablando espiritualmente, la nación de Israel estaba viviendo en el *desierto* de la incredulidad, y los caminos a la realidad espiritual estaban torcidos y en caos. La corrupción del sacerdocio (en lugar de uno, había *dos* sumo sacerdotes), y la hipocresía legalista de los escribas y fariseos habían debilitado espiritualmente a la nación. El pueblo necesitaba desesperadamente oír la voz de Dios, y Juan fue esa voz fiel.

Fue tarea de Juan preparar a la nación para el Mesías para luego presentárselos (Lucas 1:16,17,76,77; Juan 1:6-8,15-34). Los reprendió por sus pecados y anunció

34 **Compasivos en Cristo**

la salvación divina, porque sin convicción no puede haber conversión.

A Juan también se le compara con *un agricultor* que derriba los árboles inútiles (Lucas 3:9) y que avienta el grano para separar el trigo del tamo (Lucas 3:17). Como algunos pecadores religiosos de hoy, muchos de los judíos pensaban que estaban destinados al cielo simplemente porque eran descendientes de Abraham (ve Juan 8:31-34; Romanos 4:12-17; Gálatas 3:26-29). Juan les recordó que Dios va *a la raíz* de las cosas y no lo impresiona la profesión religiosa que no produce fruto. En el juicio final Dios reunirá a los verdaderos creyentes (el trigo), en tanto que los pecadores (el tamo) serán quemados en el fuego.

En Lucas 3:7 Juan describe a los pecadores santurriones como víboras que salen arrastrándose de la hierba cuando el fuego viene. Jesús comparó a los fariseos con serpientes (Mateo 23:33) porque su justicia propia e incredulidad los hacía hijos del diablo (Juan 8:44,45; Apocalipsis 20:2). Qué tragedia que los líderes religiosos rehusaran obedecer el mensaje de Juan y someterse a su bautismo (Lucas 20:1-8). No sólo no entraron en el reino ellos mismos, sino que su mal ejemplo y enseñanza falsa impidió que otros entraran.

Juan el Bautista era también un *maestro* (Lucas 3:12). El no sólo predicaba públicamente, sino que también tenía un ministerio personal con la gente, diciéndoles cómo practicar su nueva fe (Lucas 3:10-14). Los exhortaba a no ser egoístas y a compartir con otros sus bendiciones (ve Hechos 2:44,45; 4:32-37).

Aun los cobradores de impuestos venían a Juan en busca de consejo. Los demás judíos despreciaban a estos hombres porque trabajaban para los romanos y por lo general extorsionaban al pueblo. Lucas recalcó el hecho de que

Jesús fue amigo de recaudadores de impuestos (Lucas 5:27ss; 15:1,2; 19:1-10). Juan no les dijo que renunciaran a su trabajo sino que lo hicieran en forma honesta.

De la misma manera, no condenó a los soldados por su vocación. Más bien, Juan les dijo que se abstuvieran de usar su autoridad para obtener ganancia personal. Estos eran probablemente soldados judíos en el templo o en la corte de alguno de los gobernantes judíos. No es probable que algún soldado romano le hubiera pedido consejo a un profeta judío.

Juan fue fiel en su ministerio de preparar el corazón del pueblo para entonces presentarles al Mesías. Claramente indicó que Jesús era “el Señor” (Lucas 3:4) y el Hijo de Dios (Juan 1:34). Debido a que Juan reprendió a Herodes Antipas por su matrimonio adúltero con Herodías, el rey lo encarceló y finalmente lo decapitó. Sin embargo, Juan había terminado fielmente la tarea que Dios le había asignado y también había preparado al pueblo para que recibiera al Mesías, el Hijo de Dios.

2. El Padre y el Espíritu (Lucas 3:21-38)

Después de que todos los demás habían sido bautizados, Jesús se presentó para ser bautizado en el Jordán; y al principio Juan rehusó hacerlo (Mateo 3:13-15). Sabía que Jesús de Nazaret era el perfecto Hijo de Dios que no tenía necesidad de arrepentirse de pecado. ¿Por qué entonces se bautizó el Hijo de Dios sin tener pecado?

Primero que nada, en su bautismo se identificó con los pecadores que había venido a salvar. Su bautismo, también fue el inicio oficial de su ministerio (Hechos 1:21,22; 10:37,38). “Era como de treinta años” (Lucas 3:23), y los levitas judíos empezaban su trabajo a los treinta (ve Números 4:3,35). Pero las palabras de nuestro Señor nos dicen el motivo principal de su bautismo: “porque así

36 **Compasivos en Cristo**

conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15). ¿De qué manera? De la manera ilustrada por su bautismo en el Jordán. Muchos eruditos bíblicos concuerdan en que el bautismo del Nuevo Testamento era por inmersión, que es un cuadro de la muerte, sepultura y resurrección. *El bautismo de nuestro Señor en agua fue un cuadro de su obra de redención* (Mateo 20:22; Lucas 12:50). Fue mediante su bautismo de sufrimiento en la cruz que Dios cumplió toda justicia. (El sentido plural del verbo en Mateo 3:15 no quiere decir Juan y Jesús. Quiere decir el Padre, el Hijo y el Espíritu.)

Cuando nuestro Señor emergió del agua, el Padre habló desde el cielo y lo identificó como el Hijo amado de Dios, y el Espíritu descendió visiblemente en forma de paloma. Los que niegan la trinidad tienen dificultades para explicar este suceso.

Esta es la primera de tres ocasiones registradas en las que el Padre habló desde el cielo. La segunda fue cuando Jesús se transfiguró (Lucas 9:28-36), y la tercera fue durante su última semana antes de la cruz (Juan 12:28).

Sólo Lucas menciona que Jesús estaba orando, y esta es sólo una de muchas ocasiones (Lucas 5:16; 6:12; 9:18,28,29; 11:1; 23:34,46). Como el perfecto Hijo del hombre, Jesús dependía de su Padre para sus necesidades, y por eso oraba.

Lucas interrumpió su narración en este punto para darnos una genealogía de Jesús. La genealogía que presenta Mateo (Mateo 1:1-17) empieza con Abraham y avanza hacia Jesús, mientras que la que presenta Lucas empieza con Jesús y retrocede hasta Adán. Mateo nos da la genealogía de José, el padre adoptivo legal de Jesús, mientras que Lucas nos da la genealogía de su madre María. Lucas 3:23 se puede traducir: “Cuando empezó su

ministerio, Jesús tenía como treinta años (siendo supuestamente hijo de José), hijo de Eli [antepasado de María]”. No se habría mencionado a María porque era inusual que se incluyera a mujeres en las genealogías oficiales, aun cuando Mateo menciona a cuatro de ellas (Mateo 1:3,5,16).

Al anotar la genealogía en ese punto Lucas recordaba a sus lectores que el Hijo de Dios también era el Hijo del hombre, nacido en este mundo, identificado con las necesidades y problemas de la humanidad. Y, puesto que José y María eran ambos del linaje de David, estas genealogías demuestran que Jesús de Nazaret tenía el derecho legal al trono de David (Lucas 1:32,33).

3. Satanás (Lucas 4:1-3)

Incluso el enemigo debe admitir que Jesús es el Hijo de Dios. “Si eres el Hijo de Dios” (Lucas 4:3,9) no es una suposición sino una afirmación. Quiere decir *en vista del hecho de que eres el Hijo de Dios*. Es más, el hecho de su deidad fue la base para la primera de las tres tentaciones. “Si eres el Hijo de Dios”, arguyó Satanás, “¿por qué padecer hambre? ¡Tú puedes convertir las piedras en pan!” Satanás quería que Jesús desobedeciera la voluntad de su Padre usando su poder divino para propósitos personales.

¿Por qué fue tentado Jesús? Para empezar, fue prueba de que merecía la aprobación del Padre (Lucas 4:22). Jesús es en verdad el “Hijo amado” que siempre hace lo que le agrada a su Padre (Juan 8:29). También, en su tentación Jesús expuso las tácticas del enemigo y nos reveló cómo podemos vencer cuando somos tentados. Esta experiencia sirvió para preparar a nuestro Señor para su ministerio actual como nuestro Sumo Sacerdote, y podemos acercarnos a él pidiendo la ayuda que necesitamos para

38 **Compasivos en Cristo**

vencer al tentador (Hebreos 2:16-18; 4:14-16). El primer Adán fue tentado en un hermoso jardín y fracasó. El postrer Adán fue tentado en un peligroso desierto (Marcos 1:13) y triunfó.

Tenemos a nuestra disposición los mismos recursos espirituales que Jesús usó cuando enfrentó y derrotó a Satanás: la oración (Lucas 3:22), el amor del Padre (Lucas 3:23), el poder del Espíritu (Lucas 4:1), y la Palabra de Dios (“Escrito está”). Además, tenemos en el cielo al Salvador que intercede y que ha derrotado por completo al enemigo. Satanás nos tienta para sacar lo peor en nosotros, pero Dios puede usar las experiencias difíciles para poner en nosotros lo mejor. La tentación es el arma de Satanás para derrotarnos, pero puede convertirse en la herramienta divina para edificarnos (ve Santiago 1:1-8,13-17).

En la primera tentación, Satanás sugirió que algo andaba mal con el amor del Padre puesto que su “amado Hijo” padecía de hambre. En años pasados Israel había sufrido de hambre en el desierto, y Dios les envió pan del cielo; así que era seguro que Jesús podía usar su poder divino para alimentarse y salvar su vida. Satanás sutilmente usó este mismo método con Eva: “¿Dios no es justo con ustedes! ¿Por qué no pueden comer *de todo* árbol del huerto? Si realmente lo amara, ¡compartiría con ustedes todo!”

Pero la prueba fue aun más sutil, porque Satanás estaba pidiendo a Jesús que *separara lo físico de lo espiritual*. En la vida cristiana comer es una actividad espiritual, y podemos usar hasta nuestro alimento diario para glorificar a Dios (Romanos 14:20,21; 1 Corintios 10:31). Cuando clasificamos diferentes esferas de nuestra vida como física, material, financiera o espiritual, nos exponemos a dejar a Dios fuera de ciertas áreas que le pertenecen por derecho.

Cristo debe ser el primero *en todo* o no es primero en nada (Mateo 6:33). Es mejor sufrir hambre dentro de la voluntad de Dios que saciarse fuera de ella.

Cuando nuestro Señor citó Deuteronomio 8:3 puso el énfasis en la palabra *hombre*. Como Hijo eterno de Dios tenía *poder* para hacer cualquier cosa, pero como el humilde Hijo del hombre tenía *autoridad* para hacer sólo lo que el Padre quería. (Nota con todo cuidado Juan 5:17,30; 8:28; 10:17,18; 15:10,15). Como Siervo, Jesús no usó sus atributos divinos para propósitos egoístas (Filipenses 2:5-8). Debido a que era hombre, sintió hambre; pero confiaba en que el Padre supliría sus necesidades a su debido tiempo y a su manera.

Tú y yo necesitamos pan para el cuerpo (Mateo 6:11), pero no debemos vivir sólo con el pan físico. También necesitamos alimento para la persona interior, a fin de satisfacer nuestras necesidades espirituales. Este alimento es la Palabra de Dios (Salmo 119:103; Jeremías 15:16; 1 Pedro 2:2). Lo que la digestión es al cuerpo, la meditación es al alma. Conforme leemos la Palabra de Dios y meditamos en ella, recibimos salud y fortaleza espiritual para la persona interior, y esto nos capacita para obedecer la voluntad de Dios.

No sabemos por qué Lucas invirtió la segunda y la tercera tentación, pero puesto que no indica que está anotando los sucesos en orden, no contradice Mateo 4:1-11. La palabra *entonces* en Mateo 4:5 indica que el orden de Mateo es el correcto. Parece que tenemos un paralelo al orden de Lucas en 1 Juan 2:16: los deseos de la carne (piedras en pan), la codicia de los ojos (los reinos de este mundo y su gloria), y la vanagloria u orgullo de la vida (saltar del pináculo del templo); pero es poco probable que Lucas haya tenido esto en mente.

40 **Compasivos en Cristo**

El Padre ya había prometido dar al Hijo todos los reinos del mundo (Salmo 2:7,8), pero primero él tenía que sufrir y morir (Juan 12:23-33; Apocalipsis 5:8-10). El sufrimiento debe venir primero, luego la gloria (Lucas 24:25-27). El adversario ofreció a Jesús los mismos reinos si le adoraba *sólo una vez*, y esto eliminaría la necesidad de que fuera a la cruz (nota Mateo 16:21-23). Satanás siempre ha querido usurpar el lugar de Dios y recibir adoración (Isaías 14:13,14).

Como príncipe de este mundo Satanás tiene cierta cantidad de autoridad delegada por Dios (Juan 12:31; 14:30). Un día compartirá esta autoridad con el Anticristo, el hombre de pecado, que gobernará al mundo por un breve tiempo (Apocalipsis 13). La oferta de Satanás a Cristo era válida, pero sus términos eran inaceptables; y el Salvador los rehusó.

De nuevo Jesús citó la Palabra de Dios, esta vez Deuteronomio 6:13. Satanás no dijo nada de *servicio*, pero Jesús sabía que servimos a lo que adoramos. El servicio al Señor es verdadera libertad, pero el servicio a Satanás es terrible esclavitud. El patrón divino empieza con el sufrimiento y termina con la gloria (1 Pedro 5:10), mientras que el patrón de Satanás empieza con la gloria y acaba en sufrimiento. Satanás quiere que sacrifiquemos lo eterno por lo temporal y que optemos por *el camino fácil*.

No hay atajos en la vida cristiana, ni tampoco hay camino fácil a la victoria y madurez espiritual. Si el perfecto Hijo de Dios tuvo que ser colgado en una cruz antes de poder sentarse en el trono, entonces sus discípulos no deben esperar una vida más fácil (ve Lucas 9:22-26; Hechos 14:22).

Satanás puso en tela de juicio el amor del Padre al tentar a Jesús a convertir las piedras en pan. Puso en tela de juicio su esperanza cuando le ofreció a Jesús los reinos

del mundo de este lado de la cruz (ve Hebreos 12:1-3). También puso en tela de juicio la fidelidad del Padre al pedir a Jesús que saltara del templo y demostrara que el Padre guardaría su promesa (Salmo 91:11,12). De este modo, el enemigo atacó las tres virtudes básicas de la vida cristiana: fe, esperanza y amor.

El pináculo era probablemente el punto más alto en la esquina sureste del templo, muy por encima del Valle del Cedrón. Satanás puede tentarnos incluso en la Ciudad Santa ¡y en la parte más alta del templo santo! Siguiendo el ejemplo de Jesús, Satanás citó las Escrituras, y seleccionó el Salmo 91:11,12. Por supuesto, tergiversó la promesa, y además omitió las palabras “en todos tus caminos”.

Cuando un hijo de Dios se halla en la voluntad de Dios, puede apropiarse de la protección y cuidado del Padre. Pero si voluntariamente se mete en problemas y espera que Dios lo rescate, entonces está tentando a Dios. (Ve un ejemplo de esto en Exodo 17:1-7.) Tentamos a Dios cuando le forzamos (o le desafiamos) a actuar en contra de su Palabra. Es peligroso poner a prueba la paciencia de Dios, aun cuando en verdad es magnánimo y lleno de gracia.

La respuesta de nuestro Señor fue: “Escrito está también” (Mateo 4:7); y citó Deuteronomio 6:16. *Jesús balanceó la Escritura con la Escritura para captar la expresión total de la voluntad de Dios.* Si aíslas unos versículos de su contexto, o tomas algún pasaje y lo aíslas de la revelación total de las Escrituras, puedes probar casi cualquier cosa. Casi toda secta falsa aduce basarse en las enseñanzas bíblicas. Cuando recibimos nuestras órdenes de Dios seleccionando unos cuantos versículos de la Biblia, no estamos viviendo por fe. Estamos viviendo al azar, y tentando al Señor, “todo lo que no proviene de fe,

42 **Compasivos en Cristo**

es pecado” (Romanos 14:23), y “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Jesús regresó victorioso del desierto, pero Satanás no se dio por vencido. Esperó otras oportunidades para tentar al Salvador y alejarlo de la voluntad del Padre. “Estemos tan vigilantes después de la victoria como antes de la batalla”, dijo Andrés Bonar; y tenía razón.

4. Las Escrituras (Lucas 4:14-30)

Los sucesos anotados en Juan 1:19—4:45 tuvieron lugar en este tiempo, pero Mateo, Marcos y Lucas no los registran. Ellos pasan directamente al ministerio del Señor en Galilea, y sólo Lucas informa de su visita a su ciudad domiciliaria de Nazaret. Para entonces se habían esparcido ampliamente las noticias del Nazareno que obraba milagros; así que su familia, amigos y vecinos ansiaban verle y oírle.

Era costumbre de nuestro Señor asistir a los cultos públicos, costumbre que sus seguidores deben imitar hoy (Hebreos 10:24,25). El podría haber argumentado que el sistema religioso era corrupto, o que no necesitaba la instrucción; pero en lugar de eso, en el día de reposo se dirigió al lugar de la oración.

Una reunión típica en la sinagoga empezaba con una invocación por la bendición de Dios, y luego se repetía la tradicional confesión hebrea de fe (Deuteronomio 6:4-9; 11:13-21). Luego seguía la oración y las lecturas prescritas de la Ley y de los profetas, en las cuales el lector parafraseaba las Escrituras hebreas en arameo.

Después seguía un breve sermón predicado por uno de los hombres de la congregación, o tal vez algún rabino que estaba de visita (ve Hechos 13:14-16). Si había un sacerdote presente, la reunión concluía con una bendición. De otra manera uno de los laicos oraba y despedía la reunión.

A Jesús se le pidió leer el texto bíblico y dar el sermón. El pasaje que leyó incluía Isaías 61:1,2, y lo seleccionó como su texto. Los rabinos judíos interpretaban este pasaje como refiriéndose al Mesías, y los que estaban reunidos en la sinagoga lo sabían. Ya puedes imaginarte la estupefacción de ellos cuando Jesús dijo abiertamente que se refería a él y que había venido para declarar “el año agradable del Señor”.

La referencia aquí es al año del jubileo, descrito en Levítico 25. Cada séptimo año era un año sabático para la nación, cuando se permitía que la tierra descansara; y el año quincuagésimo (después de siete sabáticos) se declaraba como año del jubileo. El principal propósito de éste era equilibrar el sistema económico: los esclavos eran puestos en libertad y volvían a sus familias; la propiedad que había sido vendida era devuelta a sus dueños originales; y se cancelaban todas las deudas. La tierra quedaba sin cultivar, mientras que hombre y bestia descansaban y se regocijaban en el Señor.

Jesús aplicó todo esto a su propio ministerio, no en un sentido político o económico, sino en un sentido físico y espiritual. Por cierto que había traído las buenas nuevas de salvación a los pecadores en bancarrota y sanado a los quebrantados de corazón y a los rechazados. Había librado a muchos de la ceguera, de la esclavitud a los demonios y de las enfermedades. En verdad era un *año del jubileo* espiritual para la nación de Israel.

El problema fue que los que oían no creían en él. Le vieron solamente como el hijo de María y José, el muchacho que habían visto crecer en su propia ciudad. Es más, querían que realizara en Nazaret los mismos milagros que había hecho en Capernaum, pero él se rehusó. Eso es lo que quiere decir la frase: “Médico, cúrate a ti mismo”. ¡Haz un milagro!

44 **Compasivos en Cristo**

Al principio admiraban la manera en que enseñaba, pero no transcurrió mucho tiempo para que esa admiración se convirtiera en antagonismo. ¿Por qué? *Porque Jesús empezó a hacerles recordar de la bondad de Dios hacia los gentiles.* El profeta Elías dejó a un lado a todas las viudas judías y ayudó a una viuda gentil en Sidón (1 Reyes 17:8-16), y su sucesor, Eliseo, sanó a un leproso gentil de Siria (2 Reyes 5:1-15). El mensaje de gracia de nuestro Señor fue un golpe al exclusivismo arrogante de la congregación judía, y no quisieron arrepentirse. Imagínate a un muchacho en su propio pueblo diciendo que los judíos tenían que ser salvos por gracia, ¡al igual que los gentiles paganos!

La congregación se enfureció tanto ¡que se dispusieron a matar a Jesús! Agustín de Hipona dijo: “Aman la verdad cuando los ilumina, pero la aborrecen cuando los acusa”. Eso se aplica bien a muchas congregaciones hoy día, gente que quiere “palabras de gracia” (Lucas 4:22) pero no quiere enfrentarse a la verdad (ve Juan 1:17).

A pesar de la incredulidad de los pobladores de Nazaret, las Escrituras declaran que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, el Mesías enviado a cumplir las promesas divinas. El pueblo que no lo quería y que rechazó “el año agradable del Señor” un día enfrentará “el día de venganza del Dios nuestro” (Isaías 61:2). ¡Qué significativo que Jesús detuviera su lectura en este punto preciso!”

5. Los demonios (Lucas 4:31-44)

Jesús salió de Nazaret y estableció su sede general en Capernaum (Mateo 4:13-16), donde vivían Pedro, Andrés, Jacobo y Juan. Enseñaba regularmente en la sinagoga, y dejaba asombrado al pueblo por la autoridad de su mensaje (ve Mateo 7:28,29). Los asombró aún más por su autoridad sobre los demonios.

¿Por qué iría un endemoniado a la sinagoga? ¿Sabría que Jesús estaría allí? Nuestro Señor no quería que los demonios dieran testimonio de él, así que los mandó a callar y los echó fuera. Por supuesto, los demonios saben que Jesús es el Hijo de Dios (Lucas 4:34, 41); y sabiendo esto, tiemblan (Santiago 2:19).

Después de la reunión Jesús fue a la casa de Pedro, y allí sanó a la suegra de éste. (El Dr. Lucas notó que ella tenía “gran fiebre”.) Al concluir el día de reposo, a la caída del sol, y se permitía sanar, mucha gente llevaba a sus enfermos y afligidos a la casa de Pedro para pedir a Jesús que les ayudara. De nuevo, Jesús silenció a los demonios que confesaban que él era el Hijo de Dios.

El Señor debe haber estado agotado después de un día tan exigente, y sin embargo, se levantó temprano en la madrugada del día siguiente para orar (Marcos 1:35). Fue en la oración donde encontró su fuerza y poder para el servicio, y lo mismo debemos hacer nosotros.

La diferencia que Jesús hace

Lucas 5

Jesús se enfocaba en los individuos. Predicó a grandes multitudes, pero su mensaje siempre fue para el individuo; y dedicó tiempo para ayudar a la gente personalmente. Su propósito era transformarlos y enviarlos a proclamar a otros su mensaje de perdón. Lucas describe en este capítulo los encuentros de nuestro Señor con cuatro individuos, y los cambios que éstos experimentaron al poner su confianza en él.

1. Del fracaso al éxito (Lucas 5:1-11)

Este suceso no es paralelo al descrito en Mateo 4:18-22 ni en Marcos 1:16-20. En esos relatos Pedro y Andrés estaban atareados en la pesca, pero en este relato habían pescado durante toda la noche pero no habían sacado nada, y estaban lavando las redes. (Si las redes no se lavaban y se tendían a secar, se pudrían y rompían.) Anteriormente Jesús había reclutado a Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, y ellos habían viajado con él en Capernaum y Galilea

(Marcos 1:21-39), pero después ellos habían vuelto a su oficio. Ahora él los llamaría a una vida de discipulado a tiempo completo.

Es posible que por lo menos siete de los discípulos fueran pescadores (Juan 21:1-3). Por lo general los pescadores tenían las cualidades necesarias para servir al Señor exitosamente. Se requiere valor e intrepidez, paciencia y determinación para trabajar en los mares; y también una enorme fe. Los pescadores deben estar dispuestos a trabajar juntos (usaban redes, no anzuelos) y a ayudarse unos a otros. Deben desarrollar las habilidades necesarias para hacer el trabajo rápida y eficientemente.

Si yo hubiera estado pescando toda la noche y no hubiera recogido nada, probablemente ya estaría *vendiendo* mis redes, ¡no lavándolas para alistarlas a fin de salir de nuevo a pescar! Pero los pescadores de verdad no se rinden. Pedro siguió trabajando mientras Jesús usaba su barco como plataforma para hablar a la gran multitud en la playa. “Todo púlpito es un barco de pesca”, dijo el Dr. J. Vernon McGee, “un lugar para propagar la Palabra de Dios e intentar *pescar almas*”.

Pero había otro lado en esta petición: Pedro era un oyente cautivo al estar sentado en el barco escuchando la Palabra de Dios. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17). En breve Pedro tendría que ejercer fe y Jesús lo estaba preparando. Primero le dijo: “apártase de tierra un poco”; y después, cuando Pedro estaba listo, le ordenó: “Boga mar adentro”. Si Pedro no hubiera obedecido la primera orden, al parecer insignificante, nunca hubiera tenido parte en un milagro.

Pedro debe haberse sorprendido cuando Jesús tomó el mando del barco y de la tripulación. Después de todo, Jesús era carpintero de oficio (Marcos 6:3), y ¿qué saben

48 **Compasivos en Cristo**

los carpinteros de pesca? Era un hecho conocido que en el Mar de Galilea se pescaba por la noche en aguas de poca profundidad y no de día en aguas profundas. Lo que Jesús pidió a Pedro que hiciera era contrario a toda la preparación y experiencia que había tenido, pero Pedro obedeció. La clave fue su fe en la Palabra de Dios: “en tu palabra echaré la red” (Lucas 5:5).

La palabra traducida “Maestro” (Lucas 5:5) la usa sólo Lucas y tiene una variedad de significados, todos los cuales hablan de autoridad: comandante en jefe, magistrado, gobernador de una ciudad, y rector de una universidad. Pedro estaba dispuesto a someterse a la autoridad de Jesús, aun cuando no comprendía todo lo que el Señor estaba haciendo. Y recuerda, la multitud estaba contemplando todo desde la orilla.

La manera en que la gente responde al buen éxito es un indicativo de su verdadero carácter. En lugar de apropiarse ellos solos de la valiosa pesca, Pedro y Andrés llamaron a sus compañeros para compartirla con ellos. No somos depósitos, sino canales de bendición, para compartir con otros lo que Dios en su gracia nos ha dado.

2. De enfermedad a salud (Lucas 5:12-16)

Aquí tenemos a un hombre que *necesitaba un cambio*, porque era leproso. Entre los judíos se clasificaba como lepra a varias enfermedades de la piel, incluyendo el moderno mal de Hansen. A pesar de los avances médicos modernos, se calcula que unos diez millones de personas en todo el mundo padecen lepra. Una forma de lepra ataca a los nervios de modo que la víctima no puede sentir dolor. La infección se desarrolla fácilmente, y esto lleva a la degeneración de los tejidos. Las extremidades se deforman y con el tiempo se caen.

Era tarea del sacerdote judío examinar a las personas para determinar si eran leprosos (Levítico 13). A los infectados se les aislaba y no podían reintegrarse a la sociedad normal mientras no se les declarara “limpios”. Isaías usó la lepra como un cuadro del pecado (Isaías 1:4-6), y las instrucciones detalladas en Levítico 13—14 sugieren que el procedimiento involucraba mucho más que el mantenimiento de la salud pública.

Como el pecado, la lepra está más adentro de la piel (Levítico 13:3), y no se puede remediar mediante meras medidas superficiales (ve Jeremías 6:14). Como el pecado, la lepra se extiende (Levítico 13:7,8); y conforme se extiende, contamina (Levítico 13:44,45). Debido a esta contaminación, el leproso debía ser aislado fuera del campamento (Levítico 13:46), y los pecadores perdidos un día serán aislados en el infierno. A los leprosos se les veía como muertos (Números 12:12), y los vestidos infectados con la lepra servían sólo para el fuego (Levítico 13:52). Qué importante es que los pecadores perdidos confíen en Jesucristo y así se libren de su *lepra* [pecado].

Este hombre no sólo necesitaba cambio sino que *quería cambiar*. A los leprosos se les exigía que mantuvieran la distancia, pero este hombre estaba tan decidido que quebrantó la ley y se acercó personalmente al Señor Jesús. En todo su evangelio, Lucas deja en claro que Jesús fue amigo de los desechados, y que ellos podían acercarse a él en busca de ayuda. El hombre se humilló a sí mismo ante el Señor y le pidió misericordia.

Por la gracia y el poder de Dios, el hombre *¡fue cambiado!* Es más, Jesús tocó al hombre, que indicaba que Jesús mismo se hizo impuro. Este es un hermoso cuadro de lo que Jesús ha hecho por los pecadores: Se hizo pecado por nosotros para que pudiéramos ser

50 **Compasivos en Cristo**

limpiados (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:24). Jesús no sólo está dispuesto a salvar (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9), sino que también puede salvar (Hebreos 7:25), y puede hacerlo ahora (2 Corintios 6:2).

Jesús animó al hombre a que fuera a ver al sacerdote y obedeciera las reglas para la restauración registrada en Levítico 14. La ceremonia es un cuadro de la obra de Jesucristo en su encarnación, muerte y resurrección. Toda la ceremonia se hacía sobre agua corriente, símbolo del Espíritu Santo de Dios. Este sacrificio nos recuerda que Jesús tuvo que morir por nosotros a fin de librarnos de nuestros pecados.

Jesús instruyó al hombre para que no revelara quién le había sanado, pero el leproso sanado se convirtió en un testigo entusiasta del Señor. (Jesús nos ordenó que se lo dijéramos a todo el mundo, ¡y nosotros guardamos silencio!) Debido a este testimonio grandes multitudes acudieron a Jesús buscando ayuda, y él con toda gracia les atendió. Pero Jesús no se dejaba impresionar por las grandes multitudes, porque sabía que la mayoría de la gente sólo quería su poder sanador y no su salvación. Jesús a menudo dejó a las multitudes y se alejó a algún lugar tranquilo para orar y buscar la ayuda de su Padre. Es un buen ejemplo que deben seguir los siervos de Dios.

3. De la culpa al perdón (Lucas 5:17-26)

Jesús volvió a Capernaum, posiblemente a la casa de Pedro, y la multitud se reunió de nuevo para verle sanar y escuchar sus enseñanzas. Pero esta vez se añadió un nuevo elemento: algunos de los líderes religiosos oficiales de Jerusalén estaban presentes para investigar las obras de Jesús. Tenían todo el derecho de hacerlo, ya que era responsabilidad

de los ancianos prevenir que los falsos profetas hicieran descarriar al pueblo (Deuteronomio 13; 18:15-22). Habían interrogado a Juan el Bautista (Juan 1:19-34) y ahora querían examinar a Jesús de Nazaret.

Puesto que ésta es la primera vez que se menciona a los escribas y fariseos en el evangelio de Lucas, sería bueno que nos familiarizáramos con ellos. La palabra “fariseo” proviene de una palabra hebrea que quiere decir *dividir, separar*. Los escribas y fariseos probablemente surgieron como resultado del ministerio de Esdras, el sacerdote, que enseñó al pueblo hebreo a obedecer la ley de Moisés y a separarse de las naciones paganas que los rodeaban (Esdras 9—10; Nehemías 8—9). El gran deseo de los escribas y fariseos era comprender y magnificar la ley de Dios y aplicarla a sus vidas diarias.

Sin embargo, pronto el movimiento se hizo bastante legalista y sus líderes impusieron tantas cargas sobre la gente que era imposible servir al Señor con alegría (Salmos 100:2). Además, muchos de los fariseos eran hipócritas y no practicaban lo que predicaban (ve Mateo 15:1-20; 23:1-36). En el sermón del monte (Mateo 5-7) Jesús dejó al descubierto la superficialidad de la religión farisaica. Explicó que la verdadera justicia es cuestión del corazón y no solo de prácticas religiosas externas.

Los escribas y fariseos escogieron un buen momento para asistir a una de las reuniones de nuestro Señor, porque el poder de Dios estaría presente de una manera especial y Jesús sanaría a un paralítico. Si la lepra ilustra la corrupción y contaminación del pecado, entonces la historia del paralítico nos da un cuadro de la parálisis que el pecado produce. Pero Jesús haría más que sanar al hombre; también perdonaría sus pecados y enseñaría a la gente una lección sobre el perdón.

52 **Compasivos en Cristo**

El paralítico no podía ir a Jesús por sí mismo, pero tuvo la dicha de tener cuatro amigos que sí pudieron llevarle hasta Jesús. Estos cuatro hombres son ejemplo claro de cómo los amigos deben ministrarse unos a otros y ayudar a los pecadores necesitados a venir al Salvador.

Ante todo, tuvieron fe en que Jesús lo sanaría (Lucas 5:20); y Dios hace honor a esa fe. El amor de los amigos por el hombre los unió en sus esfuerzos y así nada los desalentó, ni siquiera la multitud a la puerta. (Qué trágico es cuando los espectadores se interponen en el camino de la gente que quiere conocer a Jesús. Zaqueo tuvo este problema. Ve Lucas 19:3.) Cuando no pudieron entrar por la puerta, subieron al techo, quitaron el tejado, ¡y bajaron al hombre justo frente al Señor!

Jesús pudo simplemente haber sanado al hombre y luego enviarlo a casa, pero en lugar de eso, aprovechó la oportunidad para enseñar una lección sobre el pecado y el perdón. Por cierto que era más fácil decirle al hombre, “Tus pecados te son perdonados” que “¡Levántate y anda!”
¿Por qué? Porque nadie podía probar si sus pecados en realidad habían sido perdonados. Jesús usó el método más difícil y sanó el cuerpo del hombre, algo que todos en la casa pudieron presenciar.

¿Fue la aflicción del hombre resultado de su pecado? No sabemos, pero es probable que sí (ve Juan 5:1-14). La sanidad de su cuerpo fue una evidencia externa de la sanidad espiritual interna. Jesús dejó asombrados a los dirigentes religiosos afirmando tener autoridad tanto para sanar el cuerpo como para perdonar pecados. La gente ya había reconocido su autoridad para enseñar y echar fuera demonios (Lucas 4:32,36), pero ahora él afirmaba tener la misma autoridad para perdonar pecados. Los escribas y fariseos no podían negar el milagro de sanidad, pero

consideraron su afirmación de perdonar pecados nada menos que blasfemia, porque sólo Dios puede perdonar pecados. Por hacer este tipo de afirmación Jesús podría ser apedreado, porque estaba afirmando ser Dios.

En Lucas 5:24 se registra el primer uso del título “Hijo del Hombre” en el Evangelio de Lucas, en donde se lo halla veintiséis veces. Los que oían a nuestro Señor estaban familiarizados con este título. Fue usado por el profeta Ezequiel más de noventa veces, y Daniel lo aplicó al Mesías (Daniel 7:13,18). “Hijo del Hombre” fue el nombre favorito que se aplicó a sí mismo nuestro Señor; este título se halla por lo menos setenta y nueve veces en el registro de los Evangelios. Ocasionalmente usó el título “Hijo de Dios” (Mateo 27:43; Lucas 22:70; Juan 5:25; 9:35; 10:36; 11:4), pero usó más “Hijo del Hombre”. Por cierto que los judíos captaron el carácter mesiánico de este título, pero también lo identificaba con el pueblo que había venido a salvar (Lucas 19:10). Como Ezequiel, el “Hijo del hombre” del Antiguo Testamento, Jesús se sentaba donde ellos se sientan (Ezequiel 3).

La sanidad fue inmediata y el pueblo glorificó a Dios. Pero más que recibir sanidad, el hombre experimentó perdón y empezó una vida totalmente nueva. Los milagros de nuestro Señor no sólo demostraron su deidad y compasión por los necesitados, sino que también revelaron lecciones espirituales importantes sobre la salvación. Fueron *lecciones objetivas* para enseñar a los ciegos espirituales lo que Dios podía hacer por ellos si creían en su Hijo.

4. De lo viejo a lo nuevo (Lucas 5:27-39)

Cuando Jesús llamó a Leví, logró tres cosas: Salvó un alma perdida, añadió un nuevo discípulo a su grupo, y creó una oportunidad para explicar su ministerio a los

54 **Compasivos en Cristo**

amigos de Leví y a los escribas y fariseos. Probablemente este suceso tuvo lugar poco después de que Jesús sanó al paralítico, porque el “comité oficial” todavía estaba allí (Lucas 5:17). Es muy probable que Jesús en estos momentos diera a Leví su nuevo nombre: “Mateo”, *don de Dios* (Lucas 6:15; ve también Mateo 9:9).

Mateo estaba sentado en su puesto de trabajo y cobraba los tributos sobre la mercadería que pasaba por allí. Puesto que las tarifas de impuestos no siempre eran claras, era fácil que cualquier inescrupuloso ganara dinero adicional. Pero incluso en el caso de que algún cobrador de impuestos sirviera con toda honestidad, los judíos lo aborrecían por contaminarse al trabajar para los gentiles. Juan el Bautista había dicho claramente que no había nada pecaminoso en cobrar impuestos (Lucas 3:12,13), y no tenemos evidencia de que Mateo haya sido ladrón. Pero para los judíos Leví era un pecador, y Jesús despertaba sospechas por relacionarse con él y sus amigos pecadores.

Nos preguntamos cuánto sabía Mateo acerca de Jesús. La amistad de nuestro Señor con Pedro y sus compañeros le habrían puesto en contacto con los hombres de negocios de Capernaum, y con certeza Mateo había oído a Jesús predicar junto al mar. Mateo obedeció al instante el llamado del Señor, dejó todo, y siguió a Jesús. Sintió tanto gozo por su experiencia de salvación que invitó a muchos de sus amigos a regocijarse con él (ve Lucas 15:6,9,23).

Los escribas y fariseos criticaban a Jesús porque no comprendían su mensaje ni su ministerio. Jesús sencillamente no encajaba en su vida religiosa tradicional. Es desafortunado cuando los dirigentes resisten el cambio y rehusan tratar de comprender las cosas nuevas que Dios está haciendo. A fin de ayudarles a comprender, Jesús dio cuatro ilustraciones de lo que estaba haciendo.

El médico (5:31,32). Los escribas y fariseos veían a Mateo y a sus amigos como pecadores condenados, pero Jesús los veía como *pacientes* espiritualmente enfermos, que necesitaban la atención de un médico. Es más, había ilustrado esto cuando limpió al leproso y sanó al paralítico. El pecado es como una enfermedad: empieza de una manera pequeña y oculta, crece en secreto, nos quita nuestra fuerza, y si no se cura, mata. Es trágico cuando la enfermedad mata el cuerpo, pero es aún más trágico cuando el pecado condena a un alma al infierno.

Los escribas y fariseos eran prestos para diagnosticar las necesidades de otros, pero eran ciegos a las suyas propias, porque eran pecadores como cualquier otro. Parecían justos por fuera pero eran corruptos por dentro (Mateo 23:25-28). Tal vez no hayan sido *hijos pródigos* culpables de pecados de la carne, pero eran con certeza *hermanos mayores*, culpables de pecados del espíritu (Lucas 15:11-32; 2 Corintios 7:1).

Mientras escribía este capítulo recibí una llamada telefónica de una mujer canadiense que discrepaba con mi ministerio radial y repetidamente condenaba a “los fundamentalistas que juzgan”. Traté de hacerle razonar usando la Palabra de Dios, pero ella no quería aceptarla. Según decía, no hay infierno y yo no tenía ningún derecho de predicar sobre eso. Le cité algunos pasajes bíblicos, y ella colgó. Lo único que pude hacer fue elevar una oración por ella, y lo hice con dolor en el corazón.

El primer paso hacia la sanidad de la enfermedad del pecado es admitir que tenemos una necesidad y que debemos hacer algo al respecto. Los falsos profetas dan un diagnóstico falso que conduce a una esperanza vacía (Jeremías 6:14); pero el siervo de Dios dice la verdad sobre el pecado, la muerte y el infierno, y ofrece el único

56 **Compasivos en Cristo**

remedio: la fe en Jesucristo. La religión de los escribas y fariseos no podía ofrecer ninguna esperanza a los amigos de Mateo, pero Jesús sí pudo.

¡Qué Médico tan maravilloso es Jesús! Viene a nosotros en amor, nos llama, nos salva cuando confiamos en él, y él mismo *paga la cuenta*. Su diagnóstico siempre es acertado y su cura perfecta y completa. No es sorpresa que Mateo tuviera tanto gozo y quisiera contar a sus amigos las buenas nuevas.

El novio (5:33-35). Los escribas y fariseos no sólo estaban enojados con los amigos de los discípulos, sino que también por el gozo obvio que disfrutaban con Jesús y los demás invitados. Tenemos la impresión que los fariseos sentían escaso gozo al practicar su religión (ve Mateo 6:16; Lucas 15:25-32). Jesús fue “varón de dolores” (Isaías 53:3), pero también era lleno de gozo (Lucas 10:21; Juan 15:11; 17:13).

Las bodas judías duraban una semana y eran ocasiones de gran alegría y celebración. Al usar esta ilustración Jesús estaba diciendo a los que lo criticaban: “Vine para hacer de la vida una fiesta de boda, no un funeral. Si ustedes conocen al Novio, entonces pueden participar de su gozo”. Dijo que un día el sería “quitado”, lo que sugiere su rechazo y su muerte; pero mientras tanto había buena razón para la alegría, porque los pecadores estaban llegando al arrepentimiento.

En el Antiguo Testamento se halla el ayuno con frecuencia, pero en ninguna parte del Nuevo Testamento se lo ordena. Sin embargo, el ejemplo de los profetas y de la iglesia naciente es ciertamente significativo para los creyentes de hoy. Las palabras de nuestro Señor en Mateo 6:16-18 dan por sentado que nosotros ayunaremos (cuando, no si), y pasajes tales como Hechos 13:1-3 y 14:23 indican que el ayuno era práctica de la iglesia primitiva (ve también 1 Corintios 7:5; 2 Corintios 6:5; 11:27).

El vestido (5:36). Jesús no vino a remendar lo viejo; vino para dar lo nuevo. Los fariseos admitían que el judaísmo no era todo lo que podría ser, y tal vez esperaban que Jesús les ayudara a revivir la vieja religión. Pero Jesús mostró la necesidad de tal método al contrastar dos vestidos, uno viejo y uno nuevo. Si uno toma un remiendo de tela nueva y lo cose en el vestido viejo, arruina ambas cosas. La tela nueva queda con un agujero, y el vestido viejo tiene un remiendo que no combina y que desgarrará la tela cuando se lave el vestido.

A veces en la Biblia se usan los vestidos para describir el carácter y la conducta (Colosenses 3:8-17). Isaías escribió del “manto de justicia” (Isaías 61:10; ve también 2 Corintios 5:21), y advirtió en contra de confiar en nuestras buenas obras para salvación (Isaías 64:6). Muchos tienen una religión “obra de retazos” de su propia fabricación, en lugar de confiar en Cristo por el manto de salvación que él da por gracia.

Los odres (5:37-39). Si se pone el vino sin fermentar en odres viejos y resecos, el gas los reventará y ambos se perderán. La nueva vida del Espíritu no podía meterse a la fuerza en los *odres viejos* del judaísmo. Jesús reveló que la antigua religión judía estaba envejeciendo y que pronto sería reemplazada (ve Hebreos 8:13). La mayoría de los judíos prefería lo viejo y rehusaba lo nuevo. No fue sino hasta el año 70 d. de C., cuando los romanos destruyeron Jerusalén y el templo, y esparcieron al pueblo, que la religión judía *según se describe en la Ley* llegó a su fin. Hoy los judíos no tienen sacerdocio, ni templo, ni altar; de modo que no pueden practicar su religión de la misma manera en que lo hacían sus antepasados (ve Oseas 3:4).

Jesucristo cumplió las reglas de la ley ceremonial, de modo que hoy no hay necesidad de sacrificios, sacerdotes,

58 Compasivos en Cristo

templos y ceremonias. Todos los integrantes del pueblo de Dios son sacerdotes que presentan sacrificios espirituales al Señor (1 Pedro 2:5,9). Las tablas de la ley han sido reemplazadas por las tablas del corazón humano, en donde el Espíritu de Dios escribe su palabra y nos asemeja a Jesucristo (2 Corintios 3:1-3,18).

Jesucristo todavía ofrece todas las cosas nuevas (Apocalipsis 21:5). Como médico, ofrece a los pecadores vida nueva y salud espiritual. Como esposo trae nuevo amor y alegría. Nos da el manto de justicia y el vino del Espíritu (Efesios 5:18; también ve Hechos 2:13). La vida es una fiesta, no hambruna ni funeral; y Jesucristo es el único que puede hacer esa clase de diferencia en nuestra vida.

¿Qué hay de nuevo? ¡Todo!

Lucas 6

Por más de un año Jesús ministró como maestro y sanador itinerante popular, y las multitudes lo seguían. Pero ahora había llegado el tiempo de organizar a sus seguidores y declarar exactamente de qué se trataba su reino.

En este capítulo vemos al Señor Jesús estableciendo tres nuevas entidades espirituales para reemplazar lo que se había *gastado* en la religión judía: un nuevo día de reposo, una nueva nación, y una nueva bendición en el nuevo reino espiritual.

1. Un nuevo día de reposo (Lucas 6:1-11)

La santidad del séptimo día era una parte distintiva de la fe judía. En el Sinaí Dios dio a Israel la ley del día de reposo (Nehemías 9:13,14) y lo hizo una señal entre él y la nación (Exodo 20:8-11; 31:12-17). La palabra *sábado* significa *descanso* o *reposo*, y va ligada al hecho de que Dios cesó su obra creadora después de seis días (Génesis 2:2,3). Algunos rabinos enseñaban que el Mesías no vendría sino hasta que Israel hubiera guardado perfectamente el día de

reposo, así que obedecer esta ley era muy importante, tanto en el plano personal como en el nacional.

Llamar “día de reposo” al domingo es confundir el primer día y el séptimo día y lo que cada uno de ellos significa. El día de reposo es un recordatorio de la conclusión de la vieja creación, en tanto que el día del Señor es un recordatorio de la obra concluida de nuestro Señor en la nueva creación (2 Corintios 5:21; Efesios 2:10; 4:24). El día de reposo habla del reposo *después* del trabajo, y tiene que ver con la ley, mientras que el día del Señor habla del reposo *antes* de obrar, y tiene que ver con la gracia. El día del Señor conmemora la resurrección de Jesucristo de entre los muertos así como la venida del Espíritu Santo, y el *cumpleaños* de la iglesia (Hechos 2).

La iglesia primitiva se reunía el primer día de la semana (Hechos 20:7; 1 Corintios 16:1,2). Sin embargo, algunos creyentes judíos guardaban el día de reposo, y a veces esto producía división. Pablo trató el problema en Romanos 14:1—15:13, en donde da principios para promover tanto la libertad como la unidad en la iglesia. Pero Pablo siempre dejó en claro que *observar días especiales no tiene nada que ver con la salvación* (Gálatas 4:1-11; Colosenses 2:8-17). No somos salvos del pecado por fe en Cristo *más* guardar el día de reposo. Somos salvos sólo por fe en Cristo.

Debido a sus reglas estrictas y opresivas, los fariseos y escribas habían convertido el día de reposo en una carga, en lugar de la bendición que Dios quiso que fuera, y Jesús desafió tanto su doctrina como su autoridad. Había anunciado un nuevo año del jubileo (Lucas 4:19), y ahora declararían un nuevo día de reposo. Ya había sanado a un cojo en el día de reposo, y los dirigentes religiosos habían decidido matarle (Juan 5:18; ve también Juan 5:16). Ahora violaría las leyes del día de reposo en dos ocasiones más.

En el campo (6:1-5). Era lícito que el judío comiera en la viña, huerto o sembrío del prójimo, siempre y cuando no llenara ningún recipiente ni usara ninguna herramienta para cosechar (Deuteronomio 23:24,25). Los discípulos tenían hambre, así que arrancaron espigas de trigo, las restregaron en las manos y comieron los granos. Pero según los rabinos, al hacerlo, quebrantaban la ley del día de reposo, porque estaban cosechando, aventando y ¡preparando comida!

Siempre alerta buscando algo para criticar, algunos de los fariseos preguntaron a Jesús por qué permitía que sus discípulos violaran las leyes del día de reposo. Esta fue su segunda ofensa, y ellos estaban seguros de tener un caso en su contra. Qué trágico fue que su devoción esclava a las reglas religiosas los cegara al verdadero ministerio de la ley así como a la presencia misma del Señor que les dio la ley.

Jesús no discutió con ellos; en lugar de eso, los llevó directamente a la Palabra de Dios (1 Samuel 21:1-6). El “pan de la proposición” consistía en doce panes, uno por cada tribu de Israel; y estaba en la mesa en el lugar santo en el tabernáculo, y luego en el templo (Exodo 25:23-30; Levítico 24:5-9). Se ponía pan fresco en la mesa cada día de reposo, y sólo los sacerdotes podían comer de ese pan.

Pero David y sus hombres lo comieron, y ¿qué judío condenaría al gran rey de Israel? “¡Era el ungido de Dios!” razonarían, *pero eso era exactamente lo que Jesús reclamaba para sí mismo* (Lucas 4:18). No sólo era el Ungido de Dios, sino que también ¡era el Señor del día de reposo [o sábado según se traduce en la antigua versión de la Reina Valera]! Cuando Jesús afirmó esto estaba afirmando ser Jehová Dios, porque era el Señor que estableció el día de reposo. Si Jesucristo es en verdad

62 **Compasivos en Cristo**

Señor del día de reposo, entonces es libre de hacer *en él y con él* lo que le plazca. De seguro los fariseos no erraron lo que quiso decir.

Dios se interesa más en suplir las necesidades del hombre que en proteger reglas religiosas. Era mejor que David y sus hombres recibieran la fuerza para servir a Dios en lugar de perecer sólo por razón de una ley temporal. Dios desea compasión, no sacrificio (Mateo 12:7, citando a Oseas 6:6). Los fariseos, por supuesto, tenían una noción diferente de la ley (Mateo 23:23).

En la sinagoga (6:6-11). Los fariseos sabían que era práctica de nuestro Señor estar en la sinagoga en el día de reposo, así que allí estaban para vigilarle y reunir más evidencia en su contra. ¿Sabían ellos que el lisiado iba a estar allí también? ¿Lo planearon así? No lo sabemos, y a Jesús probablemente no le importó. Su corazón compasivo respondió a la necesidad del hombre, y le sanó. Jesús podía haber esperado unas cuantas horas hasta que el día de reposo terminara, o podía haber sanado al hombre en privado, pero lo hizo en forma abierta e inmediata. Fue una violación deliberada de las tradiciones del día de reposo.

La defensa de nuestro Señor en el campo se basó en las Escrituras del Antiguo Testamento, pero su defensa en la sinagoga se basó *en la naturaleza de la ley divina del día de reposo*. Dios dio la ley para ayudar a la gente, no para hacerles daño. “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (Marcos 2:27). Todo hombre en la sinagoga rescataría a su oveja en el día de reposo, así que ¿por qué no rescatar a un hombre hecho a imagen de Dios? (Mateo 12:11,12). Los escribas y fariseos habían convertido el don de Dios en un pesado yugo que nadie podía llevar (Hechos 15:10; Gálatas 5:1).

Este milagro ilustra el poder de la fe en la Palabra de Dios. Jesús ordenó al hombre que hiciera exactamente lo que no podía hacer, y sin embargo *¡lo hizo!*; “porque nada hay imposible para Dios” (Lucas 1:37). Los mandamientos de Dios siempre son la capacitación divina.

Los escribas y fariseos se llenaron de rabia. De nada les sirvió adorar a Dios esa mañana en la sinagoga. Estaban tan furiosos que incluso unieron fuerzas con los herodianos (judíos que respaldaban a Herodes) en un complot para matar a Jesús (Marcos 3:6). Pero él conocía sus pensamientos (Mateo 12:15; Lucas 6:8); así que simplemente se retiró al Mar de Galilea, ministró a las multitudes, y luego se fue al monte para orar a solas.

Jesús da un *reposo de sabbat* espiritual que está en el corazón todo el tiempo (Mateo 11:28-30). A diferencia del agobiante yugo de la ley, el yugo que Jesús da se *ajusta bien*, y su *carga es ligera*. Cuando el pecador confía en el Salvador, tiene paz con Dios porque sus pecados son perdonados y es reconciliado con Dios (Romanos 5:1-11). A medida que el creyente se somete a Cristo en la experiencia diaria, disfruta de “la paz de Dios” en el corazón y la mente (Filipenses 4:6,7).

2. Una nueva nación (Lucas 6:12-19)

Jesús pasó toda la noche en oración, porque estaba a punto de llamar a sus 12 apóstoles de entre los muchos discípulos que le seguían. Un *discípulo* es un aprendiz y alumno, y un *apóstol* es un mensajero escogido enviado con una comisión especial. Jesús tenía muchos discípulos (ve Lucas 10:1) pero sólo doce apóstoles escogidos expresamente.

¿Por qué oró toda la noche? Por un lado, sabía que la oposición contra él estaba creciendo y finalmente resultaría en su crucifixión; así que oró pidiendo fuerza al enfrentar el

64 Compasivos en Cristo

sendero que tenía por delante. También, quería la dirección del Padre al seleccionar a los 12 apóstoles, porque el futuro de la iglesia dependía de ellos. Ten presente que uno de los doce lo traicionaría, y *Jesús sabía desde el principio quién era* (Juan 6:64). Nuestro Señor tenía emociones enteramente humanas (Lucas 22:41-44; Hebreos 5:7,8), y fue mediante la oración que tomó estas decisiones difíciles.

Los nombres de los doce apóstoles se mencionan también en Mateo 10:1-4; Marcos 3:16-19; Hechos 1:13 (a excepción de Judas). En todas las listas se nombra primero a Pedro y, aparte de Hechos 1:13, a Judas de último. El Judas de Hechos 1:13 es Judas hermano [probablemente “hijo”] de Jacobo, a quien también se le llama Tadeo en Marcos 3:18. No era raro que un hombre tuviera dos o más nombres.

Simón recibió el nombre de *Pedro* (piedra) cuando Andrés le llevó a Jesús (Juan 1:40-42). Bartolomé es el mismo Natanael (Juan 1:45-49). El otro Simón del grupo tenía como sobrenombre “Zelote”, lo que quiere decir una de dos cosas. Puede significar que pertenecía al grupo de patriotas fanáticos judíos conocidos como “zelotes”, cuyo propósito era librar a Israel de la tiranía de Roma. Este grupo usaba cualquier medio que tuviera a su alcance para lograr sus propósitos, incluyendo el terror y el asesinato. O, tal vez la palabra “zelote” traduce la palabra hebrea *kanná* que significa *celoso por Dios, celoso por el honor de Dios*. (En Mateo 10:4 se traduce como “Simón el cananista” [*kanná*].) No podemos saber con certeza si a Simón se le conocía por su celo por el honor de Dios, o su membresía en una organización subversiva; posiblemente se trataba de ambas cosas.

Tampoco estamos seguros del origen de la palabra “Iscariote”. Probablemente significa *hombre* [*ish* en hebreo]

de *Queriot*, población en el sur de Judá (Josué 15:25). Algunos lo asocian con la palabra aramea *secar* que quiere decir *falsedad*. De este modo sería *Judas el falso*. La explicación geográfica posiblemente es la correcta.

¡Qué grupo de hombres más interesante! Ilustran lo que Pablo escribió en 1 Corintios 1:26-29, y son un estímulo para nosotros. Después de todo, si Dios pudo usarlos a ellos, ¿no puede usarnos a nosotros? Quizá siete de ellos eran pescadores (ve Juan 21:1-3), uno era un recaudador de impuestos, y los otros cuatro de oficio desconocido. Eran hombres comunes; sus personalidades eran diferentes, y sin embargo Jesús los llamó para que estuvieran con él, para que aprendieran de él, y para que salieran a representarlo (Marcos 3:14).

¿Por qué 12 apóstoles? Porque había doce tribus en Israel, y Jesús estaba formando el núcleo de una nueva nación (ve Mateo 21:43; 1 Pedro 2:9). Los primeros creyentes fueron judíos porque el evangelio vino “al judío primeramente” (Hechos 13:46; Romanos 1:16). Más tarde los gentiles fueron añadidos a la iglesia mediante el testimonio de los judíos creyentes esparcidos (Hechos 11:19ss) y el ministerio de Pablo, apóstol a los gentiles. En la iglesia no hay diferencia entre judío y gentil; todos somos “uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

Es significativo que después de que Jesús llamara a sus 12 apóstoles, y antes de predicar su gran sermón, dedicó tiempo para sanar a muchos necesitados. Esto fue una demostración tanto de su poder como de su compasión. También fue un recordatorio para sus nuevos ayudantes recientemente nombrados, de que su tarea era compartir el amor y poder de Jesús con un mundo necesitado. Se calcula que había unos 300 millones de personas en el mundo en los días de Jesús, en tanto que hoy hay más de 5 mil millones

y cuatro quintas partes de ellos habitan en naciones poco desarrolladas. ¡Qué reto para la iglesia!

3. Una nueva bendición (Lucas 6:20-49)

Este sermón es probablemente una versión abreviada de lo que llamamos “El Sermón del Monte” (Mateo 5—7). Algunos excelentes eruditos evangélicos creen que fueron dos sucesos diferentes y que Lucas simplemente omitió las partes del sermón que no les interesarían a sus lectores gentiles. Si son el mismo evento, el hecho de que Mateo lo ubica en un monte (Mateo 5:1), mientras que Lucas lo pone “en un lugar llano” (Lucas 6:17) no presenta ningún problema. El Dr. D. A. Carson indica que la palabra griega traducida “lugar llano” puede significar *una meseta en una región montañosa* (*Exegetical Fallacies*, Baker, p. 43).

Jesús se fue al monte con sus discípulos. Después de una noche de oración fue a un lugar llano, ordenó a los doce, ministró a los enfermos y luego predicó este sermón. Fue su descripción de lo que quiere decir tener una vida *bienaventurada*.

Para la mayoría de los judíos la palabra bienaventurado evocaba la imagen de una vida larga, riquezas, una familia numerosa y sana, un granero lleno, y enemigos derrotados. El pacto de Dios con Israel incluía tales bendiciones materiales y físicas (Deuteronomio 28; Job 1:1-12; Proverbios 3:1-10), porque así fue como Dios les enseñó y les disciplinó. Después de todo, ellos eran pequeños hijos en la fe, y nosotros enseñamos a los niños mediante recompensas y castigos. Con la venida de Jesús terminó el período de la niñez de Israel, y el pueblo tenía que madurar en su comprensión de los caminos de Dios (Gálatas 4:1-6).

Jesús estaba predicando a sus discípulos tanto como a las multitudes (Lucas 6:27,47), porque aun los doce tenían

que desaprender muchas cosas antes de poder servirle eficazmente. Aún más, ellos lo habían dejado todo para seguir a Jesús (Lucas 5:11,28), y sin duda estaban preguntándose: “¿Qué hay para nosotros en todo esto?” (ve Mateo 19:27). El Señor explicó en este sermón que la vida verdaderamente bienaventurada no resulta de *obtener*, ni de *hacer*, sino de *ser*. El énfasis recae en un carácter semejante a Dios.

Este sermón no es *el evangelio* ni nadie va al cielo por acatar el Sermón del Monte. Los pecadores muertos no pueden obedecer al Dios vivo; primero deben nacer de nuevo y recibir la vida de Dios (Juan 3:1-7,36).

Este sermón tampoco es la *constitución* del reino que Dios un día establecerá en la tierra (Mateo 20:21; Lucas 22:30). El Sermón del Monte se aplica a la vida hoy y describe la clase de carácter santo que debemos tener en este mundo como creyentes. Por cierto, nuestro Señor describe una situación en la vida muy diferente a la del reino glorioso, e incluye hambre, lágrimas, persecución y falsos maestros.

Lo que Jesús hizo fue enfocar las *actitudes*: nuestra actitud hacia las circunstancias (Lucas 6:20-26), hacia la gente (Lucas 6:27-38), hacia nosotros mismos (Lucas 6:39-45), y hacia Dios (Lucas 6:46-49). Recalcó cuatro cosas esenciales para la verdadera felicidad: fe en Dios, amor hacia otros, sinceridad con nosotros mismos, y obediencia a Dios.

Circunstancias (6:20-26). La vida era difícil para la gente en esos días, y no había mucha esperanza de que las circunstancias mejoraran. Como la gente de hoy, muchos de ellos pensaban que la felicidad era resultado de tener grandes posesiones, o de ocupar un cargo elevado, o de disfrutar de los placeres y popularidad que el dinero puede comprar. Imagínate la sorpresa de ellos al oír a Jesús

describir la felicidad en términos *¡precisamente opuestos a lo que esperaban!* Descubrieron que lo que más necesitaban no era un cambio en las circunstancias, sino un cambio en su relación con Dios y en su perspectiva de la vida.

Jesús no enseñaba que la pobreza, el hambre, la persecución y las lágrimas eran bendiciones en sí mismas. Si así fuera, nunca habría hecho todo lo que hizo por aliviar los sufrimientos de otros. Más bien Jesús estaba describiendo las *actitudes internas* que debemos tener para poder experimentar la bienaventuranza de la vida cristiana. Por cierto debemos hacer todo lo que podamos para ayudar a otros de una manera material (Santiago 2:15-17; 1 Juan 3:16-18), pero debemos recordar que ninguna cantidad de *cosas* puede sustituir una relación personal con Dios.

El relato de Mateo deja esto bien en claro: “Bienaventurados los pobres *en espíritu...* Bienaventurados los que tienen hambre y sed *de justicia*” (Mateo 5:3,6; las cursivas son mías). Jesús no estaba glorificando la pobreza material; más bien, fue un llamamiento por ese quebrantamiento de corazón que confiesa la pobreza espiritual interior (Lucas 18:9-14; Filipenses 3:4-14). El Señor sólo puede salvar a los humildes (Isaías 57:15; 66:2; 1 Pedro 5:6). Si comparas “las bienaventuranzas” con Isaías 61:1-3 y Lucas 4:18, verás que el énfasis de nuestro Señor está en la condición del corazón, y no en las circunstancias externas. María expresó lo mismo en su canto de alabanza (Lucas 1:46-55).

Jesús mismo experimentaría la persecución descrita en Lucas 6:22, y lo mismo los discípulos. ¿Cómo podemos regocijarnos cuando nos atacan? Recordar que es un privilegio sufrir por amor de su nombre (Filipenses 3:10). Cuando nos tratan de la manera en que trataron a Jesús, es evidencia de que estamos empezando a vivir como Jesús vivió, y eso es un elogio. A todos los santos de todos los

siglos se les trató de esta manera, así que, ¡estamos en buena compañía! Es más, Dios promete una recompensa especial para todos los que le son fieles; así que ¡lo mejor todavía está por venir!

Los cuatro *ayes* (Lucas 6:24-26) tienen una verdad en común: Tomas de la vida lo que quieres y pagas por ello. Si quieres riqueza inmediata, satisfacción, risa y popularidad, lo puedes tener; pero hay un precio que pagar: *eso es todo lo que conseguirás*. Jesús no dijo que estas cosas fueran malas. Lo que dijo fue que *quedarse satisfecho con ellas es su propio castigo*.

H. H. Farmer escribió que “para Jesús lo terrible de tener los valores errados en la vida y buscar las cosas equivocadas no es que uno queda condenado a una desilusión amarga, sino *lo contrario*; no que no logres lo que quieres, sino que *lo harás*”. (*Things Not Seen* [Lo que no se ve], Nishbet, [Londres], p. 96). Cuando la gente se satisface con las cosas menores de la vida, con lo bueno en lugar de lo mejor, entonces sus buenos éxitos se suman sólo como fracasos. Estas personas están en bancarrota espiritual y no se dan cuenta de ello.

La vida se edifica sobre el carácter, y el carácter sobre decisiones. Pero las decisiones se basan en valores, y *los valores hay que aceptarlos por fe*. Moisés tomó una decisión que cambió su vida a base de los valores que otros tomaban por necedad (Hebreos 11:24-29), pero Dios honró su fe. El creyente disfruta de todo lo que Dios le da (1 Timoteo 6:17) porque vive con los valores de la eternidad a la vista.

Personas (6:27-38). Jesús daba por hecho que cualquiera que viviera según los valores eternos se metería en problemas con los del mundo. Los creyentes son “la sal de la tierra”, y “la luz del mundo” (Mateo 5:13-16), y a veces

la sal hace arder y la luz deja expuesto el pecado. Los pecadores muestran su odio evadiéndonos o rechazándonos (Lucas 6:22), insultándonos (Lucas 6:28), maltratándonos físicamente (Lucas 6:29), y entablando pleitos judiciales en contra nuestra (Lucas 6:30). Esto es algo que debemos esperar (Filipenses 1:29; 2 Timoteo 3:12).

¿Cómo debemos tratar a nuestros enemigos? Debemos amarlos, hacerles el bien, y orar por ellos. El odio sólo produce más odio, “porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Santiago 1:20). No podemos obrar la justicia de Dios por nuestras propias fuerzas, sino que se puede hacer sólo mediante el poder del Espíritu Santo (Romanos 5:5; Gálatas 5:22,23).

No debemos considerar estas amonestaciones como una serie de reglas para obedecer. Describen una actitud del corazón que se expresa positivamente cuando otros son negativos, y generosamente cuando otros son egoístas; todo para la gloria de Dios. Es una disposición interna, no un deber legal. Debemos tener sabiduría para saber cuándo dar la otra mejilla y cuándo reclamar nuestros derechos (Juan 18:22,23; Hechos 16:35-40). Aun el amor cristiano debe ejercer discernimiento (Filipenses 1:9-11).

Dos principios se destacan: Debemos tratar a otros como quisiéramos que nos traten (Lucas 6:31), lo que da por sentado que queremos lo mejor espiritualmente para nosotros mismos; y debemos imitar a nuestro Padre celestial y ser misericordiosos (Lucas 6:36). Lo importante no es que seamos justificados delante de nuestros enemigos sino que lleguemos a ser más como Dios en nuestro carácter (Lucas 6:35). Esta es la más grande recompensa que alguien puede recibir, mucho mayor que riquezas, comida, risa o popularidad (Lucas 6:24-26). Esas

cosas un día se desvanecerán, pero el carácter durará por toda la eternidad. Debemos creer Mateo 6:33 y practicarlo en el poder del Espíritu.

Lucas 6:37,38 nos recuerda que sembramos lo que sembramos y en la cantidad que sembramos. Si juzgamos a otros, nosotros mismos seremos juzgados. Si perdonamos, seremos perdonados, pero si condenamos, seremos condenados (ve Mateo 18:21-35). Jesús no estaba hablando del juicio eterno sino de la manera en que se nos trata en esta vida. Si vivimos para dar, Dios verá que recibamos; pero si vivimos sólo para obtener, Dios verá que lo perdamos. Este principio se aplica no sólo al dar dinero, sino también a darnos a nosotros mismos en ministerio a otros.

Uno mismo (6:39-45). Las cuatro figuras impactantes en esta sección nos enseñan algunas lecciones importantes en cuanto al ministerio. Antes que nada, como discípulos de Jesús debemos asegurarnos de ver con suficiente claridad cómo guiar a otros en su andar espiritual. Aun cuando hay ciegos que tienen un agudo sentido de dirección, no son ni pilotos de avión ni guías en la selva. Jesús se refería primordialmente a los fariseos, que estaban descarriando a la gente (Mateo 15:14; 23:16). Si nos vemos nosotros mismos como guías excelentes, pero no nos percatamos de nuestra ceguera, todo lo que conseguiremos es hacer que la gente caiga en la zanja (ve Romanos 2:17-22).

Lucas 6:40 nos recuerda que no podemos guiar a otros a donde nosotros mismos no hemos estado, ni tampoco podemos ser todo lo que nuestro Maestro es. A decir la verdad, mientras más nos esforcemos por ser como él, más nos damos cuenta de lo lejos que estamos. Esta es una advertencia contra el orgullo, porque nada ciega a una persona más que el orgullo.

Al continuar con el cuadro del *ojo* Jesús enseñó que debemos ver con suficiente claridad como para ayudar a nuestro hermano a ver mejor. Por cierto no hay nada malo en ayudar a un hermano a sacarse del ojo una dolorosa brizna de suciedad, *siempre y cuando podamos ver lo que estamos haciendo*. La multitud debe haberse reído a carcajadas cuando Jesús describió al oculista con una *viga* en su ojo, operando a un paciente ¡que tiene una *mota* en el suyo!

El énfasis aquí está en ser honestos con nosotros mismos y en no llegar a ser hipócritas. Es fácil tratar de ayudar a un hermano con sus faltas con el propósito de encubrir las nuestras. Los que constantemente critican a otros por lo común son culpables de algo peor en su propia vida.

La ilustración del árbol nos recuerda que el fruto siempre es fiel al carácter. El manzano produce manzanas, no naranjas; y una persona buena produce buen fruto, no malo. Los creyentes pecan, pero el testimonio de sus palabras y obras es consistentemente bueno para la gloria de Dios. En términos del ministerio, los siervos de Dios que son fieles se reproducirán en personas que a su vez son fieles al Señor (2 Timoteo 2:2).

El último cuadro, el tesoro, nos enseña que lo que sale de nuestros labios depende de lo que hay dentro del corazón. El corazón humano es como un tesoro, y lo que hablamos revela lo que hay por dentro. Al hombre que pidió disculpas por sus palabrotas diciendo: “En realidad no estaba en mí”. Su amigo le dijo: “Tenía que haber estado en ti, o de lo contrario no podría haber salido de ti”.

Debemos ser francos con nosotros mismos y admitir los puntos ciegos en nuestra vida, los obstáculos que nublan nuestra visión, y los aspectos interiores que hay que corregir. Entonces el Señor podrá usarnos para ministrar a otros y no hacerlos descarriar.

Dios (6:46-49). El énfasis de nuestro Señor aquí es la obediencia. No es suficiente oír su palabra y llamarle “Señor”. Debemos también obedecer lo que nos ordena que hagamos. Todos somos *constructores* y debemos ser cuidadosos para edificar sabiamente. Edificar sobre la roca sencillamente quiere decir que *obedecemos lo que Dios ordena en su Palabra*. Edificar sobre la arena quiere decir *honrar a Cristo de labios para afuera, sin obedecer su voluntad*. Puede parecer que estamos construyendo una casa fuerte, pero si no tiene cimientos, no puede durar. La tormenta aquí no es el juicio final, sino las pruebas de la vida que le vienen a todo creyente. No todo el que profesa conocer al Señor ha tenido una experiencia verdadera de salvación. Pueden haber sido activos en la iglesia y otras organizaciones religiosas, pero si no son salvos por fe, no tienen cimientos en su vida. Cuando las dificultades vienen, en lugar de glorificar al Señor, le abandonan; y su casa de testimonio se desploma.

Nadie puede realmente llamar a Jesucristo Señor excepto por el Espíritu Santo de Dios (Romanos 8:16; 1 Corintios 12:3). Si Cristo está en nuestro corazón, entonces nuestra boca debe confesarle ante otros (Romanos 10:9,10). Si estamos “arraigados y sobreedificados en él” (Colosenses 2:7), entonces nuestros frutos serán buenos y nuestra casa resistirá las tormentas. Podemos tener nuestras faltas y fracasos, pero el testimonio estable de nuestra vida señalará a Cristo y le honrará.

Esta es la *nueva bendición* que Jesús ofreció a la nación y que nos ofrece hoy. Podemos experimentar la *felicidad celestial* y la verdadera bienaventuranza que sólo él puede dar. La base de todo esto es la fe salvadora personal en el Señor Jesucristo, porque, como el Dr. H. A. Ironside dijo una vez, “No podemos vivir la vida a menos que primero la poseamos”.

La compasión en acción

Lucas 7

Se ha definido la compasión como “tu dolor en mi corazón”. ¡Qué dolor debe haber sentido nuestro Señor al ministrar de lugar en lugar! Sólo en este capítulo Jesús se ve frente a la desdicha de un criado moribundo, una viuda afligida, un profeta perplejo y un pecador arrepentido; y los ayudó a todos. Si se le hubiera pedido a un *comité de adversidad* que decidiera cuál de estas personas merecía ayuda, nos preguntamos a cuál habría escogido.

Jesús los ayudó a todos porque la compasión no mide; ministra. Bernardo de Claraval dijo: “La justicia busca tan sólo los *méritos* del caso, pero la compasión considera sólo la *necesidad*”. Fue la compasión, no la justicia, lo que motivó al Gran Médico que no vino “a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:32). Conozcamos a estas cuatro personas necesitadas y veamos las respuestas de nuestro Señor.

1. El siervo: Su respuesta a la fe (Lucas 7:1-10)

En los evangelios y el libro de los Hechos, se presenta a los centuriones romanos como hombres de calidad y

carácter, y este centurión en Lucas 7 es un ejemplo claro. Los ancianos judíos no tenían la menor simpatía por los romanos, y menos por los soldados romanos, y sin embargo, los ancianos elogiaron a este oficial ante Jesús. El oficial quería al pueblo judío en Capernaum, e incluso les había construido una sinagoga. Quería a su criado y no quería que muriera. Este centurión no era ningún estoico que se había aislado del dolor de otros. Tenía un corazón compasivo, aun por su humilde criado, que estaba muriendo de una enfermedad paralizante (Mateo 8:6).

El informe condensado de Mateo (Mateo 8:5-13) no contradice el relato más completo de Lucas. Los amigos del centurión le representaron ante Jesús y luego representaron a Jesús ante el centurión. Cuando un locutor en un noticiero informa que el presidente o el primer ministro dijo algo al congreso o al parlamento, no necesariamente quiere decir que el presidente o el primer ministro dio el mensaje en persona. Probablemente lo presentó alguno de sus representantes oficiales, pero el mensaje sería recibido como si viniera del presidente o del primer ministro en persona.

Nos impresiona no sólo el gran cariño de este hombre, sino también su gran humildad. Imagínate, un oficial romano diciendo que no era digno de entrar en la casa de un pobre rabino judío. Los romanos no eran conocidos por mostrar humildad, especialmente ante sus súbditos judíos.

Pero la característica que más impresionó a Jesús fue la fe del hombre. Dos veces en el registro de los evangelios se nos dice que Jesús se maravilló. Aquí en Capernaum se maravilló por la fe de un gentil; y en Nazaret por la incredulidad de los judíos (Marcos 6:6). La única otra persona a quien Jesús elogió por tener gran fe fue una mujer gentil cuya hija él había librado de un demonio (Mateo 15:28).

76 **Compasivos en Cristo**

Vale la pena notar que en ambas instancias Jesús sanó *a la distancia* (ve Salmo 107:20; Efesios 2:11-13).

La fe del centurión por cierto fue destacada. Después de todo, era un gentil de trasfondo pagano. Era un soldado romano, entrenado para ser autosuficiente, y no tenemos ninguna evidencia de que haya oído a Jesús predicar alguna vez. Tal vez oyó del poder sanador de Jesús de labios del noble cuyo hijo Jesús había sanado, también a distancia (Juan 4:46-54). Sus soldados también pudieron haberle llevado informes de los milagros que Jesús había realizado, porque los romanos se mantenían al tanto de lo que ocurría en la vida judía.

La palabra importante en Lucas 7:8 es “también”. (Igualmente en Mateo 8:9). El oficial vio un paralelo entre la manera en que él ordenaba a sus soldados y la manera en que Jesús ordenaba a las enfermedades. Tanto el centurión como Jesús estaban bajo autoridad, y debido a que estaban bajo autoridad, tenían el derecho de ejercer autoridad. *Todo lo que tenían que hacer era decir la palabra y las cosas ocurrían.* ¡Qué tremenda fe mostró este hombre! No es de extrañarse que Jesús se maravillara.

Si este romano, con escasa instrucción espiritual tenía, esa clase de fe en la Palabra de Dios, ¡cuánto mayor debería ser *nuestra* fe! Tenemos la Biblia entera para leer y estudiar, así como más de dos mil años de historia del cristianismo para alentarnos, y sin embargo somos culpables de no tener fe (Marcos 4:40), o “poca fe” (Mateo 14:31). Nuestra oración debería ser: “Señor: aumentanos la fe” (Lucas 17:5).

2. La viuda: Respuesta de Jesús a la desesperanza (Lucas 7:11-17)

Naín estaba como a cuarenta kilómetros de Capernaum, un día de viaje, y sin embargo Jesús fue aun cuando no se

le había *pedido* que fuera. Puesto que los judíos enterraban a sus muertos el mismo día (Deuteronomio 21:23; Hechos 5:5-10), es probable que Jesús y sus discípulos llegaran a la puerta de la ciudad ya avanzada la tarde del día en que el muchacho murió. Cuatro encuentros especiales tuvieron lugar en la puerta de la ciudad ese día.

Encuentro de dos multitudes. No podemos dejar de asombrarnos por la providencia de Dios al ver a Jesús encontrando al cortejo fúnebre justo cuando se dirigían al cementerio. Jesús vivía según un horario divino al obedecer la voluntad de su Padre (Juan 11:9; 13:1). El Salvador lleno de compasión siempre da ayuda cuando más la necesitamos (Hebreos 4:16).

Qué contraste entre la multitud que seguía a Jesús y la que seguía a la viuda y a su hijo muerto. Jesús y sus discípulos se regocijaban por la bendición del Señor, pero la viuda y sus amigos se lamentaban por la muerte del único hijo de ella. Jesús se dirigía a la ciudad mientras que los dolientes se dirigían al cementerio.

Hablando espiritualmente, cada uno de nosotros está en uno de estos dos grupos. Si has confiado en Cristo te diriges a la ciudad (Hebreos 11:10,13-16; 12:22). Si estás muerto en pecado ya estás en el cementerio y bajo la condenación de Dios (Juan 3:36; Efesios 2:1-3). Necesitas confiar en Jesucristo y ser levantado de entre los muertos (Juan 5:24; Efesios 2:4-10).

Encuentro de dos hijos únicos. Uno estaba vivo pero destinado a morir, el otro estaba muerto pero destinado a vivir. El término “unigénito” que se aplica a Jesús significa *único, único en su clase*. Jesús no es hijo en el mismo sentido que lo soy yo, habiendo llegado a existir mediante la concepción y el nacimiento. Puesto que Jesús es Dios eterno, siempre ha existido. El título *Hijo de Dios* declara

la naturaleza divina de Cristo y su relación con el Padre, a quien el Hijo se había sometido voluntariamente desde la eternidad. Todas las personas de la Deidad son iguales, pero en la estructura de la Trinidad, cada una tiene un lugar específico que ocupar y tareas que cumplir.

Encuentro de dos sufrientes. Jesús, Varón de dolores, pudo identificarse fácilmente con la aflicción de la viuda. No sólo estaba afligida, sino que ahora quedaba sola en una sociedad que no tenía recursos para atender a las viudas. ¿Qué le iba a suceder? Jesús sintió el dolor que el pecado y la muerte habían traído a este mundo, e hizo algo al respecto.

Encuentro de dos enemigos. Jesús se enfrentó a la muerte, “el postrer enemigo” (1 Corintios 15:26). Cuando se considera el dolor y la aflicción que la muerte causa en el mundo, la muerte es en verdad un enemigo, y solo Jesucristo puede darnos la victoria (ve 1 Corintios 15:51-58; Hebreos 2:14,15). A la palabra de Jesús el muchacho volvió a la vida con salud.

El muchacho dio dos evidencias de vida: se sentó y habló. Yacía en una camilla abierta, no en un ataúd cerrado; así que le fue fácil sentarse. No se nos dice lo que dijo, pero debe haber sido interesante. ¡Qué acto más tierno fue cuando Jesús tomó al muchacho y se lo dio a su gozosa madre! La escena entera nos recuerda lo que ocurrirá cuando el Señor regresa, y seamos reunidos con nuestros seres queridos que han ido a la gloria (1 Tesalonicenses 4:13-18).

La respuesta del pueblo fue glorificar a Dios e identificar a Jesús con el Profeta que los judíos habían estado esperando (Deuteronomio 18:15; Juan 1:21; Hechos 3:22,23). No pasó mucho tiempo para que el informe de este milagro corriera. La gente con mayor entusiasmo quería ver a Jesús, y multitudes aun mayores le siguieron (Lucas 8:4,19,42).

3. Juan el Bautista: Respuesta de Jesús a la duda (Lucas 7:18-35)

Confusión (7:18-20). Juan había estado encarcelado durante varios meses (Lucas 3:19,20), pero sabía lo que Jesús estaba haciendo por cuanto sus propios discípulos le mantenían informado. Debe haber sido difícil para este hombre, acostumbrado a la vida al aire libre, estar confinado a la cárcel. Sin duda la tensión física y emocional era enorme, y los largos días de espera no lo hacían nada fácil. Los dirigentes judíos no hicieron nada para interceder por Juan, y parece que incluso Jesús no hacía nada a su favor. Si Jesús vino para poner en libertad a los presos (Lucas 4:18), ¿entonces Juan el Bautista era buen candidato!

No es raro que los grandes dirigentes espirituales tengan sus días de duda e incertidumbre. Moisés estaba listo para *tirar la toalla* en una ocasión (Números 11:10-15), y también Elías (1 Reyes 19) y Jeremías (Jeremías 20:7-9, 14-18); e incluso Pablo supo lo que era la desesperanza (2 Corintios 1:8,9).

Hay una diferencia entre la duda y la incredulidad. La duda es cuestión mental: no podemos comprender lo que Dios está haciendo o por qué lo hace. La incredulidad es asunto de la voluntad: rehusamos creer la Palabra de Dios y obedecer lo que nos dice que hagamos. “La duda no siempre es señal de que un hombre esté equivocado”, dijo Oswald Chambers; “puede ser señal de que está pensando”. En el caso de Juan, su pregunta no brotaba de incredulidad, sino de la duda alimentada por la tensión física y emocional.

Tú y yo podemos mirar hacia atrás al ministerio de Cristo y comprender lo que estaba haciendo, pero Juan no tenía esa ventaja. Juan había anunciado juicio, pero Jesús estaba realizando obras de amor y misericordia. Juan había

prometido que el reino estaba a las puertas, pero no había ninguna evidencia del mismo hasta ese punto. Había presentado a Jesús como “el Cordero de Dios” (Juan 1:29), así que Juan debe haber entendido algo acerca del sacrificio de Jesús; sin embargo, ¿cómo se relacionaba este sacrificio al prometido reino para Israel? Estaba perplejo por el plan de Dios y el lugar que le correspondía en ello. Pero no lo juzguemos con rigor, porque hasta los profetas se quedaron perplejos por algunas de esas cosas (1 Pedro 1:10-12).

Confirmación (7:21-23). Jesús no dio a los dos hombres una conferencia sobre teología o profecía. En lugar de eso, los invitó a que vieran cómo sanaba a la gente de sus aflicciones. A ciencia cierta, éstas eran sus credenciales como el Mesías prometido (Isaías 29:18,19; 35:4-6; 42:1-7). No había establecido un reino político, sino el reino de Dios estaba allí en poder.

La palabra griega que se traduce hallar “tropiezo” es de una raíz de donde proviene nuestra palabra *escandalizarse*, y se refiere originalmente a la *carpada* en una trampa. Juan estaba en peligro de dejarse atrapar debido a su preocupación por lo que Jesús *no* estaba haciendo. Tropezaba con su Señor y su ministerio. Jesús con gentileza le dijo que tuviera fe, porque su Señor sabía lo que estaba haciendo.

Muchos hoy critican a la iglesia cristiana por no “cambiar el mundo” y resolver los problemas económicos, políticos y sociales de la sociedad. Lo que se olvidan es que Dios cambia al mundo cambiando al individuo. La historia muestra que la iglesia con frecuencia ha encabezado el servicio humanitario y la reforma, pero su trabajo principal es llevar a los pecadores al Salvador. Todo lo demás es un producto secundario de eso. Proclamar el evangelio siempre debe ser la primera prioridad de la iglesia.

Elogio (7:24-30). Lo que Dios piensa de nosotros es más importante que lo que nosotros pensamos de nosotros mismos o lo que otros piensan de nosotros. Jesús esperó hasta que los mensajeros de Juan se hubieran ido, y entonces públicamente elogió a Juan por su ministerio. Al mismo tiempo dejó al descubierto los corazones llenos de pecado de los que rechazaron el ministerio de Juan.

Juan el Bautista no fue *dado al acomodo*, como si fuera caña movida por el viento (Efesios 4:14); ni tampoco una *celebridad* popular, disfrutando de la amistad de los grandes y los placeres de la riqueza. Juan no se amilanó ni debilitó, sin que importara lo que la gente le hiciera. Juan no era sólo un profeta, sino que fue un profeta cuyo ministerio ¡estuvo profetizado! (ve Isaías 40:3; y Malaquías 3:1). Como el último de los profetas del Antiguo Testamento Juan tuvo el gran privilegio como mensajero de Dios de presentar al Mesías ante Israel.

¿Cómo es el menor en el reino de Dios mayor que Juan? En posición, no en carácter ni en ministerio. Juan fue el heraldo del Rey, anunciando el reino; los creyentes son los hijos del reino y amigos del Rey (Juan 15:15). El ministerio de Juan fue decisivo tanto en la historia de la nación como en el plan divino de redención (Lucas 16:16).

En Lucas 7:29,30 se registran las palabras de Jesús, no la explicación de Lucas (ve Mateo 21:32). Son la respuesta a lo que algunos estaban preguntando: “Si Juan es tan gran profeta, ¿por qué está en la cárcel?” La respuesta es: Por la incredulidad expresa de los dirigentes religiosos. La gente común aceptó el mensaje de Juan y se bautizó como prueba de su arrepentimiento. “Justificaron a Dios”, lo que quiere decir que concordaron con lo que Dios había dicho en cuanto a ellos (Salmo 51:4). Pero los dirigentes religiosos se justificaron a sí mismos (Lucas 16:15), no a Dios, y rechazaron a Juan y su mensaje.

82 **Compasivos en Cristo**

Condenación (7:31-35). Jesús comparó a esa generación con gente que se comportaba como niños, y que nada le agradaba. Probablemente se refería a los escribas y fariseos en particular. Juan declaró un mensaje severo de juicio, y ellos dijeron: “¡Está endemoniado!” Jesús se asociaba con la gente y predicaba un mensaje de gracia y dijeron: “Es un glotón, bebedor de vino, y amigo de publicanos y pecadores!” No querían ni un funeral ni una boda, porque nada les complacía.

La gente que quiere evadir la verdad en cuanto a sí misma siempre puede hallar algo que criticar en el predicador. Esta es una manera en que se justifican a sí mismos. Pero la sabiduría de Dios no se frustra por los razonamientos de los sabios y prudentes. *Se demuestra en las vida cambiada de los que creen.* Así es cómo la verdadera sabiduría es justificada.

4. Una pecadora: Respuesta de Jesús al amor (Lucas 7:36-50)

Jesús no sólo aceptó la hospitalidad de publicanos y pecadores, sino también de los fariseos. Ellos también necesitaban la Palabra de Dios, ya sea que se dieran cuenta de ello o no. Creemos que la invitación de Simón fue sincera y que no tenía ningún motivo ulterior para invitar a Jesús a su casa. Si así no fuera, le salió el tiro por la culata, porque ¡acabó aprendiendo más acerca de sí mismo de lo que tal vez habría querido saber!

La mujer arrepentida (7:36-38). Era costumbre en esos días que los extraños rondaran alrededor de los banquetes para poder ver a la *gente importante* y oír la conversación. Puesto que todo estaba abierto, podían hasta entrar al salón del banquete y hablar con algún invitado. Esto explica cómo la mujer pudo llegar hasta Jesús. Jesús no estaba

tras puertas cerradas. En esos días no se invitaba a las mujeres a los banquetes.

Los rabinos judíos no hablaban en público con las mujeres, ni tampoco comían con ellas en público. Una mujer de este tipo no habría sido bien recibida en la casa del fariseo Simón. No se menciona sus pecados, pero tenemos la impresión de que era una mujer con mala reputación.

No confundas este suceso con otro similar en donde intervino María de Betania (Juan 12:1-8), y no identifiques a esta mujer con María Magdalena (Marcos 16:9; Lucas 8:2), como muchos lo hacen.

La mujer admitió que era pecadora y dio evidencia de que era una pecadora *arrepentida*. Si verificas en una armonía de los evangelios notarás que poco antes de ese evento Jesús había extendido la invitación de su gracia: “Venid a mí... y yo os haré descansar” (Mateo 11:28-30). Tal vez fue allí en donde esta mujer se convirtió de su pecado y confió en el Salvador. Sus lágrimas, su actitud humilde y su costoso obsequio hablan de un corazón cambiado.

El anfitrión que critica (7:39-43). Simón se sintió avergonzado, tanto por sí mismo como por sus invitados. La gente había dicho que Jesús era un gran profeta (Lucas 7:16), pero ¡por cierto no estaba exhibiendo gran discernimiento profético al permitir que una mujer pecadora le ungiera los pies! Debía ser un farsante.

El verdadero problema de Simón fue su *ceguera*: no podía verse a sí mismo, ni a la mujer, ni al Señor Jesús. Fue fácil para él decir: “¡Ella es una pecadora!” pero imposible decir: “Yo también soy un pecador” (ve Lucas 18:9-14). Jesús demostró que en verdad era profeta al revelar los pensamientos de Simón y las necesidades de éste.

La parábola no tiene que ver con la *cantidad* del pecado en la vida de una persona, sino con la *conciencia* de ese

pecado en su corazón. ¿Cuánto pecado debe cometer una persona para ser pecadora? Simón y la mujer eran pecadores. Simón era culpable de pecados del espíritu, especialmente orgullo, en tanto que la mujer era culpable de pecados de la carne (ve 2 Corintios 7:1). Sus pecados eran conocidos, mientras que los pecados de Simón estaban ocultos para todo mundo menos Dios. *Y ambos estaban en bancarrota y no podían pagar su deuda ante Dios.* Simón estaba en igual bancarrota espiritual que la mujer, pero él no se daba cuenta de eso.

El perdón es una dádiva de la gracia de Dios; la deuda fue pagada en su totalidad por Jesucristo (Efesios 1:7; 1 Pedro 1:18,19). La expresión “perdonó” lleva la idea de *con toda gracia y de buena voluntad*. La mujer aceptó la oferta gratuita divina de salvación y expresó abiertamente su amor. Simón rechazó esa oferta y no fue perdonado. No sólo estaba ciego a sí mismo, sino que también estaba ciego a la mujer y a su invitado de honor.

El Salvador perdonador (7:44-50). La mujer era culpable de pecados de comisión, pero Simón fue culpable de pecados de omisión. No había mostrado cortesía a su invitado el Señor Jesús (en contraste, ve a Abraham en Génesis 18:1-8.) Todo lo que Simón dejó de hacer, la mujer lo hizo; ¡y qué bien lo hizo!

Hay dos errores que debemos evitar al interpretar las palabras de nuestro Señor. Primero, no debemos concluir que esta mujer se salvó gracias a sus lágrimas y su regalo. Jesús dejó en claro que fue únicamente *su fe* lo que la salvó (Lucas 7:50), porque ninguna cantidad de buenas obras pueden alcanzar la salvación (Tito 3:4-7).

Tampoco debemos pensar que los pecadores son salvos por amor, bien sea por el amor de Dios por ellos, o por el amor de ellos a Dios. Dios ama a todo el mundo (Juan 3:16),

y sin embargo, no todos son salvos. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9). La gracia es amor que paga el precio, y ese precio fue la muerte del Hijo de Dios en la cruz.

Jesús no rechazó ni las lágrimas de la mujer, ni el obsequio de perfume, porque sus obras eran evidencia de su fe. “La fe sin obras es muerta” (ve Santiago 2:14-26). No somos salvos por fe y obras; somos salvos por fe que produce obras. Esta mujer anónima ilustra la verdad de Gálatas 5:6: lo que vale es “la fe que obra por el amor”.

¿Cómo supo esta mujer que sus pecados fueron perdonados? *Jesús se lo dijo*. ¿Cómo sabemos hoy que hemos sido perdonados? *Dios nos lo dice en su Palabra*. Los siguientes son versículos para considerar: Isaías 1:18; 43:25,26; 55:6,7; Hechos 13:38,39; Romanos 4:7,8; Efesios 4:32, y Hebreos 8:12. Una vez que se comprende el significado de la gracia de Dios es más fácil recibir el perdón libre y pleno, y regocijarse en él.

Por supuesto, los críticos legalistas en la cena se quedaron estupefactos cuando Jesús dijo: “sus muchos pecados le son perdonados”. Al decir esto Jesús estaba afirmando ser Dios (ve Lucas 5:21). El *es* Dios, y murió por los pecados que la mujer cometió. Sus palabras de perdón no fueron palabras baratas; le costaron enormemente en la cruz.

¿Cómo fue salva esta mujer? Se arrepintió de sus pecados y puso su fe en Jesucristo. ¿Cómo supo ella que estaba verdaderamente perdonada? Tuvo la seguridad de la palabra de Cristo. ¿Cuál fue la prueba de su salvación? Su amor por Cristo expresado en devoción a él hasta el sacrificio. Por primera vez en su vida ella tenía paz con Dios (Lucas 7:50). Literalmente dice: “*Entra en la paz*”, porque ella había salido de la esfera

de la enemistad con Dios y ahora disfrutaba de la paz con él (Romanos 5:1; 8:7,8).

Cuando Jesús sanó al siervo del centurión, fue un gran milagro. Un suceso aun más grande fue levantar de entre los muertos al hijo de la viuda. Pero en este capítulo el mayor milagro de todos fue salvar a esta mujer de sus pecados, y hacerla una nueva persona. El milagro de la salvación tiene que ser el milagro más grande de todos, porque suple la necesidad más grande, trae los resultados más grandes (que duran para siempre), y cuesta el precio máximo.

Simón estuvo ciego a la mujer y también a sí mismo. El sólo vio el pasado de ella, pero Jesús vio su futuro. Me pregunto cuántos pecadores rechazados han hallado salvación mediante el testimonio de esta mujer en el evangelio de Lucas. Ella nos anima a creer que Jesús puede tomar a cualquier pecador y hacerle hijo o hija de Dios.

Pero el perdón divino no es automático; podemos rechazar su gracia, si lo queremos. En 1830 un hombre llamado George Wilson fue detenido por robar correspondencia, y la pena era la horca. Después de un tiempo el presidente Andrew Jackson le otorgó el perdón, *¡pero Wilson rehusó aceptarlo!* Las autoridades se quedaron perplejas: ¿Debían poner a Wilson en libertad o colgarlo?

Consultaron con el presidente de la Corte Suprema de Justicia John Marshall, quien dictaminó lo siguiente: “Un perdón es una hoja de papel, el valor de la cual queda determinado por la aceptación de parte de la persona perdonada. Si lo rehúsa, no hay perdón. George Wilson debe ser ahorcado”.

Si nunca has recibido el perdón de Dios, este es el momento de creer y ser salvo.

Lecciones sobre la fe

Lucas 8

Uno de los principales temas en Lucas 8 es cómo obtener fe y utilizarla en las experiencias diarias de la vida. En la primera sección, Jesús puso los cimientos al enseñar a sus discípulos que la fe viene al recibir la Palabra de Dios con entendimiento. En la segunda parte, Jesús los llevó por una serie de pruebas para ver cuánto habían aprendido realmente. La mayoría de nosotros disfruta del estudio bíblico, pero ¡cómo quisiéramos poder evitar los exámenes que a menudo vienen luego de las lecciones! Sin embargo, es durante las pruebas de la vida que la fe realmente crece y nos acercamos más a Cristo.

El incrédulo editor estadounidense H. L. Mencken definió la fe como “una creencia ilógica en la ocurrencia de lo imposible”, y Mark Twain dijo (en boca de uno de sus personajes) que la fe es “creer lo que sabes que no es así”. Por supuesto, estos hombres describen la superstición, no la fe; porque la fe del creyente descansa sobre cimientos sólidos.

Todos tenemos fe en algo o en alguien. La diferencia entre el creyente y la persona no salva no es que una tiene

fe y la otra no. *Ambas* tienen fe. La diferencia está en *el objeto de su fe*, porque la fe es tan buena sólo como su objeto. El creyente ha puesto su fe en Jesucristo, y basa esa fe en la Palabra de Dios.

1. Enseñanza: Oír la Palabra de Dios (Lucas 8:1-21)

El Señor continuó su ministerio itinerante en Galilea, ayudado por sus discípulos y sostenido parcialmente por algunas mujeres piadosas. No era raro que los rabinos judíos recibieran donativos de personas agradecidas, y estas mujeres de verdad habían recibido beneficios del ministerio de Jesús. Los dirigentes de la iglesia en el Nuevo Testamento recibían su sostenimiento mediante donativos de sus amigos (2 Timoteo 1:16-18) y de iglesias (Filipenses 4:15-17), y Pablo se sostenía mediante su propio trabajo (2 Tesalonicenses 3:6-10).

La palabra *oír* se usa siete veces en esta sección. Quiere decir mucho más que simplemente oír sonidos o palabras. “Oír” significa *escuchar con comprensión y receptividad espiritual*. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17). Con esto en mente podemos comprender las tres amonestaciones que Jesús dio a sus seguidores.

Oír y recibir la Palabra (8:4-15). Inicialmente el sembrador es Jesucristo, pero el sembrador representa al pueblo de Dios que proclama su Palabra (Juan 4:35-38). La semilla es la Palabra de Dios, porque, como semilla, la Palabra tiene vida y poder (Hebreos 4:12) y puede producir fruto espiritual (Gálatas 5:22,23). Pero la semilla no puede hacer nada mientras no sea sembrada (Juan 12:24). Cuando una persona oye y comprende la Palabra, entonces la semilla queda sembrada en su corazón. Lo que ocurre después de eso depende de la naturaleza del terreno.

Jesús llamó a esta parábola “la parábola del sembrador” (Mateo 13:18), pero se podría llamar también la parábola de los terrenos. La semilla sin suelo no lleva fruto, y el suelo sin la semilla es casi inútil. El corazón humano es como el terreno: si se lo prepara adecuadamente puede recibir la semilla que es la Palabra de Dios y producir una cosecha fructífera.

Jesús describió cuatro diversos tipos de corazón, tres de los cuales no produjeron ningún fruto. La prueba de la salvación es el *fruto* y no simplemente oír la Palabra y hacer una profesión de fe en Cristo. Jesús ya había dicho esto claramente en el Sermón del Monte (Lucas 6:43-49; nota también Mateo 7:20).

a) *El suelo duro* (8:5,12) representa a la persona que oye la Palabra pero inmediatamente permite que el diablo se lleve la semilla. ¿Cómo se endureció su corazón? El sendero “junto al camino” era un espacio que cruzaba el terreno, separando los lotes; y el tráfico peatonal endurecía el suelo. Lo que entra en el oído o en el ojo al final llega al corazón, así que ten cuidado de quien permites *caminar en tu corazón*.

b) *El suelo sin profundidad* (8:6,13) ilustra al oyente emocional que responde rápidamente al mensaje, pero su interés se esfuma y no continúa (ve Juan 8:31,32). En muchas partes de la Tierra Santa podrás encontrar un sustrato de tierra caliza cubierta de una capa muy delgada de suelo cultivable. El retoño puede brotar, pero las raíces no pueden penetrar, y el sol seca a la planta porque no tiene raíces. El sol representa las pruebas que vienen a todos los creyentes para probar su fe. El sol es bueno para las plantas *si es que tienen raíces*. La persecución puede ahondar las raíces de un creyente verdadero, pero deja expuesta la superficialidad del falso creyente.

c) *El suelo con espinos (8:7,14)* ilustra a la persona que no se arrepiente y *arranca* las cosas que estorban la cosecha. Hay suficiente suelo como para que las raíces penetren, pero no suficiente espacio como para que la planta crezca y produzca fruto. La planta queda arrinconada y el fruto ahogado. “Los afanes y las riquezas y los placeres de la vida” son como hierbas malas en un huerto, que impiden que el suelo lleve buen fruto. La persona con un *corazón atiborrado* se acerca a la salvación, pero no produce fruto.

d) *El buen suelo (8:8,15)* es el único que lleva fruto. Ilustra al individuo que oye la Palabra, la comprende, la recibe de corazón, y verdaderamente recibe salvación, y la demuestra al producir fruto pacientemente (ve 1 Tesalonicenses 2:13; 1 Pedro 1:22-25). No todo mundo produce la misma cantidad de fruto (Mateo 13:8), pero todos los verdaderos creyentes producirán algún fruto como evidencia de la vida espiritual. Ese fruto puede incluir ganar a otros para Cristo (Romanos 1:13), donar dinero para la obra de Dios (Romanos 15:25-28), buenas obras (Colosenses 1:10), carácter cristiano (Gálatas 5:22,23), y alabanza al Señor (Hebreos 13:15).

Esta parábola muestra que Jesús no se dejaba impresionar por las grandes multitudes que le seguían. Sabía que la mayoría de ellos realmente no oía la palabra ni la recibía de corazón. Les contó esta historia para animar a los discípulos en su futuro ministerio, y para animarnos hoy. Cuando uno considera cuánta enseñanza, predicación y testimonios tienen lugar en el curso de un mes o un año, se pregunta por qué hay tan escasa cosecha. La falta no está en el sembrador ni en la semilla. El problema está en el terreno. El corazón humano no se somete a Dios, no se arrepiente, y no recibe la Palabra para ser salvo.

“La fe viene primero al oído que oye, no a la mente que piensa”, dijo A. W. Tozer, famoso pastor y autor. La fe no es cuestión de cociente de inteligencia ni de educación; es asunto de preparar humildemente el corazón para recibir la verdad de Dios (Santiago 1:19-21). Los sabios y entendidos son cegados a las verdades que un niño humilde comprende fácilmente (Mateo 11:20-26).

Oír y proclamar la Palabra (8:16-18). Los discípulos se quedaron perplejos porque Jesús enseñaba con parábolas, así que le pidieron una explicación (Lucas 8:9,10; ve también Mateo 13:10-17). Su respuesta parece sugerir que usaba parábolas para *esconder* la verdad de las multitudes, pero la verdad es precisamente lo opuesto, y Lucas 8:16-18 lo deja en claro. Su enseñanza es una luz que se debe dejar brillar para que los pecadores puedan ser salvos.

La palabra parábola quiere decir *poner algo al lado*. Una parábola es una historia que enseña algo nuevo poniendo una verdad al lado de algo familiar. La gente sabía acerca de semillas y terrenos, así que podría entender la parábola del sembrador. Las parábolas del Señor llamarían la atención de muchos. Los indiferentes y orgullosos las harían a un lado, pero despertarían el interés en los con inquietudes.

Una parábola empieza con un *cuadro* familiar a los oyentes. Pero al considerar con cuidado el cuadro, se vuelve un *espejo* en el cual uno se ve a sí mismo, y a muchos no les gusta verse a sí mismos. Esto explica por qué algunos de los que oyeron al Señor se enfurecían cuando oían sus parábolas, y hasta trataron de matarlo. Pero cuando nos consideramos pecadores necesitados y clamamos por ayuda, entonces el espejo se vuelve una *ventana* por la cual vemos a Dios y su gracia. Comprender una parábola y beneficiarse de ella exige franqueza y

humildad de nuestra parte, y muchos de los que oían a nuestro Señor carecían de ambas cualidades.

Es importante oír y comprender la Palabra de Dios, porque esto nos impone la obligación de proclamar a otros esa Palabra. Todo el que recibe la semilla se convierte en un sembrador, portador de la luz, y en un transmisor de la verdad de Dios (ve 1 Tesalonicenses 1:5-8). Si la guardamos para nosotros solos, la perderemos; pero si la compartimos, recibiremos más.

Oír y obedecer la Palabra (8:19-21). María, la madre de nuestro Señor y sus medio hermanos (Mateo 13:55,56; Hechos 1:14) se preocupaban por Jesús y querían hablarle. Algunos de sus amigos ya habían dicho que se había vuelto loco (Marcos 3:21), y tal vez su familia concordara con ellos. Jesús aprovechó esta oportunidad para enseñar otra lección espiritual: Ser parte de su familia espiritual es mucho más importante que cualquier relación personal humana y se basa en la obediencia a la Palabra de Dios. No basta oír la Palabra de Dios; debemos también guardarla (Lucas 8:15).

En uno de mis mensajes radiales recalqué la importancia de *hacer* la Palabra de Dios, poniéndola en práctica en la vida diaria (Santiago 1:22-25). Advertí a mis oyentes que es fácil pensar que somos *espirituales* porque oímos a un predicador tras otro, tomamos notas, subrayamos nuestra Biblia, *pero en realidad nunca practicamos lo que aprendemos*. Sólo nos engañamos a nosotros mismos.

Una dama me escribió diciendo que mi mensaje radial la había enfurecido, pero que luego le hizo frente al hecho de que en verdad era culpable de ser “oyente” y no hacedora de la Palabra. Empezó a oír a menos predicadores por radio, a poner mayor atención, y a practicar lo que

había oído. “Este nuevo método de estudio bíblico ¡me ha transformado!” escribió. “La Biblia se ha convertido en un nuevo libro para mí y mi vida ha cambiado”.

Como discípulos de Jesús debemos prestar atención a *lo que oímos* (Marcos 4:24), y a *cómo oímos* (Lucas 8:18), porque Dios nos hará responsables. Escuchar las cosas malas, o escuchar las cosas buenas con una actitud errada, nos privará de la verdad y de la bendición. Si somos fieles en recibir la Palabra y compartirla, Dios nos dará más; pero si no dejamos que nuestra luz brille, perderemos lo que tenemos. Oír la Palabra de Dios es una cosa solemne.

2. Prueba: Hacer caso de la Palabra de Dios (Lucas 8:22-56)

Para cuando el Señor hubo terminado de dar las parábolas del reino (Mateo 13:1-52), los discípulos deben haberse sentido ¡como estudiantes posgraduados en la Escuela de la Fe! Ahora comprendían misterios que estuvieron ocultos a los escribas y rabinos e incluso a los profetas del Antiguo Testamento. Lo que no se dieron cuenta (como muchos de nosotros) es que *la fe debe ser probada antes de que se pueda confiar en ella*. Una cosa es aprender una nueva verdad espiritual, pero otra muy diferente es practicar esa verdad en las experiencias diarias de la vida.

Satanás no se preocupa por cuánta verdad bíblica aprendamos, siempre y cuando no la pongamos en práctica. La verdad que se halla sólo en la cabeza es puramente académica y jamás llegará al corazón si no se la pone en práctica por decisión de la voluntad. Hacer la voluntad de Dios de corazón es lo que Dios quiere de sus hijos (Efesios 6:6). Satanás sabe que la verdad académica no es peligrosa, pero la verdad *activa* sí lo es.

Considera al Señor Jesús al enfrentar cuatro desafíos a su fe y salir victorioso. Su pueblo enfrenta hoy los mismos desafíos y también puede vencer por fe.

Circunstancias peligrosas (8:22-25). Jesús estaba agotado después de un largo día de enseñar y se durmió cuando el barco dejó Capernaum rumbo a la orilla opuesta. Pero antes de dormirse dio una orden a sus discípulos que también era una promesa: “pasemos al otro lado del lago”. Esta palabra debería haber animado y fortalecido a los discípulos durante la tempestad, pero la fe de ellos era aún poca (Mateo 8:26).

En una visita a la Tierra Prometida, cuando nuestro grupo viajero navegaba de Tiberias a Capernaum, pregunté a nuestro guía si alguna vez había estado en una tempestad en el Mar de Galilea. Con los ojos muy abiertos me dijo: “Sí, ¡y espero que nunca más me vuelva a suceder!” La situación es tal que ráfagas repentinas se desarrollan, cuando los vientos de las montañas entran en una especie de embudo al lago que se ubica a unos 200 metros bajo el nivel del mar. Cuando el aire frío y el aire caliente se encuentran en este tazón natural, de seguro se forma una tempestad.

Los discípulos tuvieron miedo, *¡pero Jesús no!* El seguía durmiendo, confiando en que su Padre estaba en completo control (Salmo 89:8,9). Los discípulos se asustaron tanto que le despertaron y le suplicaron que los rescatara. El título *Maestro* es el mismo que Pedro usó en Lucas 5:5. Por supuesto, su problema no era la tormenta que rugía a su alrededor, sino la incredulidad interna. En realidad, su incredulidad era más peligrosa que la tempestad.

Cuando Jesús trató con los demonios, la Biblia usa la palabra *reprender* (Lucas 4:35,41; 9:42). Es posible que Satanás haya estado detrás de esa severa tempestad, intentando destruir a Jesús o por lo menos para impedirle

llegar a los endemoniados en Gadara. Pero Jesús calmó tanto el viento como el mar simplemente con su palabra. Por lo general después de que los vientos amainan, las olas siguen batiendo durante horas; pero en esta ocasión, todo quedó en calma inmediatamente (Salmo 148:8).

Los discípulos no pasaron esta prueba de fe porque no se aferraron a la palabra de Cristo de que iban al otro lado. Bien se ha dicho que la fe no es creer a pesar de las circunstancias; es obedecer a pesar de los sentimientos y consecuencias. Los discípulos miraron a su alrededor y vieron peligro, y miraron dentro de sí mismos y vieron temor; pero no miraron hacia arriba por fe para ver a Dios. La fe y el temor no pueden morar juntos en el mismo corazón.

Una mujer dijo a D. L. Moody: “¡He encontrado una maravillosa promesa!” y citó el Salmo 56:3: “En el día que temo, yo en ti confío”.

“Permítame darle una mejor”, le dijo Moody, y citó Isaías 12:2: “He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré”.

Satanás (8:26-39). Dos endemoniados salieron al encuentro de Jesús cuando él desembarcó en Gadara (Mateo 8:28), pero uno de ellos fue el más osado y el que habló. Ambos eran casos lastimeros: desnudos, viviendo en los sepulcros, violentos, peligrosos, una amenaza para el sector, y controlados por una legión de demonios. (Una legión romana podía tener hasta 6.000 soldados.) Satanás es el ladrón (Juan 10:10) que le roba a los suyos todo lo bueno y luego trata de destruirlos. Ninguna autoridad humana, o restricción puede controlar o cambiar a los siervos del diablo. Su única esperanza está en el Salvador.

Los demonios tienen fe (Santiago 2:19), pero no es fe salvadora. Creen que Jesucristo es el Hijo de Dios y que tiene autoridad para darles órdenes. Creen en un juicio

futuro (Mateo 8:29), y en la existencia de un lugar de tormento al cual Jesús los podría enviar (el abismo, Lucas 8:31). También creen en la oración, porque los demonios rogaron a Jesús que no les enviara al abismo. Le pidieron que los enviara a los cerdos, y Jesús les concedió lo que pedían.

¿Tenía Jesús el derecho de permitir que la legión de demonios destruyera una piara de dos mil cerdos, y que tal vez liquidara el negocio de los dueños? Dios es el dueño de todo (ve Salmo 50:10,11), y puede disponer de ello como le plazca. Es más, estos dos hombres valían mucho más que muchos cerdos (ve Mateo 12:12). La comunidad debería haber agradecido a Jesús por librar a la población de estas dos amenazas, pero en lugar de eso, *¡le suplicaron que se fuera!*

¡Qué transformación ocurrió en estos dos hombres! Uno esperaría que la gente que presenció el milagro le pidiera a Jesús que se quedara y sanara a otros enfermos y afligidos. Pero al parecer para ellos el dinero era más importante que la misericordia, así que pidieron a Jesús que se fuera.

Uno de los que había sido poseído rogó a Jesús que le permitiera viajar con él y ayudarle. ¡Qué noble deseo de un recién convertido! Tenía más discernimiento espiritual que todos los demás ciudadanos juntos. El hombre no estaba listo todavía para convertirse en discípulo, pero podía servir a Jesús como testigo, empezando en casa, entre sus parientes y amigos gentiles. Jesús no quería que los judíos que habían sido sanados dijeran mucho al respecto, pero no había riesgo en que los gentiles contaran a otros lo que Jesús había hecho por ellos, y eso fue lo que el hombre hizo.

Enfermedad (8:40-48). Cuando Jesús regresó a Capernaum la gente lo recibió con los brazos abiertos,

particularmente un hombre y una mujer que tenían cargas pesadas que querían compartir con Jesús. El contraste aquí es interesante, porque muestra la variedad de personas que fueron a Jesús pidiendo ayuda. Se da el nombre del hombre (Jairo), pero la mujer permanece anónima. Jairo era un ciudadano destacado y rico, y la mujer una persona pobre, que había gastado todo lo que tenía tratando de curarse. Aquí tenemos a un hombre que intercede por su hija, y una mujer que espera recibir ayuda para sí misma, y ambos van a los pies de Jesús. Jairo había sido bendecido con doce años de alegría con su hija, y ahora existía la posibilidad de perderla, en tanto que la mujer había sufrido doce años de desdicha debido a su aflicción, y ahora esperaba ser sanada.

La mujer tenía una necesidad oculta, un peso con el que ella había vivido durante doce largos años. Estaba físicamente afectada y esto hizo que su vida fuera difícil. Pero también la había afectado espiritualmente, porque su hemorragia la hacía ceremonialmente impura y no podía participar en la vida religiosa de la nación (Levítico 15:19-22). Había sido impura, destituida, desalentada y desesperada; pero fue a Jesús y su necesidad fue suplida.

Su fe era casi supersticiosa, pero el Señor la honró. Sabía que él había sanado a otros, y quería que la sanara también. Podía haber usado muchas excusas: la multitud apretujaba al Maestro, nada le había resultado en doce años, no estaba bien acudir a Jesús como último recurso, ella no era nadie importante, él se dirigía a la casa de Jairo para sanar a la hija de éste, pero no permitió que nada se interpusiera en su camino.

Los hombres judíos usaban flecos de cordón azul torcido en las esquinas de sus túnicas exteriores, como recordatorio de que debían obedecer los mandamientos

de Dios (Números 15:37-40; Deuteronomio 22:12). Los fariseos llegaron al extremo en su obediencia a esta regla, a fin de impresionar a la gente con su santidad (Mateo 23:5). No sabemos por qué la mujer escogió tocar esta parte del manto de Jesús, pero Jesús supo que alguien con fe lo había tocado, y había sido sanado por su poder. La sanidad fue inmediata y completa.

¿Por qué le pidió el Señor que diera testimonio público? ¿No le causaría vergüenza? Ni en sueños. Para empezar, esta confesión pública fue para ella. Fue una oportunidad para que confesara a Cristo y glorificara a Dios. Si se hubiera escabullido entre la multitud, no hubiera conocido personalmente a Jesús, ni habría oído sus palabras de seguridad y consuelo (Lucas 8:48).

Pero su confesión fue también un estímulo para Jairo, quien pronto oiría que su hija había muerto. (¡Tal vez Jairo quisiera echar a la mujer la culpa por la demora!) Los doce años de adversidad de la mujer habían terminado, y el mismo Cristo que la ayudó a ella podía ayudar a Jairo. Ella fue un testimonio del poder de la fe. En verdad, ella no ejerció gran fe, pero Cristo honró la fe que demostró y sanó su cuerpo.

Finalmente, su testimonio fue una reprensión a la multitud. Uno puede ser parte de la multitud y jamás recibir ninguna bendición al estar cerca de Jesús. Una cosa es tocarlo por accidente y otra tocarlo por fe. Tal vez no tengamos una fe fuerte, pero sí tenemos un Salvador fuerte, y él responde aun al toque del borde de su vestido.

Cuando Sir James Simpson, quien descubrió el cloroformo, estaba al punto de morir, un amigo le dijo: "Pronto estarás descansando en el seno del Señor". Simpson humildemente respondió: "No sé si puedo hacer eso, pero creo que tengo aferrado el borde de su vestido".

Muerte (8:49-56). El dirigente de la sinagoga era el anciano a cargo de las reuniones públicas y del cuidado de la propiedad. Se encargaba de nombrar a los que iban a orar, leer las Escrituras, y predicar el sermón. Presidía sobre los ancianos de la sinagoga y por lo general era un hombre de reputación y riqueza. Exigió gran humildad y valor de parte de Jairo acercarse a Jesús y pedirle ayuda, porque para ese tiempo los dirigentes religiosos judíos ya estaban tramando cómo matar al Señor.

Cuando Jairo salió de su casa, su hija estaba tan enferma que estaba a punto de morir. Para cuando Jesús se separó de la multitud que le acompañaba, la muchacha ya había muerto. Los amigos de Jairo pensaban que Jesús podía ayudar sólo a gente viva, así que aconsejaron a Jairo que regresara a su casa. Pero Jesús animó al afligido padre con una palabra de esperanza.

La escena en la casa habría desanimado a cualquiera. Los endechadores ya estaban presentes, llorando y lamentándose; y una multitud de amigos y vecinos se había reunido. Los judíos de ese tiempo no perdían tiempo ni energía en mostrar su aflicción. Sepultaban el cuerpo del fallecido el mismo día, después de haberlo lavado y ungido.

Jesús tomó las riendas de la situación y dijo a la gente que dejara de llorar porque la muchacha no estaba muerta sino dormida. Por supuesto que estaba muerta, porque su espíritu ya había salido de su cuerpo (compara Lucas 8:55 con Santiago 2:26); pero para Jesús la muerte era nada más que dormir. Este cuadro se usó a menudo en el Nuevo Testamento para describir la muerte de los creyentes (Juan 11:11-14; Hechos 7:59,60; 1 Corintios 15:51; 1 Tesalonicenses 4:13-18). El sueño es una experiencia normal que no tememos, como tampoco debemos temer a la muerte. Es el cuerpo el que duerme, no el espíritu, porque

el espíritu del creyente va a estar con Cristo (Filipenses 1:20-24; 2 Corintios 5:6-8). En la resurrección el cuerpo será despertado y glorificado, y el pueblo de Dios tendrá la imagen de Cristo (1 Juan 3:1,2).

Los endechadores se rieron de Jesús porque sabían que la muchacha estaba muerta y que la muerte era final. Pero no se dieron cuenta de que Jesús es “la resurrección y la vida” (Juan 11:25,26). ¿No había él levantado de entre los muertos al hijo de la viuda? ¿No dijo a Juan el Bautista que los muertos volvían a la vida? (Lucas 7:22). Evidentemente, los endechadores no creían estos informes y pensaron que Jesús era un necio.

Así que Jesús hizo que todos salieran. La situación era demasiado delicada y especial como para permitir que docenas de espectadores incrédulos la presenciaran. Tomó a los padres y a tres de los discípulos, Pedro, Jacobo y Juan, y juntos entraron en el cuarto donde estaba la muchacha muerta.

Jesús la tomó de la mano y en arameo le dijo: “Talita cumi. Muchacha, ¡levántate!” (Pedro diría un día “Tabita ¡cumi!” [Hechos 9:40]). No se trata de una fórmula mágica, sino de una orden del Señor de la vida y de la muerte (Apocalipsis 1:17,18). El espíritu de la muchacha volvió a su cuerpo y ella se levantó y empezó a andar por el cuarto. Jesús les dijo que le dieran algo de comer, porque es probable que durante su enfermedad había comido muy poco o nada. Jesús también les instruyó para que no esparcieran las noticias, pero aun así la noticia corrió (Mateo 9:26).

La resurrección es un cuadro de la manera en que Jesucristo salva a los pecadores y les resucita de la muerte espiritual (Juan 5:24; Efesios 2:1-10). Los evangelios anotan tres resurrecciones de esta clase, aun cuando Jesús

probablemente hizo otras. En cada casa la persona resucitada dio evidencia de vida. El hijo de la viuda empezó a hablar (Lucas 7:15), la hija de Jairo anduvo y comió, y a Lázaro le quitaron las vendas sepulcrales (Juan 11:44). Cuando un pecador es levantado de entre los muertos, se nota por su hablar, su caminar, su apetito y su “cambio de ropa” (Colosenses 3:11ss). ¡La vida no se puede esconder!

Pedro, Jacob y Juan acompañaron a Jesús en tres ocasiones especiales; y esta fue la primera. La segunda fue en el monte de la transfiguración (Lucas 9:28ss), y la tercera en el huerto de Getsemaní (Marcos 14:33ss). Campbell Morgan ha recalcado que cada uno de esos sucesos tiene algo que ver con la muerte y que los tres discípulos aprendieron de estas experiencias algunas lecciones valiosas en cuanto a Jesús y la muerte.

En la casa de Jairo aprendieron que Jesús tiene poder sobre la muerte. En el monte de la transfiguración descubrieron que él sería glorificado en su muerte; y en el huerto de Getsemaní le vieron ser entregado a la muerte. Jacobo fue el primero de los doce que murió (Hechos 12:1,2), Juan fue el último, y Jesús predijo la muerte de Pedro (Juan 21:18,19; 2 Pedro 1:13-21). Todos los tres necesitaban estas lecciones, y nosotros también las necesitamos hoy.

Ministerio multifacético

Lucas 9

Fue una noche exasperante. Estaba estudiando y escribiendo, y el teléfono sonaba cada media hora. Si las llamadas hubieran sido de amigos, hubiera disfrutado del receso y de la conversación, pero procedían de gente que quería venderme todo lo imaginable, desde boletos para bailes hasta inversiones financieras. Para cuando me fui a la cama estaba a punto de solicitar un número privado y empezar a proteger mi privacidad.

A las 11 de la noche me llamó un hombre que estaba pensando en suicidarse. Con la ayuda del Señor pude alentarle a mirar el lado bueno de la vida. Cuando colgué, le di gracias a Dios por no tener un número privado. Cuando volví a la cama pensé en el Señor Jesús y en la clase de horario que debe haber tenido. Estaba disponible para toda clase de personas todo el tiempo, y nunca ignoró a nadie. Probablemente él no hubiera tenido un número de teléfono privado.

En este capítulo el Dr. Lucas describió la vida ocupada del compasivo Hijo del hombre al realizar cuatro ministerios.

1. Enviaba (Lucas 9:1-11)

La comisión (9:1-6). Los doce habían sido ordenados algunos meses antes (Lucas 6:13-16) y habían estado viajando con Jesús como sus ayudantes. Ahora iba a enviarlos en parejas (Marcos 6:7) para que realizaran su propio ministerio y pusieran en práctica lo que habían aprendido.

Pero antes de enviarlos les dio el equipo necesario para hacer el trabajo, así como las instrucciones a seguir. El pasaje paralelo en Mateo 10 revela que los doce fueron enviados sólo al pueblo de Israel (Mateo 10:5,6). Lucas no menciona esto puesto que escribió primordialmente para los gentiles, y recalcó el alcance mundial del evangelio.

Poder es la capacidad de realizar una tarea, y *autoridad* es el derecho de hacerla, y Jesús les dio a sus apóstoles ambas. Ellos pudieron echar fuera demonios y sanar a los enfermos, pero el ministerio más importante que les dio fue el de la predicación del evangelio. La palabra *anunciar* en Lucas 9:6 describe a un heraldo proclamando un mensaje del rey, y en Lucas 9:6 quiere decir predicar las buenas nuevas. ¡Ellos eran heraldos de las buenas nuevas!

La capacidad de los apóstoles para sanar fue un don especial que autenticaba su ministerio (ve Romanos 15:18,19; 2 Corintios 12:12; Hebreos 2:1-4). Los milagros fueron la evidencia de que el Señor los había enviado y que estaba obrando por medio de ellos (Marcos 16:20). Hoy probamos el ministerio de una persona mediante la verdad de la Palabra de Dios (1 Juan 2:18-29; 4:1-6). Los milagros por sí solos no son prueba de que la persona es verdaderamente enviada por Dios, porque Satanás puede capacitar a sus falsos ministros para hacer cosas prodigiosas (Mateo 24:24, 2 Corintios 11:13-15; 2 Tesalonicenses 2:9,10).

Jesús dijo a los apóstoles lo que debían llevar en su viaje, con énfasis en la urgencia y la sencillez. No debían llevar consigo *la bolsa del mendigo* sino que debían confiar en que Dios abriría hogares para ofrecerles hospitalidad. Mateo 10:11-15 nos dice cómo debían seleccionar estas casas. Si no los recibían, debían sacudir el polvo de sus pies, lo cual es una acción familiar que realizaban los judíos ortodoxos cuando salían de territorio gentil (ve Lucas 10:10,11; Hechos 13:51).

La confusión (9:7-9). Cuando los discípulos se fueron, Jesús también se fue y ministró por un tiempo en Galilea (Mateo 11:1), y juntos atrajeron mucha atención. Es más, hablaban de su trabajo aun en las esferas más altas del gobierno. Herodes Antipas (Lucas 3:1) era hijo de Herodes el Grande, y el que había hecho ejecutar a Juan el Bautista (Mateo 14:1-12; Lucas 3:19,20).

¿Quién era este obrador de milagros? Juan el Bautista no había hecho milagros (Juan 10:41), pero eso podría cambiar si volviera de entre los muertos. Los judíos esperaban que Elías viniera, así que tal vez la profecía se estaba cumpliendo (ve Malaquías 4:5; Mateo 11:10-14; 17:11-13; Lucas 1:17). La conciencia de Herodes sin duda alguna le producía convicción, y se preguntaba si tal vez Dios había enviado de vuelta a Juan para juzgarlo.

Herodes seguía tratando de ver a Jesús; pero Jesús, a diferencia de algunos célebres religiosos modernos, no hizo nada para abrirse paso y codearse con los altos y poderosos. Jesús llamó “zorra” al rey perverso y no se intimidó por sus amenazas (Lucas 13:31,32). Cuando Herodes y Jesús finalmente se vieron, el rey esperaba ver algún milagro, pero el Hijo de Dios no hizo nada ni dijo nada. El perverso rey Herodes había silenciado la voz de Dios para él mismo (Lucas 23:6-12).

La conclusión (9:10,11). Los apóstoles regresaron y presentaron un informe entusiasta de su ministerio, y Jesús sugirió que todos se tomaran un tiempo de descanso (Marcos 6:30-32). Su misión de predicar y sanar había sido exigente y todos necesitaban un tiempo a solas para renovarse física y espiritualmente. Este es un buen ejemplo a seguir para los obreros cristianos atareados (y a veces agotados).

Atraídas por las señales que Jesús estaba haciendo, las multitudes no lo dejaban solo, sino que le seguían a todas partes. Cuando Jesús y los doce llegaron a la orilla, la multitud ya estaba allí para recibirles, y Jesús tuvo compasión de ellos, y les ministró (Mateo 14:13,14). ¡El Hijo del hombre no podía ni siquiera tener un día libre!

2. Alimentaba (Lucas 9:12-17)

Nuestro Señor no era la clase de persona que podía enseñar la Palabra y luego decir a la hambrienta multitud: “Id en paz, calentaos y saciaos” (Santiago 2:16). Los discípulos estaban demasiado ansiosos para que la gente se fuera (Lucas 18:15; ve Mateo 15:23). Todavía no habían comprendido la compasión de Cristo y la carga que él sentía por las multitudes, pero algún día lo harían.

Al comparar los cuatro relatos de este milagro encontramos que Jesús primero preguntó a Felipe dónde podrían comprar suficiente pan como para alimentar a tanta gente. (Bien podía haber más de 10.000 personas allí.) Estaba nada más que probando a Felipe, “porque él sabía lo que había de hacer” (Juan 6:6). En las horas de crisis de la vida, cuando tus recursos escasean y tus responsabilidades son grandes, es bueno recordar que Dios ya ha resuelto el problema.

Jesús empezó con lo que tenían, unos pocos panes y pescados que generosamente había donado un muchacho que halló Andrés (Juan 6:8,9). ¿Conocía Andrés al muchacho? u ¿ofreció el muchacho su almuerzo sin que se lo pidieran? Antes de pedir a Dios que haga lo imposible, empecemos con lo posible y démosle lo que tenemos. Mientras lo hacemos, démosle gracias por las madres que dan a sus hijos algo para que le den a Jesús.

El Señor miró al cielo, la fuente de nuestro pan cotidiano (Mateo 6:11), dio gracias y bendijo la comida; y luego multiplicó los panes y los pescados. Jesús fue el *productor* y sus discípulos los *distribuidores*. Lo asombroso es que *todos* comieron y se saciaron, y aun sobraron doce canastas de pedazos, una para cada uno de los discípulos. Jesús cuida bien a sus siervos.

Este milagro fue más que un acto de misericordia para gente con hambre, aun cuando eso fue importante. También fue una señal del mesiazgo de nuestro Señor y una ilustración de la provisión de la gracia de Dios para la salvación del hombre. Al día siguiente Jesús predicó un sermón sobre “el pan de vida” e instó a la gente a recibirle así como habían recibido el pan (Juan 6:22-59). Pero la gente estaba más interesada en sus necesidades físicas que en sus almas, y erraron por completo el impacto espiritual del milagro. Su deseo fue hacer a Jesús Rey para que pudiera darles pan por el resto de su vida (Juan 6:14,15).

Después de que Jesús volvió al cielo los discípulos deben haberse sentido animados al recordar este milagro. Nos enseña a tener compasión, a mirar a los problemas como oportunidades para que Dios obre, y a darle a él todo lo que tenemos y confiar en que él suplirá a nuestras necesidades. Si hacemos todo lo que podemos, él intervendrá y hará el

resto. “Deja que las promesas de Dios brillen sobre tus problemas”, dijo Corrie Ten Boon, y es un buen consejo para nosotros.

3. Enseñaba (Lucas 9:18-36)

En el evangelio de Lucas la alimentación de los 5.000 marca el fin de lo que se conoce como “el gran ministerio en Galilea” (Lucas 4:14—9:17). Jesús ahora empieza su viaje a Jerusalén (ve Lucas 9:51; 13:22; 17:11; 18:31, 19:11,28). Este sería un tiempo de retiro con sus discípulos para prepararlos para lo que venía. Hay un paralelo entre este relato y el relato en Hechos del último viaje de Pablo a Jerusalén. En ambos libros tenemos una “historia en dos ciudades”: en Lucas, de Nazaret a Jerusalén; en Hechos, de Jerusalén a Roma.

En esta sección vemos a Jesús enseñándoles tres lecciones básicas sobre su persona, su sacrificio y su reino.

Su persona (9:18-21). Si alguno de nosotros preguntara a algún amigo lo que la gente dice de nosotros, se podría tomar como una evidencia de orgullo, pero no fue así con Jesucristo. La gente hará bien en saber quién es él, porque lo que pensamos de Jesús determina nuestro destino eterno (Juan 8:24; 1 Juan 4:1-3). Es imposible equivocarse en cuanto a Jesús y estar bien con Dios.

Jesús había orado toda la noche antes de escoger a sus discípulos (Lucas 6:12,13), y ahora ora antes de pedirles su confesión personal de fe. La multitud tenía su propia opinión (ve Lucas 9:7,8), pero sus discípulos debían tener convicciones. Pedro era el portavoz del grupo y dio un testimonio claro de la deidad de Jesucristo. Esta fue la segunda vez que confesó a Cristo públicamente (Juan 6:68,69). A excepción de Judas (Juan 6:70,71), los demás apóstoles tenían fe en Jesucristo.

Jesús les ordenó (la palabra significa *una orden de un oficial militar*) que no hablaran abiertamente de esta verdad. Para empezar, el mensaje de su mesiazgo no podía separarse del hecho de su muerte y resurrección, y ahora iba a enseñar esto a los doce. Ellos tuvieron dificultades para captar esta nueva lección y realmente no la comprendieron sino hasta después de su resurrección (Lucas 24:44-48). Los judíos iban a Jesús primordialmente como un sanador y un posible libertador. Si los apóstoles empezaban a predicar que en verdad él era el Mesías, podrían haber causado un levantamiento popular contra Roma.

Su sacrificio (9:22-26). Jesús ya les había dado algunos indicios de su muerte sacrificial, pero ahora había empezado a enseñar a sus discípulos esta verdad claramente. Juan el Bautista lo había presentado como “el Cordero de Dios” (Juan 1:29), y Jesús había profetizado la “destrucción” del templo de su cuerpo (Juan 2:19). Al compararse a la serpiente en el desierto (Juan 3:14), y a Jonás (Mateo 12:38-40), Jesús estaba haciendo afirmaciones sobre su sufrimiento y su muerte.

Esta es la primera de tres afirmaciones en Lucas sobre su pasión venidera en Jerusalén (Lucas 9:43-45; 18:31-34). Es claro que los doce no comprendieron, en parte debido a su incredulidad e inmadurez, y en parte debido a que Dios se los había escondido. Jesús les enseñó de acuerdo con su entendimiento (Juan 16:12). Debe haber dejado estupefactos a los hombres oír que sus propios dirigentes religiosos matarían a su Maestro.

Pero Jesús no se detuvo con un anuncio privado de su propia muerte. También hizo una declaración pública acerca de la cruz *para todo* discípulo. En su evangelio, Mateo nos dice que esto fue necesario debido al deseo de Pedro de

proteger a Jesús del sufrimiento (Mateo 16:22ss). Ten presente que Jesús está hablando del *discipulado*. No somos salvos de nuestros pecados al tomar nuestra cruz y seguir a Jesús, sino porque confiamos en el Salvador que murió en la cruz por nosotros. Después de llegar a ser hijos de Dios, podemos llegar a ser discípulos.

Probablemente la palabra contemporánea más próxima a *discípulo* es *aprendiz*. Un discípulo es más que un estudiante que aprende lecciones a través de conferencias y libros. Aprende viviendo y trabajando con su maestro en una experiencia diaria de *manos en la masa*. Demasiados creyentes se conforman con ser oyentes y adquirir mucho conocimiento, pero nunca han puesto ese conocimiento en práctica.

En el contexto romano la cruz era un símbolo de vergüenza, culpa, sufrimiento y rechazo. No podía haber manera más ignominiosa de morir. La crucifixión no se mencionaba en la conversación cotidiana, y la gente jamás pensaría en llevar dijes de cruces como adornos sobre su persona como jamás pensaríamos nosotros en llevar puestas dijes de oro o plata: réplicas en miniatura de instrumentos de ejecución. Jesús expuso los rigurosos requisitos para el discipulado. Primero debemos negarnos a nosotros mismos, no simplemente a los placeres o a las posesiones, sino *a uno mismo*, y luego podremos tomar *nuestra* cruz y seguir a Cristo diariamente. Esto quiere decir identificarse con él en rendición, sufrimiento y sacrificio. Uno no puede crucificarse a sí mismo; todo lo que uno puede hacer es entregar el cuerpo (Romanos 12:1,2), y dejar que Dios haga el resto.

Desde luego, esta clase de vida parece necia al mundo, pero para el creyente es sabiduría. Salvar la vida es perderla, y ¿cómo puede uno recuperarla jamás? Pero entregar la vida a Cristo es salvarla y vivirla en plenitud.

110 **Compasivos en Cristo**

Si alguien posee todo el mundo, seguirá siendo pobre como para comprar de nuevo una vida perdida.

El discipulado es una disciplina diaria: Seguimos a Jesús un paso a la vez, un día a la vez. Una agobiada mujer que trabajaba en la limpieza dijo a una amiga mía: “¡El problema con la vida es que es tan diaria!” Pero se equivocaba. Una de las *mejores* cosas de la vida es que podemos tomarla un día a la vez (Deuteronomio 33:25).

Nuestra motivación debe ser glorificar a Cristo. Cualquiera que se avergüenza de Cristo no tomará su cruz ni le seguirá. Pero si nos avergonzamos de él ahora, entonces él se avergonzará de nosotros cuando venga de nuevo (Marcos 8:38; 2 Timoteo 2:11-13) y nosotros nos avergonzaremos delante de él (1 Juan 2:28).

Su reino (9:27-36). En cuanto a lo que el registro de los Evangelios concierne, la transfiguración fue la única ocasión durante el ministerio terrenal de Cristo en que reveló la gloria de su persona. Lucas no usó la palabra *transfigurarse* pero describió la misma escena (Mateo 17:2; Marcos 9:2). La palabra significa *un cambio en apariencia que brota desde adentro*, y nos da la palabra en español *metamorfosis*.

¿Cuáles fueron las razones detrás de este evento? Por un lado, fue el sello divino de aprobación a la confesión de fe de Pedro de que Jesús es el Hijo de Dios (Juan 1:14). Fue también la forma en que el Padre animó al Hijo al empezar a dirigirse a Jerusalén. El Padre había hablado en su bautismo (Lucas 3:22) y hablaría de nuevo en la semana final del ministerio del Hijo sobre la tierra (Juan 12:23-28). Más allá del sufrimiento en la cruz estaría la gloria del trono, una lección que Pedro recalcó en su primera epístola (1 Pedro 4:12—5:4).

Las propias palabras de nuestro Señor en Lucas 9:27 indican que el evento fue una demostración (o ilustración)

del reino de Dios prometido. Esto parece lógico, porque los discípulos estaban confundidos en cuanto al reino debido a las palabras de Jesús en cuanto a la cruz. (No debemos ser duros con ellos porque los profetas también se confundieron; 1 Pedro 1:10-12.) Jesús les aseguró nuevamente que las profecías del Antiguo Testamento se cumplirían, pero primero él tendría que sufrir antes de poder entrar en su gloria (nota especialmente 2 Pedro 1:12-21).

Pero aquí hay también una lección práctica, porque podemos tener una experiencia diaria de *transfiguración* espiritual al andar con el Señor. Romanos 12:1,2 y 2 Corintios 3:18 nos dicen cómo. Conforme le sometemos nuestro cuerpo, mente y voluntad, el Señor nos transforma desde adentro para que no nos conformemos al mundo. Al contemplarlo en su Palabra (el espejo) somos *transfigurados* por el Espíritu de gloria en gloria. El nombre teológico para esta experiencia es *santificación*, proceso por el cual llegamos a ser más y más como el Señor Jesucristo, lo cual es el objetivo del Padre para cada uno de sus hijos (Romanos 8:19; 1 Juan 3:2). Nota que nuestro Señor está de nuevo orando, lo que sugiere que la oración es una de las claves de una vida transformada.

Pedro, Jacobo y Juan habían acompañado a Jesús cuando revivió a la hija de Jairo (Lucas 8:51), y le acompañarían también a orar en el huerto (Mateo 26:36-46). Estas tres ocasiones me hacen recordar Filipenses 3:10: “A fin de conocerle [la transfiguración], y el poder de su resurrección [revivificando a la muchacha], y la participación de sus padecimientos [sus sufrimientos en el huerto]”.

¡Esta bien puede ser la *conferencia bíblica* más grandiosa que jamás se ha realizado en la tierra! Incluso aparte de la gran gloria que se manifestó, aquí ciertamente se tiene a los

112 **Compasivos en Cristo**

mejores oradores: Moisés, la Ley; Elías, los profetas; y Jesús, quien vino a cumplir la Ley y los Profetas. Se tiene el mejor tema de todos: la muerte de Jesús (el griego es *éxodo*) que se cumpliría en Jerusalén. Moisés había sacado a Israel de la esclavitud en Egipto, y Elías los había librado de la esclavitud a los falsos dioses; pero Jesús moriría para libertar *a un mundo pecador* de la esclavitud al pecado y a la muerte (Gálatas 1:4; Colosenses 1:13; Hebreos 2:14,15).

Y mientras todo esto estaba ocurriendo, ¡los privilegiados discípulos estaban durmiendo! (Repetirían su fracaso en el huerto.) La sugerencia de Pedro nos recuerda el festival judío de las cabañas, que en la Biblia se relaciona con el reino futuro (Levítico 23:33-44; Zacarías 14:16-21). Pedro quería que Jesús recibiera la gloria *sin el sufrimiento*, pero eso no era el plan de Dios.

El Padre interrumpió a Pedro inundando la escena con una nube de gloria (Exodo 13:21,22; 40:35,38), y hablando desde la nube. (A Pedro un día lo interrumpiría el Hijo [Mateo 17:24-27] y el Espíritu [Hechos 10:44].) Estas poderosas palabras dichas desde el cielo nos recuerdan Deuteronomio 18:15; Salmo 2:7; e Isaías 42:1. Cuando la nube desapareció, Elías y Moisés también habían desaparecido.

Por maravillosas que son estas experiencias, no son la base para una vida cristiana consistente. Eso sólo resulta por medio de la Palabra de Dios. Las experiencias vienen y van, pero la Palabra permanece. Nuestros recuerdos de las experiencias pasadas se desvanecen, pero la Palabra de Dios nunca cambia. Mientras más nos alejamos de estos sucesos, menos impacto tienen en nuestra vida. Por eso el Padre dijo: “¡A él oíd!”, y Pedro también enfatizó la Palabra en su informe (2 Pedro 1:12-21). Nuestra *transfiguración* personal brota de una renovación interna (Romanos 12:1,2), y eso viene de la Palabra (2 Corintios 3:18).

4. Soportaba (Lucas 9:37-62)

“¿Hasta cuándo he de estar con vosotros y os he de soportar?” (Lucas 9:41) Uno esperaría que un lamento así surgiera de una agotada maestra de jardín de infantes o de un impaciente instructor militar, pero ¡lo dijo el santo Hijo de Dios (que nunca pecó)! Tenemos la tendencia a olvidarnos de cuan paciente fue nuestro Señor mientras estuvo ministrando en esta tierra; especialmente con sus propios discípulos.

Al analizar esta sección del evangelio de Lucas se entiende mejor por qué Jesús dijo estas palabras: *Le dolían los fracasos de sus seguidores*. Les había dado autoridad sobre Satanás, y sin embargo ellos fueron demasiado débiles como para echar fuera un demonio (Lucas 9:37-45). En la alimentación de los cinco mil Jesús les dio un ejemplo de compasión, y sin embargo ellos persistieron en manifestar egoísmo y falta de amor (Lucas 9:46-56). Les enseñó claramente lo que quería decir *seguirle*, y sin embargo los voluntarios resultaron ser discípulos egoístas (Lucas 9:57-62). ¡No es sorpresa que se lamentara!

Falta de poder (9:37-45). No nos atrevemos a quedarnos en la gloriosa cumbre del monte cuando hay batallas que librar en el valle. Aquí tenemos otro hijo único que necesitaba ayuda del Señor (Lucas 7:12; 8:42), y aún más porque sus propios discípulos habían fracasado. Tenían el poder y la autoridad (Lucas 9:1), pero no lograron el éxito. ¿Por qué?

Cuando se estudian los tres informes (Mateo 17; Marcos 9), se descubre lo que hacía falta en su vida. Primero en la lista estaba la fe (Mateo 17:19,20); eran parte de una generación incrédula y habían perdido la confianza que necesitaban con el fin de usar su poder. Pero también faltaban la oración y el ayuno (Marcos 9:29),

114 **Compasivos en Cristo**

lo que indica que los nueve hombres habían permitido que su disciplina devocional se erosionara durante la breve ausencia de su Señor. A pesar de los dones espirituales que podemos tener, su ejercicio nunca es automático.

El diablo trató de asestar un último golpe (término griego para la lucha libre), pero Jesús reprendió al demonio y lo echó fuera. El Señor con todo amor devolvió al muchacho a su padre (ve Lucas 7:15), y luego llevó a los doce aparte para otra lección acerca de la cruz. Después de todo, fue en la cruz que Jesús asestaría a Satanás el golpe final de derrota (Juan 12:31,32; Colosenses 2:15).

Falta de amor (9:46-56). Los discípulos no tenían mucho amor unos por otros, porque si lo hubieran tenido no hubieran discutido en cuanto a cuál era el mayor (Lucas 9:46-48). Tal vez este debate empezó debido a la envidia (tres de los discípulos habían subido con Jesús a la montaña), o tal vez por orgullo (los otros nueve no habían logrado echar fuera al demonio). También, poco antes de esto, Jesús le había pagado el tributo del templo para Pedro (Mateo 17:24-27), y tal vez esto despertó envidia.

En el reino de Dios el ejemplo de grandeza es un niño pequeño: impotente, dependiente, sin posición, viviendo por fe. Si hay algo peor que un niño que se comporta como un adulto ¡es un adulto comportándose con niñerías! Hay una gran diferencia entre ser como un niño y comportarse con niñerías (ve 1 Corintios 13:4,5; 14:20).

También mostraron una falta de amor por los creyentes fuera de su propio grupo (Lucas 9:49,50). ¡Esto es lo que esperaríamos de los “hijos del trueno”! (Marcos 3:17). Tal vez Juan estaba tratando de impresionar a Jesús con su celo por proteger su nombre, pero el Señor no se

impresionó. Los creyentes que piensan que su grupo es el único que Dios reconoce y bendice, recibirán una sorpresa cuando lleguen al cielo.

Los apóstoles tampoco amaban a sus enemigos (Lucas 9:51-56). Jacobo y Juan habían visto al profeta Elías en el monte, así que pensaron que podrían imitarlo y pedir que cayera fuego del cielo (2 Reyes 1). Samaritanos y judíos habían sido enemigos durante siglos (2 Reyes 17:24-41), así que era de esperar que esta población rechazara a Jesús mientras se dirigía a Jerusalén (Juan 4:9,20). Jesús reprendió a Jacobo y a Juan por su espíritu vengativo y simplemente se fue a otra aldea (Mateo 5:37-48). Más adelante Samaria sería alcanzada con el evangelio (Hechos 8).

Falta de disciplina (9:57-62). Tres hombres habrían podido llegar a ser discípulos, pero no reunieron las condiciones que Jesús había establecido. El primero era un escriba (Mateo 8:19) que se ofreció para seguirlo hasta que oyó el costo: Tenía que negarse a sí mismo. Evidentemente estaba acostumbrado a un cómodo estilo de vida.

Al segundo Jesús llamó (¡qué honor!), pero fue rechazado porque no quería tomar su cruz y morir a sí mismo. Se preocupaba de los funerales de otros, ¡cuando debería haber estado trazando planes para el suyo propio! En este pasaje Jesús no sugiere que debemos deshonorar a nuestros padres, sino que no debemos permitir que nuestra familia debilite nuestro amor por el Señor. Debemos amar tanto a Cristo que nuestro amor por nuestra familia parezca, en comparación, como aborrecimiento (Lucas 14:26).

El tercer hombre se ofreció voluntariamente, pero no podía seguir a Cristo porque estaba mirando hacia atrás en lugar de mirar hacia delante. No hay nada de malo con una despedida cariñosa (1 Reyes 19:19-21), pero si se interpone en el camino de la obediencia, se convierte en

pecado. Jesús vio que el corazón de este hombre no estaba enteramente con él, sino que iría arando y mirando atrás (ve Génesis 19:17,26; Filipenses 3:13,14).

¡No es sorpresa que los obreros sean pocos! (Lucas 10:2).

Parecería que lo que Jesús enseñó a sus discípulos y a las multitudes no les había hecho gran bien. Les faltaba poder, amor y disciplina, y le afligieron de corazón. Si hoy nos faltan estos esenciales elementos espirituales, nunca podremos ser verdaderamente sus discípulos, pero el Señor los pone a nuestra disposición. “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7).

¿Se regocija Jesucristo en nosotros, o le estamos partiendo el corazón?

¿Qué hace un creyente?

Lucas 10

Las tres escenas de Lucas 10 ilustran el ministerio triple de todo creyente, y dan respuesta a la pregunta: “¿Qué hace un creyente?”

Ante todo, somos *embajadores* del Señor, enviados a representarle en este mundo (Lucas 10:1-24). También somos *prójimos*, buscando oportunidades para mostrar misericordia en el nombre de Cristo (Lucas 10:25-37). Pero en el corazón de nuestro ministerio está la devoción a Cristo, así que debemos ser *adoradores* que dedican tiempo para escuchar su Palabra y tener comunión con él (Lucas 10:38-42).

Ya sea que estemos en el trabajo, en la carretera o en la casa, nuestro mayor privilegio y nuestra mayor alegría es hacer la voluntad de Dios.

1. Embajadores: Representando al Señor

(Lucas 10:1-24)

No se debe confundir este suceso con el envío de los doce (Mateo 10; Lucas 9:1-11). Hay similitudes en las

118 **Compasivos en Cristo**

comisiones que Jesús les da, pero esto es de esperarse puesto que ambos grupos fueron enviados por el mismo Maestro a hacer básicamente el mismo trabajo. Los doce apóstoles ministraron en Galilea, pero a estos hombres los envió a Judea, y a los hombres en este capítulo no se les llama apóstoles. Eran discípulos anónimos.

¿Por qué se registra este evento sólo en Lucas, y por qué seleccionó Jesús a setenta hombres y no a ochenta o a sesenta? (Algunos textos dicen setenta y dos, y la evidencia textual es pareja.) Así como los doce estaban asociados en número con los doce hijos de Jacob y las doce tribus de Israel, los setenta pueden haber estado asociados con las setenta naciones mencionadas en Génesis 10. El énfasis de Lucas está en la universalidad del mensaje del evangelio, así que parece razonable decir que él, guiado por el Espíritu Santo, incluyó este evento. Fue una manera simbólica de decir: “Jesús quiere que el mensaje se esparza por todas las naciones”.

Explicación (10:1-12). A estos hombres no se les llama “apóstoles”, pero de todas maneras fueron “enviados” [*apostelo*] con una comisión” a representar al Señor. Por consiguiente, eran verdaderos embajadores del Rey. No sólo fueron enviados *por* él, sino que también fueron enviados *delante* de él para preparar el camino para su venida. Su llamado fue por cierto muy digno.

También fue un llamado difícil (Lucas 10:2). Cosechar es trabajo arduo, aun cuando hay muchos ayudantes, pero los setenta fueron enviados a un campo vasto, con pocos obreros, para que los ayudaran a segar una gran cosecha. En lugar de orar por un trabajo más fácil, debían orar para que más obreros se les unieran, y hoy nosotros debemos elevar la misma oración. (Por favor, nota que se trata de *obreros*, ¡no de espectadores que oran por más obreros! Demasiados

creyentes están orando para que alguien vaya a hacer un trabajo que no están dispuestos a hacer ellos mismos.)

Su llamado también fue peligroso. Al invadir territorio enemigo (Lucas 10:17), serían “como corderos en medio de lobos” (Lucas 10:3). Pero en tanto que confiaran en el Señor, ganarían la batalla. “Quien toma a Jesús en serio se vuelve blanco del diablo”, decía Vance Havner. “La mayoría de los miembros de las iglesias no dan a Satanás suficientes problemas como para despertar su oposición”.

Exigiría de ellos disciplina y fe para realizar el trabajo (Lucas 10:4-8). Había una urgencia por la tarea, y el Señor no quería que ellos se vieran sobrecargados por provisiones adicionales o que se detuvieran en el camino en los elaborados saludos orientales. Tenían que confiar en que Dios les proveería casa y alimentos, y no debían avergonzarse al aceptar hospitalidad. Después de todo, estaban trabajando para el Señor y trayendo bendiciones a la casa, y “el obrero es digno de su salario” (Lucas 10:7; ve también 1 Corintios 9:14; 1 Timoteo 5:18).

También eran embajadores de paz, trayendo sanidad a los enfermos, liberación a los poseídos, y las buenas nuevas de salvación a los perdidos. Como el ejército de Josué en la antigüedad, primero proclamaron paz a las ciudades. Si una ciudad rechazaba la oferta, entonces escogía el castigo (Deuteronomio 20:10-18). Es cosa seria rechazar a los embajadores que Dios envía.

Es importante notar que el poder especial que Jesús dio a los apóstoles (Lucas 9:1) y a los setenta no nos pertenece a nosotros hoy. Estas dos misiones de predicación fueron ministerios especiales, y Dios no prometió duplicarlas en nuestra era. La comisión del Señor a nosotros recalca la proclamación del mensaje, no la realización de milagros (Mateo 28:19,20; Lucas 24:46-49).

120 **Compasivos en Cristo**

Denuncia (10:13-16). Esto parece ser lenguaje severo de los labios del Hijo de Dios, pero no nos atrevamos a ignorarlo o a descartarlo. Jesús mencionó a tres ciudades antiguas que habían sido castigadas por Dios: Sodoma (Génesis 19), y Tiro y Sidón (Ezequiel 26—28; Isaías 23), y las usó como advertencia para tres ciudades de su día: Corazín, Betsaida y Capernaum. A estas tres ciudades se les había dado más privilegios que a las tres ciudades antiguas, y por consiguiente tenían mayores responsabilidades. Si Sodoma, Tiro y Sidón fueron destruidas, ¿cómo podían Corazín, Betsaida y Capernaum escapar?

Oír a los embajadores de Cristo es lo mismo que oírle a él, y rechazar a sus representantes es también rechazarle a él. “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21; ve también 2 Corintios 5:18-21). La manera en que una nación trata a un embajador es la manera en que trata al gobierno que ese embajador representa. En 2 Samuel puedes leer una interesante ilustración de esto.

Júbilo (10:17-24). Aquí hay un gozo triple: el gozo del servicio (Lucas 10:17-19), el gozo de la salvación (Lucas 10:20), y el gozo de la soberanía (Lucas 10:21-24).

Podemos comprender bien el gozo de los setenta cuando volvieron para informarle a Jesús de sus victorias. El les había dado poder y autoridad para sanar, para echar fuera demonios y para predicar la Palabra, ¡y tenían éxito! En medio de su gran gozo también se cuidaron de dar a Dios la gloria (“en tu nombre”).

Habían visto victorias individuales de ciudad en ciudad, pero Jesús vio estas victorias como parte de la guerra que destronó y derrotó a Satanás (ve Isaías 14:4-23; Juan 12:31,32; Apocalipsis 12:8,9). Como creyentes somos débiles en nosotros mismos, pero podemos fortalecernos “en el Señor, y en el poder de su fuerza” (Efesios 6:10ss).

Cada victoria es importante para el Señor, por insignificante que pudiera parecer a nuestros ojos. Satanás no será juzgado finalmente sino cuando Jesús lo arroje al lago de fuego (Apocalipsis 20:10), pero ahora mismo el pueblo de Dios puede por fe apropiarse de la victoria de Cristo en el Calvario (Colosenses 2:15).

Pero el enemigo no se da por vencido. Satanás, por cierto, atacará a los siervos de Cristo y procurará destruirlos. Por eso nuestro Señor añadió palabras de estímulo en Lucas 10:19. Les aseguró que su autoridad no se acababa ahora que habían concluido su misión de predicación, y que ellos podrían con seguridad pisar sin temor a la “serpiente antigua” (Génesis 3:15; Apocalipsis 12:9).

El Señor les advirtió que no se regocijaran por las victorias sino porque sus nombres habían sido escritos en el cielo. (El verbo quiere decir: *han sido escritos y quedarán escritos*. Es una afirmación de seguridad. Ve Filipenses 4:3; Apocalipsis 20:12-15.) Por maravillosos que fueran los milagros, el mayor de ellos sigue siendo la salvación de un alma perdida. La palabra griega que se traduce “escritos” quiere decir *inscribir formal y solemnemente*. Se la usaba para la firma de un testamento, un documento matrimonial, un tratado de paz, y también para la inscripción de un ciudadano. El tiempo perfecto del griego indica *queda escrito*.

Pero nuestro gozo mayor no se halla en el servicio, y ni siquiera en nuestra salvación, sino en someternos a la voluntad soberana del Padre celestial, porque este es el fundamento tanto del servicio como de la salvación. Aquí vemos a Dios el Hijo regocijándose por medio de Dios el Espíritu por la voluntad de Dios el Padre. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Salmo 40:8).

Jesús no se regocijaba porque los pecadores estaban ciegos a la verdad de Dios, porque Dios no quiere que

ninguno perezca (2 Pedro 3:9). Se regocijaba porque *la comprensión de esta verdad* no dependía de las capacidades naturales ni de la educación. Si así fuera el caso, la mayoría de las personas del mundo estaría fuera del reino. Cuando los doce y los setenta fueron a predicar, no vieron a los “sabios y entendidos” humillarse para recibir la verdad y gracia de Dios, sino que vieron a la gente común confiar en la Palabra (Lucas 7:29,30; 1 Corintios 1:26-29). En su voluntad soberana Dios ha ordenado que los pecadores deben humillarse antes de poder ser exaltados (Santiago 4:6; 1 Pedro 5:6).

Los embajadores de Cristo en verdad eran gente privilegiada. Podían ver y oír cosas que los más grandes santos del Antiguo Testamento anhelaban ver y oír, pero no pudieron. El Mesías estaba obrando, ¡y ellos eran parte de su obra!

2. Próximos: Imitando al Señor (Lucas 10:25-37)

Se esperaba que los rabinos debatieran en público los asuntos teológicos, y la pregunta que este intérprete de la ley hizo era una que los judíos debatían con frecuencia. Era una buena pregunta hecha con malas intenciones, porque el intérprete de la ley esperaba entrapar a nuestro Señor. Sin embargo, ¡Jesús entrampó al intérprete de la ley!

Nuestro Señor envió al hombre de vuelta a la ley, no porque la ley nos salve (Gálatas 2:16,21; 3:21), sino porque la ley nos muestra lo que necesitamos para ser salvos. No puede haber real conversión sin convicción, y la ley es lo que Dios usa para que los pecadores se sientan convictos (Romanos 3:20).

El escriba dio la respuesta correcta, pero no se la quería aplicar personalmente y admitir su falta de amor tanto para Dios como para su prójimo. Así que en lugar de *ser justificado*

al recibir la misericordia de Dios (Lucas 18:9-14), trató de *justificarse a sí mismo* y salir de su aprieto. Usó la vieja táctica del debate: “¿Define tus términos! ¿Qué quieres decir con eso de prójimo? ¿Quién es mi prójimo?”

Jesús no dijo que esta historia sea una parábola, así que bien podría ser relato de algo que ocurrió realmente. El que Jesús relatara una historia que hiciera que los judíos quedaran mal y los samaritanos bien podría haber sido peligroso o bien una derrota propia. “¡Te lo has inventado!” podrían haberle replicado. “Todos sabemos que nada de eso puede ocurrir jamás”. Así que es posible que algunos de sus oyentes, incluyendo el escriba, supieran que tal evento en realidad había ocurrido. Sea como sea, el relato es realista.

Lo peor que podemos hacer con cualquier parábola, y especialmente con ésta, es convertirla en alegoría y hacer que todo signifique algo. La víctima viene a ser el pecador que está medio muerto (vivo físicamente, muerto espiritualmente), impotente, tirado junto al camino de la vida. El sacerdote y el levita representan la ley y los sacrificios, ninguno de los cuales puede salvar al pecador.

El samaritano es Jesucristo, quien salva al hombre, paga la cuenta y promete volver. El mesón representa la iglesia local en donde se cuida a los creyentes, y los dos “denarios” representan las dos ordenanzas, el bautismo y la cena del Señor. Si se toma este método para interpretar las Escrituras, se puede hacer que la Biblia diga casi cualquier cosa que a uno le plazca, y puedes estar seguro de que te perderás los mensajes que Dios quiere que captes.

El camino de Jerusalén a Jericó era en verdad peligroso. Ya que los que trabajaban en el templo lo usaban tanto, sería de pensar que los judíos o los romanos habían hecho algo para hacerlo seguro. Es mucho más fácil mantener un sistema religioso que mejorar el vecindario.

La mayoría de nosotros puede imaginar excusas para el sacerdote y el levita que ignoraron a la víctima. (¡Tal vez las hemos usado nosotros mismos!) El sacerdote había servido a Dios en el templo toda la semana, y estaba con ansia de volver a su casa. Tal vez los bandidos todavía estaban acechando en las cercanías, y usando a la víctima como *carnada*. ¿Por qué arriesgarse? De todas maneras, no era su culpa que el hombre haya sido atacado. El camino era muy transitado, de modo que alguna otra persona pasaría y ayudaría al hombre. El sacerdote lo dejó al levita, y el levita hizo lo mismo que el sacerdote: ¡nada! Tal es el poder del mal ejemplo de un religioso.

Pero usando a un samaritano como héroe, Jesús desarmó a los judíos, porque los judíos y samaritanos eran enemigos (Juan 4:9; 8:48). No se trataba de un judío ayudando a un samaritano, sino de un samaritano ayudando a un judío *¡que había sido ignorado por sus compatriotas judíos!* El samaritano amó a los que lo aborrecían, arriesgó su vida, gastó su propio dinero (el salario de dos días para un obrero), y nunca recibió recompensa pública alguna ni honor alguno, hasta donde sabemos.

Lo que hizo el samaritano fue ayudarnos a comprender mejor lo que quiere decir *mostrar misericordia* (Lucas 10:37), y también ilustra el ministerio de Jesucristo. El samaritano se identificó con las necesidades del extraño y tuvo compasión de él. No había razón lógica por la que debía modificar sus planes y gastar su dinero sólo para ayudar a un enemigo necesitado, pero la misericordia no necesita razones. Siendo experto en la ley, el escriba con certeza sabía que Dios requería que su pueblo mostrara misericordia, hasta a los extraños y enemigos (Exodo 23:4,5; Levítico 19:33,34; Miqueas 6:8).

Nota cuán sabiamente Jesús trató con el escriba. El hombre con su deseo de evadir su responsabilidad preguntó:

“¿Quién es mi prójimo?” Pero Jesús preguntó: “¿Cuál de estos tres hombres fue prójimo de la víctima?” La gran pregunta es: “¿Para quién puedo ser prójimo?” y esto no tiene nada que ver con geografía, ciudadanía o raza. En donde quiera que la gente nos necesite, allí podemos ser prójimos y, como Jesucristo, mostrar misericordia.

El intérprete de la ley quería debatir el tema del prójimo en general, pero Jesús lo obligó a considerar a un hombre específico y necesitado. Qué fácil es para nosotros hablar de ideales abstractos y no ayudar a resolver los problemas concretos. Podemos debatir cosas tales como la pobreza y las oportunidades de trabajo y sin embargo jamás ayudar personalmente a dar de comer a una familia que sufre hambre, o ayudar a alguien a encontrar trabajo.

Desde luego, el escriba quería hacer del asunto algo complejo y filosófico, pero Jesús lo hizo sencillo y práctico. Pasó del *deber* al *amor*, y de *hablar* al *hacer*. Seguramente nuestro Señor no estaba condenando las discusiones o debates; estaba simplemente advirtiéndonos que no usemos estas cosas como excusas para no hacer nada.

Una de mis historias favoritas relativas a D. L Moody ilustra este punto. Asistiendo a una convención en Indianápolis, el Sr. Moody pidió al cantante Ira Sankey que se encontrara con él una tarde, a las 6 p.m. en punto, en cierta esquina. Cuando Sankey llegó, el Sr. Moody lo hizo subir a un cajón, y le pidió que cantara algo, y antes de que pasara mucho tiempo se había reunido un grupo. Moody habló brevemente e invitó al público a que le siguiera hasta el teatro de ópera cercano. El auditorio se llenó rápidamente, y el evangelista predicó el evangelio a un público que tenía hambre espiritual.

Cuando los delegados a la convención empezaron a llegar, Moody dejó de predicar y dijo: “Ahora debemos concluir,

126 **Compasivos en Cristo**

puesto que los hermanos de la convención desean entrar y debatir la cuestión: ‘Cómo alcanzar a las masas’’. *¡Touche!*

Podemos leer este pasaje y pensar sólo en el alto costo del cuidado, pero es mucho más costoso *no* atender. El sacerdote y el levita perdieron mucho más por su descuido que el samaritano por su cuidado. Perdieron la oportunidad de ser mejores hombres y buenos mayordomos de lo que Dios les había dado. Podían haber sido una buena influencia en un mundo malo, pero escogieron ser una mala influencia. *Esa sola obra de misericordia del samaritano ha inspirado ministerios de sacrificio en todo el mundo.* ¡Jamás digas que tal ministerio es un desperdicio! Dios cuida que ningún acto de servicio cariñoso en el nombre de Cristo se pierda.

Todo depende de tu perspectiva. Para los ladrones este judío viajero era una víctima para explotar, así que le atacaron. Para el sacerdote y el levita era un fastidio que había que evitar, así que le ignoraron. Pero para el samaritano fue un prójimo al cual amar y ayudar, así que cuidó de él. Lo que Jesús dijo al intérprete de la ley, nos dice a nosotros “*Ve, y sigue haciendo lo mismo*” (traducción literal).

3. Adoradores: Escuchando al Señor (Lucas 10:38-42)

La adoración se halla en la médula de todo lo que somos y todo lo que hacemos en la vida cristiana. Es importante que seamos embajadores activos, llevando el mensaje del evangelio a las almas perdidas. También es esencial que seamos samaritanos misericordiosos, tratando de ayudar a los explotados y a los que sufren, y necesitan de la misericordia de Dios. Pero antes de poder representar a Cristo como deberíamos, o imitarle en nuestro ministerio de benevolencia, debemos pasar tiempo con él y aprender de él. Debemos dedicar tiempo para ser santos.

A María de Betania se la ve tres veces en el relato de los evangelios, y en cada ocasión ella está en el mismo lugar: a los pies de Jesús. Se sentó a sus pies y escuchó su palabra (Lucas 10:39), cayó a sus pies y le contó su aflicción (Juan 11:32), y fue a sus pies y le derramó encima su adoración (Juan 12:3). Es interesante notar que en cada una de estas instancias hay algún aroma: En Lucas 10 es comida; en Juan 11 es muerte (Juan 11:39); y en Juan 12 es perfume.

A menudo se pone en contraste a María y a Marta como si cada creyente tuviera que tomar una decisión: ser *trabajador* como Marta o *adorador* como María. Es cierto que nuestra personalidad y talentos son diferentes, pero eso no quiere decir que la vida cristiana sea una situación de lo uno o lo otro. Carlos Wesley lo dijo muy bien en uno de sus himnos:

Fiel a los mandatos de mi Señor,
Escogeré de todas maneras la mejor parte;
Servir con las manos hacendosas de Marta,
Y con el corazón de María, lleno de amor.

Parece evidente que el Señor quiera que todos imitemos a María en nuestra adoración y a Marta en nuestro trabajo. ¡Bienaventurados los que conservan el equilibrio!

Considera la situación de Marta. Recibió a Jesús en su casa, y luego le dejó a un lado mientras preparaba una comida muy elaborada que él no necesitaba. Es cierto que una comida estaba en orden, pero lo que hacemos con Cristo es mucho más importante que lo que hacemos para Cristo. De nuevo, no se trata de una situación de lo uno o lo otro, es cuestión de balance. María había hecho su parte del trabajo en la cocina, y luego se dedicó a alimentarse de las enseñanzas del Señor. Marta sintió que

María la había dejado sola después de que María salió de la cocina, y Marta empezó a quejarse, y a sugerir que ni al Señor ni a María realmente les importaba nada.

Pocas cosas hacen tanto daño a la vida cristiana como tratar de trabajar por Cristo sin dedicar tiempo para tener comunión con él. “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). María escogió la mejor parte, la parte que no podía serle quitada. Sabía que no podía vivir “sólo de pan” (Mateo 4:4).

Cuando criticamos a otros y sentimos lástima por nosotros mismos debido a que nos sentimos abrumados por el trabajo, es mejor que dediquemos tiempo para examinar nuestra vida. Tal vez en nuestra demasiada ocupación hemos estado ignorando al Señor. El problema de Marta no era que tenía demasiado trabajo, sino que ella permitió que su trabajo la distrajera y la fastidiara. ¡Estaba tratando de servir a dos señores! Si el servir a Cristo nos hace personas con quienes es difícil vivir, ¡algo anda terriblemente mal con nuestro servicio!

La clave es tener las prioridades en su lugar: Jesucristo primero, luego otros y después nosotros. Es de vital importancia que pasemos tiempo “a los pies de Jesús” todos los días, permitiéndole que nos diga sus palabras. *Lo más importante en la vida cristiana es la parte que sólo Dios ve.* A menos que nos encontremos con Cristo todos los días personalmente y en privado, pronto acabaremos como Marta: Atareados pero no bendecidos.

A menudo en mi ministerio pastoral he dicho a las personas que vienen con serios problemas: “Cuénteme algo de su vida devocional”. La respuesta usual es una mirada abochornada, una cabeza gacha y la confesión con voz temblorosa: “Hace ya mucho tiempo que dejé de leer mi Biblia y de orar”. ¡Y se preguntan por qué tienen problemas!

Según Juan 12:1,2 Marta debe haber aprendido su lección, porque preparó un banquete para Jesús, los doce y su hermano y hermana—quince personas—y *¡no se quejó ni una sola vez!* Tenía la paz de Dios en su corazón porque había aprendido a sentarse a los pies de Jesús.

Somos embajadores, prójimos y adoradores; estos tres, pero el mayor de ellos es el ser adorador.

¡Bienaventurados los que conservan el equilibrio!

Aprendiendo las lecciones de la vida

Lucas 11

Las enseñanzas de nuestro Señor en Lucas 11 brotaron de una reunión de oración, un milagro y una invitación a cenar. Jesús usó estas ocasiones para dar instrucciones sobre cuatro temas importantes: la oración, Satanás, la oportunidad espiritual y la hipocresía. Es importante que comprendamos hoy estos temas y que apliquemos estas verdades a nuestra vida.

1. La oración (Lucas 11:1-13)

La prioridad de la oración (11:1). Por lo general pensamos de Juan el Bautista como un profeta y un mártir, y sin embargo los discípulos de nuestro Señor lo recordaban como hombre de oración. Juan fue un *bebé de milagro*, lleno del Espíritu Santo desde antes de nacer, y sin embargo tenía que orar. Tuvo el privilegio de presentar al Mesías a Israel, y sin embargo tenía que orar. Jesús dijo que Juan fue el mayor de todos los profetas (Lucas 7:28), y sin embargo Juan tenía que depender de la oración. Si la oración fue tan vital para un hombre que

tenía todas estas ventajas, ¡cuánto más importante debe ser para nosotros que no las tenemos!

Los discípulos de Juan tuvieron que orar y los discípulos de Jesús querían aprender cómo orar mejor. No pidieron al Maestro que les enseñara cómo predicar o hacer grandes señales; le pidieron que les enseñara a orar. Hoy a veces pensamos que seríamos mejores creyentes si tan sólo hubiéramos estado con Jesús cuando estaba en la tierra, pero es probable que no lo seríamos. ¡Los discípulos estuvieron con él ¡y sin embargo fracasaron muchas veces! Podían realizar milagros, y sin embargo querían que él les enseñara a orar.

Pero el mayor argumento a favor de la prioridad de la oración es el hecho de que nuestro Señor fue un hombre de oración. Hasta aquí hemos visto que él oró en su bautismo (Lucas 3:21), antes de escoger a los doce (Lucas 6:12), cuando las multitudes aumentaban (Lucas 5:16), antes de pedir a los doce su confesión de fe (Lucas 9:18), y en su transfiguración (Lucas 9:29). Los discípulos sabían que a menudo Jesús oraba a solas (Marcos 1:35), y querían aprender de él el secreto del poder y la sabiduría espiritual.

Si Jesucristo, el perfecto Hijo de Dios, tuvo que depender de la oración durante “los días de su carne” (Hebreos 5:7), entonces ¡cuánto más tú y yo necesitamos orar! La oración eficaz es la provisión para toda necesidad y la solución para todo problema.

El modelo para la oración (11:2-4). Muchos denominan a este pasaje *La Oración del Señor*, no porque Jesús la haya orado (él nunca tuvo que pedir perdón), sino porque Jesús la enseñó. No hay nada de malo con elevar esta oración personalmente o en forma congregacional, siempre y cuando lo hagamos con un corazón sincero y sumiso. Qué fácil es recitar estas palabras sin realmente sentirlas, pero

eso puede ocurrir aun al cantar o predicar. La falta está en nosotros, no en esta oración.

Esta es una oración modelo que se nos ha dado para guiarnos en nuestras propias oraciones (ve en Mateo 6:9-15 el relato paralelo). Nos enseña que la verdadera oración depende de una relación espiritual con Dios que nos permite llamarle Padre, y esto puede resultar sólo por medio de la fe en Jesucristo (Romanos 8:14-17; Gálatas 4:1-7).

Bill Moyers, secretario de prensa del presidente Lyndon Johnson, estaba dando gracias por los alimentos durante un almuerzo del personal, y el presidente le gritó: “¡Habla alto, Bill! ¡No te oigo nada!” Moyers cortésmente le replicó: “No me estaba dirigiendo a usted, señor presidente”. Es bueno recordar que cuando oramos, estamos hablando con Dios.

La verdadera oración también incluye *responsabilidades*: honrar el reino de Dios y hacer su voluntad (Lucas 11:2). Bien se ha dicho que el propósito de la oración no es lograr que la voluntad humana se haga en el cielo, sino que la voluntad de Dios se haga en la tierra. La oración no es decir a Dios lo que queremos y luego egoístamente disfrutarlo. La oración es pedirle que nos utilice para lograr *lo que él quiere* de modo que su nombre sea glorificado, su reino se extienda y fortalezca, y su voluntad se haga. Debo examinar todas mis peticiones personales mediante estas predominantes preocupaciones si es que espero que Dios oiga y responda a mis oraciones.

Es importante que los creyentes conozcan la Palabra de Dios, porque allí descubrimos la voluntad de Dios. Nunca debemos separar la oración de la Palabra de Dios (Juan 15:7). En mi ministerio pastoral he visto a muchos creyentes desobedecer a Dios y defenderse diciendo: “Oré al respecto, y Dios dijo que estaba bien”. Esto incluye una señorita que

se casó con un inconverso (2 Corintios 6:14-18), un hombre viviendo con una mujer que no era su esposa (1 Tesalonicenses 4:1-8), y un predicador que empezó su propia iglesia debido a que todas las demás estaban equivocadas y sólo él tenía discernimiento espiritual (Filipenses 2:1-16).

Una vez que estamos seguros en nuestra relación con Dios y su voluntad, entonces podemos presentarle nuestras *peticiones* (Lucas 11:3,4). Podemos pedirle que provea para nuestra necesidad (¡no nuestra codicia!), que nos perdone por lo que hemos hecho ayer, y que nos dirija en el futuro. Todas nuestras necesidades se pueden incluir en estas tres peticiones: provisión física y material, perfección moral y espiritual, y protección y dirección divinas. Si oramos de esta manera, podemos estar seguros de que estamos orando según la voluntad de Dios.

La persistencia en la oración (11:5-8). En esta parábola Jesús no dijo que Dios es como este vecino malhumorado. Más bien, dijo precisamente lo opuesto. Si un vecino cansado y egoísta finalmente suplió las necesidades de un amigo inoportuno, ¡cuánto más un Padre celestial amante suplirá las necesidades de sus hijos! Jesús está presentando una argumentación de menor a mayor.

Ya hemos visto que la oración se basa en *la condición de hijos* (Padre nuestro), no en la amistad; pero Jesús usó la amistad para ilustrar la persistencia en la oración. Dios el Padre no es como este vecino, porque Dios nunca duerme, no es impaciente ni se irrita, siempre es generoso, y se deleita en suplir las necesidades de sus hijos. El amigo a la puerta tuvo que persistir en llamar a fin de conseguir lo que necesitaba, pero Dios es pronto para responder a los clamores de sus hijos (Lucas 18:1-8).

El argumento es claro: Si la persistencia a la larga resultó para el hombre que golpeaba a la puerta de un amigo

renuente, ¡cuánto más la persistencia traerá bendición cuando le oramos al amante Padre celestial! Después de todo, somos los hijos *que están en casa con él*.

La palabra que se traduce “importunidad” quiere decir *desvergüenza* o *evadiendo la vergüenza*. Puede referirse al hombre que estaba llamando a la puerta y que no se avergonzaba de despertar a su amigo, pero también puede referirse al amigo que estaba dentro. La hospitalidad a los extraños era una ley básica en el Oriente (Génesis 18:1ss). Si una persona rehusaba atender a un huésped, esto era desgracia para toda la ciudad y los vecinos no habrían querido tener nada que ver con él. El hombre de la casa sabía esto y no quería ser causa de vergüenza para sí mismo, ni su familia, ni su ciudad; así que se levantó y suplió la necesidad.

¿Por qué contesta la oración nuestro Padre celestial? No simplemente para suplir las necesidades de sus hijos, sino para suplirlas de manera que dé gloria a su nombre. “Santificado sea tu nombre”. *Cuando el pueblo de Dios ora, la reputación de Dios está en juego*. La manera en que él cuida de sus hijos es un testimonio ante el mundo de que se puede confiar en él. Phillips Brooks dijo que la oración no es vencer la renuencia de Dios; es echar mano de la buena disposición de Dios. La persistencia en la oración no es un esfuerzo por cambiar la opinión de Dios (Hágase tu voluntad) sino ponernos en el lugar en el cual él puede confiarnos la respuesta.

Promesas para la oración (11:9-13). Los tiempos de los verbos son importantes aquí: *Sigan pidiendo . . . sigan buscando . . . sigan llamando*. En otras palabras, *no vengán a Dios sólo en las emergencias de medianoche, sino manténganse en constante comunión con su Padre*. Jesús llama a esto permanecer (Juan 15:1ss), y Pablo exhortó:

“Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17). Al orar, Dios responderá o nos mostrará por qué no puede contestar. Depende de nosotros hacer lo que sea necesario en nuestra vida para que el Padre pueda confiarnos con la respuesta.

Observa que la lección concluye con un énfasis en Dios como Padre (Lucas 11:11-13). Debido a que él nos conoce y nos ama, *nunca tenemos que temer las respuestas que nos da*. De nuevo, Jesús presenta el argumento de lo menor a lo mayor: Si un padre terrenal da lo mejor a sus hijos, seguramente el Padre celestial hará aun más. Esto también incluye las cosas buenas del Espíritu Santo (compara Lucas 11:13 con Mateo 7:11), bendiciones que en el Antiguo Testamento estaban reservadas sólo para unos cuantos personajes especiales.

2. Satanás (Lucas 11:14-28)

La acusación (11:14-16). Este es el tercer milagro de liberación que nuestro Señor realizó, y recabó de sus enemigos la acusación de que estaba en asociación con Satanás (ve Mateo 9:32-34; 12:22-37). En lugar de regocijarse porque Dios había enviado un Redentor, los dirigentes religiosos se rebelaban contra la verdad de la Palabra de Dios y trataban de desacreditar la obra y el carácter de Cristo. Imagínate a la gente tan cegada ¡que no pueden distinguir entre la obra de Dios y la obra de Satanás!

“Baalzebub” era uno de los nombres del dios filisteo Baal (2 Reyes 1:1-3); quería decir *señor de las moscas*. Una variante es “Beelzebú”, que quiere decir *señor de la vivienda* y encaja con las ilustraciones que Cristo da en Lucas 11:18-26. Los judíos solían usar este nombre al referirse a Satanás.

La petición que consta en Lucas 11:16 fue una parte de la acusación. “Si realmente estás obrando por Dios”, es lo

que estaban diciendo en efecto, “demuéstralo dándonos una señal del cielo, no simplemente un milagro en la tierra”. Estaban tentando a Dios, lo que es peligroso hacer.

La refutación (11:17-22). Jesús contestó a las acusaciones con tres argumentos. Primero, su acusación era ilógica. ¿Por qué Satanás lucharía contra sí mismo y dividiría su propio reino? (Observa que Jesús creía en un diablo real que tiene un reino fuerte y unido. Ve Efesios 2:1-3; 6:10ss.) Segundo, sus acusaciones los incriminaban a ellos mismos: ¿Con qué poder los judíos echaban fuera demonios? ¿En qué diferían sus obras de las de Cristo? Por el contrario, los milagros de Cristo muestran que el reino de *Dios* está presente, ¡no el reino de *Satanás*!

Finalmente, su acusación era realmente una admisión del poder de Jesús, porque él no podría derrotar a Satanás a menos que fuera más fuerte. Jesús caracterizó a Satanás como un hombre fuerte, armado; guardando su palacio y sus posesiones. Pero Jesús invadió el territorio de Satanás, destruyó su armadura y armas, ¡y se apropió del botín! (ve Juan 12:31-33; Colosenses 2:15; 1 Juan 3:8). Nuestro Señor “llevó cautiva la cautividad” (Efesios 4:8) y puso en libertad a los presos (Lucas 4:18). Aun cuando tiene autoridad limitada, Satanás es un enemigo derrotado.

La aplicación (11:23-28). Es imposible ser neutral en esta guerra espiritual (Lucas 11:23; ve también 9:50), porque la neutralidad significa estar contra Cristo. Hay dos fuerzas espirituales obrando en el mundo, y debemos escoger una u otra. Satanás está desparramando y destruyendo, pero Jesucristo está reuniendo y edificando. Debemos elegir, y si decidimos *no* escoger, en realidad elegimos estar en contra de Cristo.

Jesús ilustró el peligro de la neutralidad contando la historia del hombre y el demonio. El cuerpo del hombre

era la “casa” del demonio (Lucas 11:24 y Lucas 11:17,21). Por alguna razón desconocida el demonio inquilino decidió dejar su “casa” e irse a otro lugar. La condición del hombre mejoró de inmediato, *pero él no invitó a Dios a venir y a morar en él*. En otras palabras, el hombre permaneció neutral. ¿Qué ocurrió? El demonio regresó con otros siete demonios peores que él, y la condición del hombre fue abominable.

“La neutralidad en la religión siempre es cobardía”, escribió Oswald Chambers. “Dios convierte la cobardía de una neutralidad deseada en terror”.

Estar al lado de Cristo quiere decir mucho más que decir las cosas debidas, como la mujer que clamó: “Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste” (Lucas 11:27). Por cierto que ella era sincera, pero eso no fue suficiente. *Nos ponemos del lado de Jesucristo cuando escuchamos su Palabra y la obedecemos* (ve Lucas 6:46-49; 8:19-21).

3. La oportunidad espiritual (Lucas 11:29-36)

Jesús no se impresionaba por las grandes multitudes porque conocía sus corazones, pero los discípulos sí. A fin de evitar que los doce se dejaran llevar por la popularidad, Jesús les dio varias nociones de lo que realmente estaba sucediendo cuando ellos ministraban la Palabra. Jesús usó tres ilustraciones para mostrar la seriedad de las oportunidades espirituales.

Jonás (11:29,30,32). Los dirigentes insistieron en pedir a Jesús una señal que demostrara que él era el Mesías. La única señal que Jesús les prometió fue “la señal de Jonás”, que es *la muerte, sepultura y resurrección*. Es la resurrección de nuestro Señor lo que demuestra que él es el Mesías, el Hijo de Dios (Romanos 1:4), y esto es lo que Pedro predicó a

Israel en el día de Pentecostés (Hechos 2:22ss). El testimonio de la Iglesia naciente se centraba en la resurrección de Cristo (Hechos 1:22; 3:15; 5:30-32; 13:32,33). Jonás era un milagro vivo y lo mismo es nuestro Señor Jesucristo.

Salomón (11:31). El énfasis aquí recae en la sabiduría de un rey, no en las obras de un profeta. La reina de Seba viajó muchos kilómetros para oír la sabiduría de Salomón (1 Reyes 10), pero allí estaba el mismo Hijo de Dios *en medio de ellos*, y ¡los judíos no querían creer en sus palabras! Aun si Jesús realizaba una señal, no habría cambiado los corazones de ellos. Ellos necesitaban de la sabiduría de Dios, pero se contentaban con su anticuada tradición religiosa.

Lo importante en estas ilustraciones es que *todas incluyen gentiles*. Cuando Jonás predicó a los gentiles en Nínive, ellos se arrepintieron y fueron librados. Cuando una reina gentil oyó la sabiduría de Salomón, se maravilló y creyó. Si, con todos sus privilegios, los judíos no se arrepienten, los pobladores de Nínive y la reina de Seba podrían dar testimonio contra ellos en el juicio final. El Señor dio a Israel tantas oportunidades, y sin embargo ellos no querían creer (Lucas 13:34,35; Juan 12:35-41).

La luz (11:33-36). La tercera ilustración surgía de la vida diaria, no de la historia, y era una que Jesús ya había usado antes (Mateo 6:22,23). La Palabra de Dios es una luz que brilla en este mundo oscuro (Salmo 119:105; Proverbios 6:23). Pero no es suficiente que la luz brille *externamente*; debe entrar en nuestra vida antes de que pueda surtir algún efecto. “La exposición de tus palabras alumbra; Hace entender a los simples” (Salmo 119:130). El sol más brillante no puede hacer que el ciego vea.

Cuando confiamos en Jesucristo nuestros ojos son abiertos, la luz entra, y llegamos a ser hijos de luz (Juan 8:12; 2 Corintios 4:3-6; Efesios 5:8-14). Lo importante es que

aprovechemos la luz y tengamos *una sola perspectiva de fe*. Si mantenemos un ojo en las cosas de Dios y el otro en las cosas del mundo (1 Juan 2:16), ¡la luz se vuelve tinieblas! Para el creyente no hay *vida en el crepúsculo*, porque Dios exige sumisión total y obediencia (Lucas 11:23).

Tres hombres de la Biblia ilustran esta verdad. Empezaron con la luz y acabaron en oscuridad porque fueron indecisos. El nombre Sansón probablemente significa *soleado*, sin embargo acabó como un esclavo ciego en un calabozo oscuro porque se rindió a *los deseos de la carne* (Jueces 16). Lot empezó como peregrino con su tío Abraham, y acabó como borracho en la cueva, cometiendo incesto (Génesis 19:30-38), porque se rindió a *los deseos de los ojos* (Génesis 13:10,11). ¡Lot quería servir a dos señores y mirar en ambas direcciones!

El rey Saúl empezó su reinado como un dirigente humilde pero su orgullo le llevó a una cueva de una bruja (1 Samuel 28), y murió suicidándose en el campo de batalla (1 Samuel 31). Su pecado fue *la vanagloria de la vida*; no se humilló a sí mismo ni obedeció la voluntad de Dios.

Cada uno de nosotros está controlado bien sea por la luz o por la oscuridad. Lo alarmante es que algunos se han endurecido tanto contra el Señor, *¡que no pueden distinguirlo!* Piensan que están siguiendo la luz cuando, en realidad, están siguiendo las tinieblas. Los escribas y fariseos aducían “ver la luz” porque habían estudiado la Ley, pero vivían en tinieblas (ve Juan 12:35-50).

4. La hipocresía (Lucas 11:37-54)

A esta altura en el ministerio de Cristo, cuando los dirigentes religiosos estaban decididos a destruirle, ¿por qué un fariseo le invitaría a su casa a comer? Si sinceramente hubiera estado buscando la verdad, habría

hablado con nuestro Señor en privado. Parece obvio que lo que buscaba era una oportunidad para acusar a Jesús, pensó que la tenía cuando Jesús no practicó el lavamiento ceremonial antes de comer (Marcos 7:2,3). Sabiendo lo que el anfitrión estaba pensando, Jesús respondió dando un *análisis espiritual* de los fariseos.

Dejó al descubierto su necedad (11:37-41). El error básico de los fariseos era pensar que la justicia era sólo cuestión de acciones externas, y le restaban importancia a las actitudes internas. Ejercían extremo cuidado para mantener limpio lo externo, pero ignoraban la maldad que tenían dentro. Parecía que se olvidaban de que el mismo Dios que creó lo de fuera también creó lo de dentro, y lo de dentro necesitaba también limpieza (Salmo 51:6,10).

Los fariseos se jactaban de sus ofrendas (Mateo 6:1-4; Lucas 18:11,12), pero no daban al Señor *lo que había dentro*. La manera para hacer puro *lo externo* es hacer puro *lo interno* (Lucas 11:41). Kenneth Wuest traduce este versículo de esta manera: “Más bien, den como limosnas lo que tienen dentro, y miren, todas las cosas son limpias para ustedes”. La manera de limpiar un vocabulario soez no es cepillarse los dientes sino limpiar el corazón.

Denunció sus pecados (11:42-52). Estos seis “ayes” son paralelos a los “ayes” registrados en Mateo 23. Jesús empezó con los pecados de los fariseos (Lucas 11:42-44), y luego pasó a los pecados de los escribas, porque su interpretación de la Ley era lo que formaba la base para todo el sistema farisaico (Lucas 11:45-52).

Los primeros tres “ayes” denuncian a los fariseos por sus *prioridades erradas*. Se cuidaban de dar el diezmo aun de las hojas diminutas y las semillas de las hierbas aromáticas, pero se olvidaban de las cosas importantes como la justicia y el amor (Miqueas 6:7,8). ¡Se especializaban en

las minucias! Jesús no dijo que deberían dejar de dar el diezmo, sino que deben poner sus actividades religiosas en la perspectiva debida.

También ponían la *reputación* por encima del *carácter*. Pensaban que sentarse en los mejores asientos y ser reconocidos por las personas de influencia les haría espirituales. La reputación es lo que la gente piensa que somos; carácter es lo que Dios sabe que somos.

La comparación en Lucas 11:44 debe haber enfurecido al anfitrión y a los demás fariseos presentes. Los judíos ejercían especial cuidado para no contaminarse ceremonialmente con cadáveres (Números 19:11-22; observa especialmente el versículo 16), así que se aseguraban de que las tumbas quedaran debidamente señaladas. Pero los fariseos eran como *sepulcros sin marcas* ¡que no parecían sepulcros en nada! Esto quiere decir que estaban *contaminando a otros inconscientemente ¡aunque pensaban que estaban ayudándolos a ser más santos!* En lugar de ayudar a la gente, los fariseos estaban haciéndoles daño.

Los escribas sintieron en aguijonazo de las palabras de nuestro Señor y trataron de defenderse. Jesús usó tres ilustraciones vívidas para responderles: cargas, tumbas y llaves.

Los escribas eran buenos para añadir a la carga de la gente, pero no tenían corazón para ayudarles a llevar esas cargas. ¡Qué tragedia cuando los “ministros” de la Palabra de Dios crean más problemas para la gente que ya tienen suficientes! Un pastor amigo mío ora todos los días: “Señor: Ayúdame a no aumentar los problemas de nadie”. Jesús tenía en mente estas “cargas religiosas” cuando extendió su invitación de gracia en Mateo 11:28-30.

Los escribas también eran buenos para “embalsamar” el pasado y honrar a los profetas que habían sido martirizados

por el establecimiento religioso *al cual pertenecían*. Tanto la historia bíblica como la historia del cristianismo revelan que los verdaderos siervos de Dios por lo general son rechazados por aquellos que más necesitan de su ministerio, pero la siguiente generación llega y los honra. Los fariseos eran como “tumbas ocultas”, pero los escribas eran como tumbas elegantes.

El primer mártir mencionado en el Antiguo Testamento es Abel, y el último es Zacarías (ve Génesis 4:1-15; 2 Crónicas 24:20-27, y recuerda que 2 Crónicas es el último libro de la Biblia hebrea.) Jesús no sugirió que los escribas y fariseos fueron *personalmente* responsables de matar a los profetas del Antiguo Testamento. Más bien, lo que afirmaba era que *gente como los escribas y fariseos* hicieron estas cosas terribles con los siervos de Dios. Su crimen máximo sería la crucifixión del Hijo de Dios.

Finalmente, los escribas eran culpables de robar a la gente común el conocimiento de la Palabra de Dios. Ya era lo suficientemente malo el que no entraran ellos mismos al reino, pero también estaban impidiendo que otros entraran. Es cosa seria enseñar la Palabra de Dios y no todos deben hacerlo (Santiago 3:1). Desdichadamente, lo que algunos llaman “estudio bíblico” es a menudo un grupo de gente sin preparación intercambiando ignorancia.

Pero hay otro lado en esto: los escribas convencían a la gente que nadie podía comprender y explicar la Ley excepto los maestros preparados y autorizados. Tenemos algo de la misma actitud arrogante hoy. Maestros que martillan con exageración los idiomas bíblicos dan a la gente la impresión de que el Espíritu Santo no puede enseñarle a nadie que no sepa griego y hebreo. Hay tantas “Biblias de estudio” hoy (y muchos de ellas son provechosas) que uno se pregunta si alguien puede

aprender algo de una Biblia sencilla. No debemos menospreciar la verdadera erudición bíblica, pero también debemos mantener las cosas en equilibrio.

Jesús es la clave de las Escrituras (Lucas 24:44-48). Cuando se elimina esa clave, no se puede comprender lo que Dios ha escrito. Por útiles y necesarios que sean los estudios teológicos, los requisitos más importantes para el estudio bíblico son un corazón sumiso y una voluntad obediente. Algunos de los mejores maestros bíblicos que he conocido en mi ministerio fueron hombres y mujeres que aprendieron la verdad de la Palabra de Dios sobre sus rodillas en el campo de batalla de la vida. Les enseñó el Espíritu, no el hombre.

Despertó su ira (11:53,54). Los hipócritas no quieren que se saque a la luz sus pecados; eso lastima su reputación. En lugar de oponerse al Señor, estos hombres deberían haber buscado su misericordia. Deliberadamente empezaron a atacarlo con *preguntas capciosas* esperando poder atraparle en alguna herejía y así apresararlo. Qué manera más trágica de tratar al Hijo de Dios.

Pero actualmente hay sistemas religiosos que son muy parecidos al sistema que defendían los escribas y fariseos. Los dirigentes interpretan y aplican la Palabra para los seguidores, y no se les permite a éstos hacer preguntas desconcertantes ni levantar objeciones. Los dirigentes explotan a la gente y hacen muy poco o nada para aliviar sus cargas. Peor aun, los dirigentes usan el sistema para cubrir sus propios pecados. La verdad de Dios debe hacernos libres, pero estos grupos sólo dirigen a la gente a más y más esclavitud.

Dios ha dado maestros a su iglesia (Efesios 4:11), y debemos prestarles atención. Pero también debemos probar con las Escrituras lo que oímos a fin de asegurarnos de que

estén enseñando la verdad (1 Tesalonicenses 5:19-21), y no debemos permitir que nadie nos lleve a la esclavitud y nos explote (2 Corintios 11:20).

Es un privilegio tener la luz de la Palabra de Dios, y un privilegio el poder orar. El enemigo quiere privarnos de la bendición del crecimiento espiritual y libertad. El plan del enemigo es sustituir la hipocresía por la realidad y incitarnos a que nos preocupemos más por lo externo que por lo interno: por la reputación y no por el carácter.

Tan serio es este peligro que Jesús dirá más al respecto en Lucas 12. Mientras tanto, ¡tengamos cuidado!

Creyente ¡Cuidado!

Lucas 12

Los discípulos de nuestro Señor tal vez no se dieron cuenta, pero se hallaban en gran peligro. Por un lado, estaban rodeados de una inmensa multitud de gente cuya preocupación principal no era oír la verdad espiritual, sino ver a Jesús hacer algún milagro y suplir una necesidad personal. Al mismo tiempo los escribas y fariseos estaban tramando contra Jesús y tratando de hacerle caer en alguna trampa. La seducción de la popularidad y el temor del hombre han producido la ruina de más de uno de los siervos de Dios.

En el capítulo 12 Lucas mencionó cinco advertencias dadas por nuestro Señor. El pueblo de Dios en la actualidad debe prestar atención a cuatro de estas advertencias a fin de ser discípulos fieles: y el mundo perdido debe prestar atención a la quinta.

1. Cuídate de la hipocresía (Lucas 12:1-12)

La palabra hipócrita procede del griego y quiere decir *actor, alguien que hace un papel en un drama*. Hay

hipócritas en todas partes, gente que trata de impresionar a otros a fin de esconder su persona real. En la vida cristiana el hipócrita es el que trata de aparecer más espiritual de lo que realmente es. Estas personas saben que están fingiendo, y esperan que nadie las descubra. Su vida cristiana es nada más que una mascarada superficial.

Es fácil ver por qué Jesús dio esta advertencia en este momento en particular. Los discípulos podían verse tentados bien sea a ganar popularidad al complacer a la multitud, o a evadir problemas complaciendo a los escribas y fariseos. Todos buscamos aceptación, y parece mucho más fácil fingir lo que otros quieren ver.

¿Cómo podemos evitar ser hipócritas?

Primero, debemos comprender lo que la hipocresía realmente es (12:1). Jesús la comparó a la levadura, lo cual todo judío asociaba con el mal (ve Exodo 12:15-20). Pablo también usó la levadura como símbolo del pecado (ve 1 Corintios 5:6-8; Gálatas 5:9). Como la levadura, la hipocresía empieza de forma muy pequeña pero crece rápidamente. Al crecer infecta a la persona enteramente. La hipocresía hace al ego lo que la levadura hace a la masa: la hincha (ve 1 Corintios 4:6,18,19; 5:2). Pronto el orgullo toma las riendas y el carácter de la persona se deteriora rápidamente.

Si queremos mantener la hipocresía fuera de nuestra vida debemos evitar la primera cantidad de levadura. Una vez que hemos empezado a pretender, el proceso avanza rápidamente; y mientras más esperemos, es peor. Sir Walter Scott escribió:

Ah, que red tan enredada tejemos
Cuando empezamos a practicar el engaño.

Segundo, la hipocresía es necia e inútil (12:2,3). ¿Por qué? Porque nada puede realmente quedar oculto. Jesús

se refería aquí primordialmente a sus propias enseñanzas, pero el principio se aplica también a otros aspectos de la vida. Los doce podrían verse tentados a ocultar la verdad o transigirla para que ni las multitudes ni los fariseos se ofendieran (ve Lucas 8:16-18; 11:33). La verdad de Dios es como la luz, no la levadura, y no se debe esconder. Las mentiras del hipócrita un día serán reveladas, así que ¿para qué seguir fingiendo? ¡Deja que tu luz brille!

Tercero, debemos comprender lo que motiva la hipocresía (12:4-7). Jesús mencionó cinco veces el temor en estos versículos, así que nos está enseñando que una causa básica de la hipocresía es *el temor al hombre*. Cuando tememos lo que otros dirán de nosotros o nos harán, entonces tratamos de impresionarlos para ganar su aprobación. Si es necesario, hasta mentiremos para lograr nuestros propósitos, y esto es hipocresía. Desdichadamente, muchos de los escribas y fariseos estaban más preocupados por su reputación que por su carácter, lo que la gente *pensaba* de ellos que lo que Dios *sabía* de ellos. Los temores siempre tienden lazo (Proverbios 29:25), y Jesús quería que sus discípulos evitaran esa atadura.

El remedio para la hipocresía es olvidarse de lo que la gente pueda decir o hacer, y *temer sólo a Dios*. El temor de Dios es el temor que conquista a todos los demás temores, porque la persona que verdaderamente teme a Dios no debe temer a nada más. Lo peor que los hombres pueden hacer es matar el cuerpo, ¡pero Dios puede condenar el alma! Puesto que él es el Juez final, y juzga por la eternidad, es lógico que pongamos el temor a Dios por sobre todo lo demás. Nuestro Dios nos conoce y nos cuida. El cuida aun a los pajarillos, y nosotros valemos más que ellos; así que, ¿qué debemos temer de los hombres?

Cuarto, debemos confesar abiertamente a Cristo (12:8,9). Una vez que hemos hecho esto, nos será más fácil vivir la verdad y evitar la hipocresía. ¿Cómo podemos temer a los hombres cuando sabemos que Jesucristo está confesándonos delante del Padre en el cielo? No importa que los hombres elogien nuestro nombre en la tierra, lo importante es que Dios nos reconozca en el cielo (ve 2 Timoteo 2:8-14).

Finalmente, debemos depender del Espíritu Santo (12:10-12). Parece que Jesús se contradice. En Lucas 12:8,9 exige que le confesemos abiertamente, pero en Lucas 12:10 dice que podemos hablar en su contra y ser perdonados. Sin embargo, si hablamos contra el Espíritu ¡no hay perdón! ¿Quiere decir que el Espíritu Santo es más importante que el Hijo de Dios?

Observa que esta afirmación se relaciona con el ministerio del Espíritu en y por medio de los apóstoles (Lucas 12:11,12). La nación judía rechazó a Dios el Padre al rehusar obedecer a Juan el Bautista y arrepentirse, porque Juan fue enviado por el Padre. Rechazaron a Dios el Hijo cuando pidieron a Pilato que le crucificara. Pero ese pecado podía ser perdonado porque todavía estaba el ministerio del Espíritu.

Dios no juzgó a la nación inmediatamente. En lugar de eso, Jesús oró por ellos mientras colgaba en la cruz (Lucas 23:34; ve también Hechos 3:17). Luego Dios envió al Espíritu Santo, quien ministró por medio de los apóstoles y otros creyentes en la iglesia. *Esta fue la última oportunidad para la nación, y fallaron porque rechazaron el testimonio del Espíritu (Hechos 7:51).* Lucas 12:11,12 se cumplió en los primeros capítulos de Hechos cuando el mensaje fue “al judío primeramente” (Hechos 3:26; 13:46; Romanos 1:16). El tercer “pecado nacional” de

Israel fue el apedreamiento de Esteban (Hechos 7), después de lo cual el mensaje fue a los samaritanos (Hechos 8), y luego a los gentiles (Hechos 10). Observa que Esteban dijo: “Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51).

No creo que el pecado contra el Espíritu Santo sea cometido por las personas hoy como lo cometió Israel hace siglos. En mi opinión el único pecado imperdonable hoy es el rechazo final de Jesucristo (Juan 3:36). El Espíritu de Dios testifica mediante la Palabra, y es posible que los pecadores rechacen ese testimonio y resistan al Espíritu. Pero el Espíritu da testimonio de Cristo (Juan 16:7-15); así que la manera en que la gente trata al Espíritu es como tratan al Hijo de Dios.

2. Cuídate de la codicia (Lucas 12:13-21)

En ese momento un hombre de entre la multitud interrumpió a Jesús y le pidió que resolviera un problema familiar. Se esperaba que los rabinos ayudaran a resolver las cuestiones legales, pero Jesús rehusó intervenir. ¿Por qué? Porque sabía que ninguna respuesta que diera resolvería el problema *actual*, que era la codicia en el corazón de los dos hermanos. En tanto y en cuanto ambos hombres fueran codiciosos, *ningún* arreglo sería satisfactorio. Su mayor necesidad era un cambio de corazón. Como muchas personas hoy, querían que Jesús les sirva pero no que los salve.

La codicia es una sed insaciable de tener más y más de algo que creemos necesitar para quedar verdaderamente satisfechos. Puede ser sed de dinero o de cosas que el dinero puede comprar, o hasta hambre de posición y poder. Jesús dejó bien claro que la vida abundante no depende de las posesiones. No negó que tenemos ciertas

necesidades básicas (Mateo 6:32; 1 Timoteo 6:17). Pero afirmó que no tendremos una vida *más* abundante adquiriendo *más* de estas cosas.

Mark Twain una vez definió la “civilización” como “la multiplicación ilimitada de necesidades innecesarias”, y tenía razón. De hecho, muchos creyentes están infectados por la codicia y no lo saben. Piensan que la amonestación de Pablo en 1 Timoteo 6 se aplica sólo a los ricos y famosos; medida por la norma de vida del resto del mundo, la mayoría de creyentes en los Estados Unidos de la América del Norte en verdad son gente rica.

Jesús contó esta parábola para revelar los peligros que acechan un corazón codicioso. Al leerla, examina tus propias respuestas a las varias experiencias de este agricultor.

¿Cómo respondes al *dilema* del agricultor rico? Aquí tenemos a un hombre que tenía problemas ¡por tener demasiada riqueza! Si decimos: “En verdad me gustaría tener ese problema!” es posible que lo que estaremos revelando es la codicia que tenemos en el corazón. Si de súbito heredarás una gran cantidad de dinero, ¿te crearía eso un problema? o ¿Acaso simplemente alabarías a Dios y le preguntarías lo que él quiere que hagas con ello?

Hay peligros en la prosperidad (Proverbios 30:7-9). La riqueza puede ahogar la Palabra de Dios (Mateo 13:22), crear trampas y tentaciones (1 Timoteo 6:6-10,17-19), y dar un falso sentido de seguridad. Dicen que el dinero no satisface, pero en verdad satisface *si quieres vivir en ese nivel*. Los que se satisfacen sólo con las cosas que el dinero puede comprar, corren gran peligro de perder lo que el dinero no puede comprar.

Este agricultor vio su riqueza como una oportunidad de complacerse a sí mismo. No pensó en nadie más, ni siquiera en Dios.

¿Cómo respondes a las *decisiones* del rico? Estás diciendo: “¡Eso sí que es astucia en los negocios! Ahorrar y guardarlo para el futuro”. Pero Jesús vio egoísmo en todo lo que el hombre hizo, y dijo que el hombre era un necio. La filosofía del mundo es: “Vélate por ti mismo”. Pero Jesús no aprueba tal filosofía.

Por cierto que no hay nada de malo en seguir buenos principios de negocios, ni en ahorrar para el futuro (1 Timoteo 5:8). Jesús no fomenta el desperdicio (Juan 6:12). Pero tampoco estimula el egoísmo motivado por la codicia.

¿Cómo respondes a los *deseos* de este agricultor? ¿Estás diciendo: “¡Esto sí es vida! El hombre tiene éxito, satisfacción y seguridad. Qué más podría querer?” Pero Jesús no ve al agricultor disfrutando de la vida; ¡lo ve enfrentándose a la muerte! La riqueza no puede mantenernos con vida cuando nos llega el momento de morir, ni tampoco puede comprar de nuevo las oportunidades que nos perdimos mientras pensábamos sólo en nosotros mismos e ignorábamos a Dios y a los demás.

Jesús dijo claramente que la verdadera vida no consiste en la abundancia material, ni tampoco consiste en ella el verdadero éxito o seguridad. Este hombre tenía una noción falsa tanto de la vida como de la muerte. Pensaba que la vida consistía en acumular cosas, y que la muerte estaba muy lejos. El 11 de marzo de 1856 Henry David Thoreau escribió en su diario: “El hombre más rico es aquel cuyos placeres son los más baratos”. También dijo: “Un hombre es rico en proporción al número de cosas que puede darse el lujo de dejar a un lado”.

Finalmente, ¿cómo respondes a la *muerte* del agricultor jactancioso? Somos propensos a decir: “Qué lástima que este tipo muriera cuando tenía todo a su favor. ¡Qué trágico que no pudiera llevar a cabo sus planes grandiosos!” Pero

152 **Compasivos en Cristo**

la mayor tragedia no es lo que el hombre dejó sino lo que le esperaba *por delante*: la eternidad sin Dios. El hombre vivió sin Dios y murió sin él, y su riqueza no fue sino algo incidental en su vida. Dios no se impresiona con nuestro dinero.

¿Qué quiere decir “rico para con Dios”? Quiere decir reconocer agradecidamente que todo lo que tenemos viene de Dios, y hacer el esfuerzo de usar lo que él nos da para el bien de otros y la gloria de Dios. Podemos *disfrutar* y *emplear* la riqueza al mismo tiempo, si nuestro propósito es honrar a Dios (1 Timoteo 6:10ss). Ser rico para con Dios quiere decir enriquecimiento espiritual, no simple deleite personal. ¡Qué tragedia la de la gente que es rica en este mundo pero pobre en el venidero! (ve Mateo 6:19-34).

3. Cuídate del afán (Lucas 12:22-34)

El agricultor rico se preocupaba porque tenía demasiado, pero los discípulos podrían verse tentados a preocuparse ¡porque no tenían lo suficiente! Lo habrían dejado todo a fin de seguir a Cristo sin contratos ni garantías. Vivían por fe, y la fe siempre es sometida a prueba.

El afán es destructor. La palabra que se traduce “afanéis” en Lucas 12:22 significa *destrozarse*, y la frase “ansiosa inquietud” (Lucas 12:29), significa *estar en suspenso*. Es el cuadro de un barco sacudido por la tempestad. “La ansiedad no elimina la tristeza del mañana”, dijo Corrie Ten Boom, “todo lo que hace es vaciar la fuerza del hoy”.

El afán es también engañoso. Nos da una falsa noción de la vida, de lo que es en sí mismo, y de Dios. La ansiedad nos convence de que la vida se basa en lo que comemos o vestimos. Nos preocupamos tanto de los *medios* que nos olvidamos totalmente del *fin*, que es glorificar a Dios

(Mateo 6:33). Hay una gran diferencia entre ganarse la vida y vivir la.

La ansiedad y el afán nos ciegan al mundo que nos rodea y a la manera en que Dios cuida de su creación. Dios hizo las hermosas flores, y hasta alimenta a los cuervos, que eran consideradas aves inmundas que no tienen capacidad de sembrar o segar. Por tanto, debe ser capaz de cuidar a los hombres *a quienes él ha dado la capacidad de trabajar*. Jesús no estaba sugiriendo que nos quedemos sentados y dejemos que Dios nos dé de comer, porque las aves mismas tienen que trabajar duro para vivir. Más bien, nos anima a que confiemos en él y cooperemos con él usando las capacidades y las oportunidades que él nos da (2 Tesalonicenses 3:6-15).

Pero la ansiedad incluso nos ciega a lo que ella es. Podemos llegar a pensar realmente que el afán logra buenas cosas en nuestra vida. En Lucas 12:25 Jesús recalcó que nuestra ansiedad no añade ni un solo minuto adicional a nuestra vida (Salmo 39:5), ni un centímetro adicional a nuestra estatura. El afán del agricultor rico ¡por cierto que no alargó en nada su vida! En lugar de añadir algo a nuestra vida, la ansiedad la puede destruir. Hay quienes pueden afanarse hasta terminar en el hospital o en la tumba.

De nuevo Jesús argumentó de lo menor a lo mayor. Si Dios alimenta a las aves, de seguro alimentará a sus hijos. Si hermosea a la planta que crece un día y al siguiente es cortada, de seguro que vestirá a su pueblo. El problema no es con su poder, porque él puede hacer cualquier cosa; el problema es nuestra poca fe.

El afán deforma. Nos impide crecer y nos hace como los que no son salvos en este mundo (Lucas 12:30). En breve, el afán es indigno del creyente; la ansiedad es pecado. ¿Cómo podemos testificar a un mundo perdido y

154 **Compasivos en Cristo**

animarlos a poner su fe en Jesucristo, si nosotros mismos dudamos de Dios y nos afanamos? ¿No es inconsistente predicar la fe y no practicarla? Peter Marshall, quien fue capellán del senado de los Estados Unidos de América, una vez dijo en una oración “que las úlceras no se conviertan en emblema de nuestra fe”. ¡Con demasiada frecuencia lo son!

¿Cómo vencer el afán? El primer paso es darnos cuenta de que *Dios conoce nuestras necesidades*, así que podemos confiar en que él las suplirá. Somos ovejas de su redil, hijos de su familia, y siervos de su reino; y él velará porque nuestras necesidades sean enteramente satisfechas. Es su *placer* darnos el reino, así que ¿no va a darnos todo lo que necesitamos? (ve Romanos 8:32).

Pero lo que complace a Dios y nuestros tesoros deben ir juntos. Debemos ver la tierra desde el punto de vista del cielo y asegurarnos de poner el reino de Dios primero en todo. La pregunta principal es: “¿Dónde está tu corazón?” Si nuestro corazón está fijo en las cosas transitorias de la tierra, entonces siempre nos afanaremos. Pero si está fijo en lo eterno, entonces la paz de Dios guardará nuestra mente y nuestro corazón (Filipenses 4:6-9). Debemos “tener sin apretar” los bienes de este mundo, y estar dispuestos aun a vender lo que tenemos para ayudar a otros (Hechos 2:44,45; 4:34,35). No es malo tener posesiones, siempre y cuando ellas no nos posean.

4. Cuídate del descuido (Lucas 12:35-53)

Jesús cambió su énfasis de la preocupación por el presente a la vigilancia del futuro. Los temas en Lucas 12 van juntos, porque una de las mejores maneras de conquistar la hipocresía, la codicia y la ansiedad, es esperar el regreso del Señor. Cuando uno vive en tiempo futuro, es difícil que

las cosas del mundo lo enreden. En esta sección Jesús explicó cómo podemos estar listos para su regreso.

Esperando y aguardando (12:35-40). Las bodas judías se celebraban por la noche, y los criados del novio tenían que esperar que su amo regresara a casa con su flamante esposa. El recién casado de seguro no querría que lo dejaran esperando a la puerta con su flamante esposa. Pero los criados debían asegurarse de estar listos para trabajar, con sus vestidos ceñidos bajo el cinto para tener libertad para moverse (ve 1 Pedro 1:13ss).

Pero lo interesante de este relato es que el amo sirve a los siervos. En las bodas judías la novia era tratada como si fuera reina y el novio como si fuera rey; así que uno no esperaría que el rey ministrara a sus criados. Nuestro Rey ministrará a sus fieles siervos cuando nos reciba en su regreso, y nos recompensará por nuestra fidelidad.

Vigilar quiere decir *estar alerta, estar listo, no ser tomado por sorpresa*. Esta es la actitud que debemos tener hacia la segunda venida de Jesucristo. Su venida será como la del ladrón: sin anunciarse e inesperada (Mateo 24:43; 1 Tesalonicenses 5:2; Apocalipsis 16:15). ¡Debemos estar listos!

El consagrado pastor presbiteriano Robert Murray McCheyne a veces preguntaba a la gente: “¿Creen ustedes que Jesús viene hoy?” Si la respuesta era negativa, les decía: “Entonces será mejor que se alisten, porque él vendrá a la hora en que menos lo piensen”.

Trabajando (12:41-48). A fin de que no creamos que vigilar y aguardar es todo lo que se requiere, Jesús añadió esta parábola para animarnos a estar trabajando cuando él venga. Los apóstoles tenían la responsabilidad especial de alimentar a la familia de Dios, su iglesia; pero cada uno de nosotros tiene una tarea que hacer en este mundo,

que el Señor nos ha asignado. Nuestra responsabilidad es permanecer fieles cuando él venga. Tal vez no parezca que tenemos éxito a nuestros ojos, o a los ojos de otros; pero eso no es lo importante. Lo que Dios quiere es fidelidad (1 Corintios 4:2).

Una vez que el creyente empieza a pensar que su Maestro *no* va a regresar, su vida empieza a deteriorarse. Nuestra relación con otras personas depende de nuestra relación con el Señor; así que si dejamos de esperarle, dejaremos de amar a su pueblo. La motivación para la vida cristiana y el servicio debe ser un deseo de agradar al Señor y ser hallado fiel cuando él regrese.

No creo que Lucas 12:46 enseñe que los creyentes que no sean fieles perderán su salvación, porque nuestra ida al cielo depende de la fe en Jesucristo, y no de las buenas obras (Efesios 2:8-10; 2 Timoteo 2:11-13). La frase “le castigará duramente” quiere decir *le separará, le apartará*. Nuestro Señor separará a los creyentes fieles y a los infieles; recompensará a los fieles, pero los siervos infieles perderán su recompensa (1 Corintios 3:13-15).

El juicio divino será justo. Se basará en lo que los siervos sepan de la voluntad de Dios. Esto no es sugerir que mientras más ignorantes somos, más fácil será para nosotros ante el tribunal de Cristo. Se nos exhorta a conocer la voluntad de Dios (Romanos 12:2; Colosenses 1:9) y a crecer en nuestro conocimiento de Jesucristo (2 Pedro 3:18). Jesús está asentando un principio general: Mientras más tenemos de Dios, mayor es nuestra responsabilidad ante él.

Luchando (12:49-53). Mientras esperamos, aguardamos y trabajamos, no tendremos las cosas fáciles, porque somos extranjeros en territorio enemigo. Las ilustraciones que Jesús usó: fuego, bautismo, división, hablan de oposición y conflicto. Para los judíos el fuego era símbolo de juicio;

y la venida de nuestro Señor a este mundo en efecto trajo juicio (Juan 9:39-41).

El “bautismo” de nuestro Señor en Lucas 12:50 se refiere a su sufrimiento y muerte, lo cual quedó ilustrado en su bautismo en el Jordán. (Ve Salmo 42:7 y Jonás 2:3; y observa la referencia a Jonás en Lucas 11:29,30.) Los apóstoles de verdad recibieron el bautismo de sufrimiento al testificar de Cristo después de Pentecostés.

Lucas empezó su libro anunciando paz en la tierra (Lucas 2:14), pero ahora el Señor parece contradecir esta promesa. Jesús en efecto da paz a los que confían en él (Romanos 5:1), pero a menudo la confesión de fe de ellos se convierte en una declaración de guerra entre parientes y amigos. Jesús es causa de división (ve Juan 7:12,43; 9:16; 10:19). Pero aun cuando no haya paz en la tierra, hay paz en el cielo (Lucas 19:38), debido a la obra concluida de Jesucristo en la cruz.

Después de instruir a sus discípulos Jesús pasó a dar una advertencia final a los que le rodeaban.

5. Cuídate de la torpeza espiritual (Lucas 12:54-59)

Jesús usó dos ilustraciones para destacar a las multitudes la importancia del discernimiento y la diligencia en cuestiones espirituales. Primero, habló del tiempo, y luego habló de pleitos judiciales.

Discernimiento (12:54-57). Si la gente usara de tanto discernimiento en las cosas espirituales como lo usa respecto al tiempo, ¡les iría mucho mejor! La multitud podía predecir una tempestad, pero no podía prever el juicio venidero. Sabía que el clima estaba a punto de cambiar, pero no podía interpretar las señales de los tiempos. La nación judía tuvo por siglos las Escrituras proféticas, y debería haber sabido lo que Dios estaba

haciendo, pero sus dirigentes religiosos la habían hecho descarriar.

Qué tragedia que los hombres de hoy pueden predecir los movimientos de las planetas en el espacio, dividir los átomos, e incluso enviar hombres a la luna, pero están ciegos a lo que Dios está haciendo en el mundo. Saben cómo llegar a las estrellas, pero ¡no saben cómo llegar al cielo! Nuestro educado mundo posee mucho conocimiento científico, pero no sabiduría espiritual.

Diligencia (12:58,59). Toda persona hará lo que sea necesario para evitar ir a parar en la cárcel, pero ¿cuántas personas aplicarían el mismo interés y diligencia para evitar ir al infierno? Si los abogados y jueces examinaran la Palabra de Dios con la misma diligencia que examinan sus libros de leyes, adquirirían una sabiduría que la ley no puede dar.

La nación de Israel se encaminaba al juicio, y el Juez es el Dios Todopoderoso, sin embargo ellos no trataban de buscar términos de paz (Lucas 13:34,35). Jesús sabía que los ejércitos romanos vendrían y destruirían la ciudad y el templo (Lucas 19:41-44), pero no pudo convencer al pueblo para que se arrepintiera. La deuda de ellos estaba creciendo y pagarían hasta el último centavo.

Debemos aplicar estas verdades a nuestra vida. Si supiéramos cuándo viene la tempestad, nos prepararíamos. Si supiéramos que el alguacil viene para citarnos a la corte, buscaríamos un abogado y trataríamos de arreglar las cosas fuera de los tribunales. La tempestad de la ira de Dios se avecina, y el Juez ya está a la puerta (Santiago 5:9).

“Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Corintios 6:2).

Preguntas y respuestas

Lucas 13

Un alumno judío preguntó a su profesor: “Rabino: ¿Por qué cuando le hago una pregunta, usted siempre me responde con otra pregunta?”

El rabino contestó: “¿Y por qué no hacerlo?”

Al seguir Jesús su viaje a Jerusalén encontró cuatro situaciones y preguntas que debían ser contestadas. “Hacer una pregunta a un sabio es el principio de la sabiduría”, dice un proverbio alemán. No todos los que le formularon preguntas al Señor lo hicieron con motivos puros, pero eso no impidió que Jesús les enseñara lo que necesitaban saber. Al estudiar las respuestas en Lucas 13, se puede aprender más de él y de su ministerio, y también más sobre cómo vivir la vida cristiana a fin de agradarle.

1. Una pregunta política sobre la justicia (Lucas 13:1-9)

Poncio Pilato, el gobernador romano, no se llevaba bien con los judíos debido a su insensibilidad a las convicciones religiosas de ellos. Por ejemplo, metió en Jerusalén las insignias oficiales romanas, y eso enfureció a los judíos

porque les disgustaba profundamente tener la imagen del César en la ciudad santa. Pilato amenazó con matar a los que protestaran *¡y ellos estuvieron dispuestos a morir!* Viendo su determinación, el gobernador cedió e hizo llevar a Cesarea las insignias, pero eso no detuvo las hostilidades.

La atrocidad mencionada en Lucas 13:1 puede haber tenido lugar cuando Pilato se apropió del dinero del tesoro del templo para financiar en parte un acueducto. Una nutrida multitud de judíos se reunió para protestar; así que Pilato hizo que sus soldados se mezclaran entre el gentío, *vestidos de ropas civiles*. Usando armas escondidas, los soldados mataron un buen número de judíos inocentes y desarmados, y esto sólo aumentó el odio de los judíos contra el gobernador.

Siendo que Jesús iba a Jerusalén, cualquier cosa que dijera acerca de Pilato de seguro llegaría a la capital antes que él. Si ignoraba el asunto, la multitud podía acusarle de favorecer a los romanos y ser desleal a su pueblo. Si defendía a los judíos y acusaba a Pilato, se habría metido en problemas con los romanos, y los dirigentes judíos habrían tenido una buena excusa para apresarlos.

Nuestro Señor llevó todo el asunto a un nivel más alto y evadió por completo la política. En lugar de debatir los pecados *de Pilato*, trató con los pecados de los que le hacían las preguntas. ¡Respondió a su pregunta haciéndoles otra pregunta!

Dijo claramente que las tragedias humanas no siempre son castigos divinos, y que está mal que “creamos ser Dios” y emitamos juicios. Los amigos de Job cometieron este error cuando dijeron que las aflicciones de Job eran evidencia de su pecado. Si le damos semejante enfoque a la tragedia, tendremos severas dificultades para explicar los sufrimientos de los profetas y apóstoles, y aun del mismo Señor Jesús.

“¿Cómo pueden ustedes explicar las muertes de aquellos sobre quienes cayó la torre de Siloé?” les preguntó. “No fue culpa de Pilato. ¿Fue culpa de Dios? ¿Echaremos a él la culpa? Los dieciocho que murieron estaban simplemente haciendo su trabajo, y sin embargo murieron. No estaban protestando ni creando problemas”.

Cuando el poeta ciego inglés John Milton estaba viejo y confuso, un día lo visitó Carlos II, hijo del rey que los puritanos habían decapitado. “Tu ceguera es un castigo de Dios por la parte que tomaste contra mi padre”, le dijo el rey. Milton replicó: “Si yo perdí mi *vista* por castigo de Dios, ¿qué puedes decir tú de tu padre que perdió su *cabeza*?”

Jesús mostró las conclusiones lógicas del argumento que ellos estaban usando: Si Dios *en efecto* castiga a los pecadores de esa manera, entonces ellos harían bien en arrepentirse ¡porque todos los hombres son pecadores! La pregunta no es: “¿Por qué murieron aquellos?” sino “¿qué derecho tienes para seguir con vida?” Ninguno de nosotros está libre de pecado, así que es mejor que nos preparemos”.

Es más fácil hablar de la muerte de otros que enfrentar nuestro propio pecado y muerte. El acaudalado empresario estadounidense William Randolph Hearst no permitía que nadie mencionara la muerte en su presencia, y *sin embargo murió*. Le pregunté a un amigo cuál era la tasa de mortalidad en su ciudad, y me contestó: “una a cada uno”. Luego añadió: “Se muere gente que nunca antes se había muerto”.

Según Levítico 19:23-25, el fruto de los árboles recién sembrados no se debía comer durante los primeros tres años, y el cuarto año la cosecha pertenecía al Señor. Un agricultor no recogía ningún higo para sí mismo sino hasta

el quinto año, ¡pero este hombre había esperado *siete* años! ¡No es sorpresa que quería derribar el árbol sin fruto!

La parábola tiene una aplicación a los individuos como a la nación de Israel. Dios ejerce gracia y paciencia con las personas (2 Pedro 3:9) y hace más de lo necesario para animarnos a arrepentirnos y llevar fruto (Mateo 3:7-10). Tiene todo derecho para cortarnos, pero en su misericordia nos ha dejado en pie. Sin embargo, no debemos ser presuntuosos por la bondad y paciencia del Señor, porque el día del juicio finalmente vendrá.

Pero el árbol también nos recuerda la bondad especial de Dios para Israel (Isaías 5:1-7; Romanos 9:1-5) y su paciencia con ellos. Dios esperó tres años durante el ministerio terrenal de nuestro Señor, pero la nación no produjo fruto. Luego esperó cuarenta años más antes de permitir que los ejércitos romanos destruyeran Jerusalén y el templo; y durante todos esos años la iglesia cristiana dio a la nación un poderoso testimonio del mensaje del evangelio. Finalmente, el árbol fue cortado.

Es significativo que la parábola tiene *un fin inconcluso*, así los oyentes tenían que suplir la conclusión. (El libro de Jonás es otro ejemplo de este método.) ¿Fructificó el árbol? ¿Logró algo el cuidado especial? ¿Se dejó en pie al árbol o se lo cortó? No tenemos manera de saber las respuestas a estas preguntas, *¡pero podemos contestarlas en lo que tiene que ver con nuestra vida!* De nuevo, la pregunta no es: “¿Qué pasó al árbol?” sino “¿Qué me pasará a mí?”

Dios busca fruto. No aceptará sustitutos, y el tiempo para arrepentirse es hoy. La próxima vez que oigas de una tragedia que cobra muchas vidas, pregúntate: “¿Estoy simplemente ocupando espacio o estoy dando fruto para la gloria de Dios?”

2. Una pregunta legal sobre el sábado (Lucas 13:10-21)

Liberación (13:10-13). Si yo hubiera estado lisiado durante dieciocho años, me pregunto si sería fiel en asistir para adorar a Dios semana tras semana en la sinagoga. De seguro que esta mujer había orado y había pedido ayuda a Dios, y sin embargo no había sido librada. No obstante, lo que parecía desinterés de Dios no le hizo amargarse ni resentirse. Estaba en la sinagoga.

Siempre sensible a las necesidades de otros, Jesús vio a la mujer y la llamó al frente. A la congregación le puede haber parecido insensible que Jesús hiciera eso, y expusiera públicamente su invalidez (ve Mateo 12:13), pero él sabía lo que estaba haciendo. Por un lado, Satanás estaba en la sinagoga y Jesús quería desenmascararlo y derrotarlo. Pero también quería que la mujer le ayudara a enseñar a la gente una lección importante sobre la libertad.

Satanás no sólo doblega a las personas, sino que también lo hace el pecado (Salmo 38:6), la tristeza (Salmo 42:5) y el sufrimiento (Salmo 44:25). Jesucristo es el único que puede poner en libertad a los presos. Jesús habló, le puso las manos encima, la mujer fue sanada y dio gloria a Dios. Ese fue un culto en la sinagoga que la gente nunca olvidó.

Indignación (13:14). En lugar de regocijarse y dar gloria a Dios, el dirigente de la sinagoga (ve Lucas 8:41) se enojó. No tuvo el coraje de expresar su ira a Jesús, así que regañó a la congregación. Pero mientras más piensa uno en su diatriba, más risible se vuelve. Supongamos que la gente *en efecto* traía a los enfermos para que fueran sanados, ¿quién los sanaría? ¿Tenía él ese poder?; y si lo tenía, ¿por qué no lo había usado para ayudar a la gente antes? ¡Qué hipócrita más cobarde!

La esclavitud del dirigente de la sinagoga era peor que la de la mujer. La esclavitud de ella afectaba sólo su cuerpo, pero la esclavitud de él encadenaba su mente y su corazón. Estaba tan atado y ciego por la tradición ¡que acabó oponiéndose al Hijo de Dios! Elbert Hubbard dijo que la tradición es “un reloj que nos dice que hora fue”. El dirigente de la sinagoga no podía distinguir este tiempo (Lucas 12:56) y quedó condenado.

Vindicación (13:15-17). Jesús pudo haber sanado a la mujer en cualquier otro día de la semana. Después de todo, ella había estado atada durante dieciocho dolorosos años, y un día más no habría hecho gran diferencia. Pero deliberadamente escogió el sábado porque quería enseñar una lección sobre la libertad. Observa la repetición de las expresiones “libre” y “desatar” (Lucas 13:12,15,16).

En primer lugar el Señor defendió a la mujer y reprendió al dirigente de la sinagoga. Jesús le recordó que él trataba a sus animales mucho mejor de lo que trató a esta pobre mujer. Esta acusación incluyó a los de la congregación. Nuestro Señor está arguyendo de lo menor a lo mayor: Si Dios permite que la gente auxilie a sus animales sedientos en el sábado, ¿no iba a querer cuidar a los necesitados hechos a imagen de Dios? Cualquier tradición que nos impida ayudar a otros no viene de Dios. De hecho, es fácil usar la tradición como una excusa para no auxiliar a otros.

Jesús dijo que la mujer era “hija de Abraham”, refiriéndose a su condición espiritual y no a su nacimiento físico (Lucas 19:9; Gálatas 3:7). Todas las mujeres judías presentes habrían sido “hijas de Abraham”. ¿Quiere esto decir que ella se convirtió *antes* de que el Señor la sanara? Si es así, entonces ella es la única *creyente* en el Nuevo Testamento que tenía una aflicción física debido a un

ataque del demonio. (No estamos seguros de lo que era el “agujón en la carne” de Pablo, ni cómo Satanás lo usaba exactamente para afligirlo. Ve 2 Corintios 12.)

Tal vez es cuestión de semántica, pero prefiero hablar de la obra de los demonios en los creyentes como “opresión demoníaca” en vez de “posesión demoníaca”. De hecho, la palabra griega es *demonizado*, así que no necesitamos pensar en posesión en términos de espacio. Por cierto que Satanás puede atacar, y en efecto lo hace, el cuerpo y la mente del pueblo de Dios. Una opresión satánica puede durar por muchos años hasta que alguien detecte que es la obra de Satanás. No toda enfermedad es causada por los demonios (Lucas 6:17-19), así que no debemos echar a Satanás la culpa de todo.

Había algunos en la congregación que esperaban usar esta violación del sábado para acusar a Jesús, pero él los avergonzó tanto que no dijeron nada. La lección que enseñó fue clara: Satanás esclaviza a la gente, pero la verdadera libertad viene al confiar en Cristo. El sábado que Dios quiere darnos es un *reposo de corazón* que viene mediante su gracia y no al obedecer tradiciones (Mateo 11:28-30).

Las parábolas incluidas en Lucas 13:18-21 probablemente fueron dichas a la congregación poco antes de que Jesús y los doce salieran de la sinagoga. Jesús había usado estas parábolas antes, y los discípulos las comprendieron (Mateo 13:31-33,51). Algunos ven en ellas un cuadro del crecimiento externo y visible del reino (la semilla de mostaza) y la influencia interna e invisible del reino (la levadura). Al usar estas parábolas Jesús estaba diciendo: “Ustedes, dirigentes religiosos judíos pueden aferrarse a sus tradiciones muertas y oponerse a la verdad, pero el reino viviente de Dios seguirá creciendo. ¡Satanás será derrotado!”

Pero, debemos tener en mente otras dos consideraciones. Primero, Jesús ya había usado la levadura como un cuadro del mal (Lucas 12:1), y no es probable que se contradiga. Segundo, el contexto de Mateo 13 indica oposición y lo que parece ser derrota del reino de Dios, y no una conquista mundial. Sí, habrá una victoria final; pero mientras tanto mucha de la semilla que se siembra no fructificará, Satanás sembrará falsificaciones, y la red atrapará toda clase de peces; buenos y malos. Ni en la historia del cristianismo ni en los informes contemporáneos se halla prueba alguna de que el reino de Dios haya llegado al mundo entero. En vista del aumento de la población, ¡estamos perdiendo terreno!

Los judíos conocían las Escrituras y reconocieron las ilustraciones que Jesús usó. La levadura representaba el mal (Exodo 12:14-20), y un árbol frondoso era cuadro de un gran reino mundial (Ezequiel 17:22-24; 31:3-9; Daniel 4:20-22). La semilla de mostaza produce un arbusto, no un árbol grande. El reino quedaría infectado por la falsa enseñanza (Gálatas 5:1-9), y la pequeña semilla (“manada pequeña”, Lucas 12:32) crecería hasta ser una organización que sería sede para Satanás. (Las aves representan al malo, Mateo 13:19.) Hoy día la iglesia profesante se ajusta a ambas descripciones.

3. Una pregunta teológica sobre la salvación (Lucas 13:22-30)

Los sucesos anotados en Juan 9—10 encajan entre Lucas 13:21 y 22. Observa en Juan 10:40-42 que Jesús salió de Judea y fue al otro lado del Jordán, a Perea. Los sucesos de Lucas 13:22—17:10 tienen lugar en Perea, mientras el Señor se acerca gradualmente a Jerusalén.

Los escribas con frecuencia debatían la cuestión de cuántos serían salvos, y alguien pidió a Jesús que expresara

su opinión. Como con la cuestión acerca de a Pilato, Jesús inmediatamente hizo el asunto personal. “La pregunta no es cuántos serán salvos, sino ¿si *tú* serás salvo o no! Primero resuelve eso, y luego podemos debatir lo que puedes hacer para ayudar a que otros se salven”.

A veces recibo “cartas teológicas” de radio oyentes que quieren discutir sobre la predestinación, la elección y otras doctrinas difíciles. Cuando contesto por lo general les hago preguntas sobre su vida de oración, su testimonio y su obra en la iglesia local. Y por lo general eso pone punto final a la correspondencia. Demasiados que profesan ser creyentes quieren debatir estas doctrinas profundas, pero no quieren ponerlas en práctica tratando de ganar a otros para Cristo. D. L. Moody oraba: “Señor: Salva a los elegidos, y luego elige unos cuantos más”.

“Muchos procurarán entrar, y no podrán” (Lucas 13:24). ¿Por qué? La parábola nos dice el por qué, y se enfoca primordialmente en los judíos de esos días. No obstante, tiene una aplicación personal para todos nosotros.

Jesús describió el reino como una gran fiesta, con los patriarcas y profetas como invitados de honor (Lucas 13:28). Pero muchos de los que fueron invitados esperaron demasiado para responder; y, cuando llegaron al salón del banquete, era demasiado tarde y la puerta ya estaba cerrada (ve Mateo 22:1-14; Lucas 14:15-24).

Pero, ¿por qué esperaron tanto tiempo? La parábola sugiere varias razones. Primeramente, la salvación no es fácil; el pecador debe entrar por la puerta estrecha y recorrer la senda angosta (Lucas 13:24; ve también 9:23ss). Los del mundo están en el camino fácil, que lleva a la destrucción (Mateo 7:13,14), y es mucho más fácil andar con ellos.

Otra razón para su demora fue su falso sentido de seguridad. Jesús había estado entre ellos; habían comido

con él y habían disfrutado de compañerismo, *sin embargo ellos nunca confiaron en él*. Dios dio a la nación muchos privilegios y oportunidades, pero ellos las desperdiciaron (ve Lucas 10:13-16). Dios es paciente; no obstante, llega el tiempo cuando hasta él cierra la puerta.

El orgullo también jugaba una gran parte: No querían humillarse ante Dios. A sus propios ojos ellos estaban en primer lugar, pero a los ojos de Dios eran los últimos, *¡y los gentiles vendrían y tomarían su lugar!* (ve Mateo 21:43). Imagínate a los “perros gentiles inmundos” sentados en el banquete con Abraham, Isaac y Jacob, ¡mientras que los judíos incrédulos estaban fuera!

Estas personas estaban perdidas porque dependían de su religión antigua para su salvación; pero Jesús los veía como “hacedores de maldad”, y no hacedores de justicia (Isaías 64:4, Tito 1:16). ¡Se requiere más que reverencia por las tradiciones para entrar en el reino de Dios!

Pero la mayor razón la da Jesús mismo: “No quisiste” (Lucas 13:34). Sus mentes habían sido instruidas por la Palabra de Dios (Lucas 13:26), y sus corazones habían sido removidos por sus obras poderosas, pero sus voluntades fueron obstinadas y no querían someterse al Señor. *Esta es la mortal consecuencia de la demora*. Mientras más esperan los pecadores, más se endurece el corazón. “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 4:7).

El compositor español Manuel de Falla se hizo notorio por no contestar su correspondencia. Cuando oyó que un amigo había muerto, dijo: “¡Qué lástima! Murió antes de que yo pudiera contestar la carta que me envió hace como cinco años”.

Cuando los pecadores no responden a la invitación *de Dios* a su banquete, *ellos son los que mueren*. Son echados

fuera de las alegrías del reino y castigados con “el llanto y el crujir de dientes” (Lucas 13:28). Es un cuadro de gente que queda muy abrumada por el pesar al ver lo necio que fueron; pero, ya es demasiado tarde. Una de las agonías del infierno será el recuerdo de las oportunidades desperdiciadas.

¿Cuál es la respuesta? “Esforzaos a entrar por la puerta angosta” (Lucas 13:24). La palabra *esforzaos* viene de la arena deportiva y describe al atleta que rinde el máximo esfuerzo para ganar la competencia. La palabra castellana *agonizar* viene de este vocablo. Si la gente de hoy pusiera tanto esfuerzo en las cosas espirituales como lo pone en el atletismo, les iría mucho mejor.

4. Una pregunta personal acerca del peligro

(Lucas 13:31-35)

Jesús estaba en Perea, que estaba gobernada por Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande. Los fariseos querían que Jesús volviera a Judea en donde los dirigentes religiosos podrían vigilarlo y en algún momento atraparlo, así que trataron de asustarlo para alejarlo.

Herodes había estado perplejo por el ministerio de nuestro Señor y temía que Juan el Bautista, a quien había asesinado, hubiera vuelto de los muertos (Lucas 9:7-9). De hecho, en cierto punto Herodes quiso ver a Jesús porque quería verle hacer algún milagro (Lucas 23:8). Pero parece que el corazón de Herodes se endurecía cada vez más, porque ahora amenazó con matar a Jesús. La advertencia que los fariseos le dieron (Lucas 13:31) sin duda, era cierta, porque de lo contrario Jesús no habría contestado como lo hizo.

Nuestro Señor no temía el peligro. Seguía un “calendario divino” y nada podía hacerle daño. Estaba

haciendo la voluntad de Dios de acuerdo al horario del Padre (ve Juan 2:4; 7:30; 8:20; 13:1; 17:1). Había quedado decretado desde la eternidad que el Hijo de Dios sería crucificado en Jerusalén durante la Pascua (1 Pedro 1:20; Apocalipsis 13:8), y ni aun Herodes Antipas podía estorbar los propósitos de Dios. Por el contrario, los enemigos de nuestro Señor ayudaron *a cumplir* la voluntad de Dios (Hechos 2:23; 3:13-18).

Jesús usó un poco de *sarcasmo santo* en su respuesta. Comparó a Herodes con una zorra, animal que los judíos no tenían en gran estima (Nehemías 4:3). Conocida por su astucia, la zorra fue una ilustración apta para el artero Herodes. Jesús tenía una obra que hacer y la realizaría. Después de todo, Jesús andaba en la luz (Juan 9:4; 11:9,10), ¡y las zorras cazaban en la oscuridad!

Pero Jesús también tenía una palabra que decir a su nación: “No es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén” (Lucas 13:33). Esto es paralelo a lo que les dijo a los escribas y fariseos en Lucas 11:47-51. La nación no sólo rechazó la amante invitación de Dios a su banquete, sino que ¡hasta mató a los siervos que les llevaron la invitación! (ve Hechos 13:27).

El corazón de nuestro Señor se afligió al ver la incredulidad y la rebelión que le rodeaban, y prorrumpió en un lamento sobre la suerte triste de la nación judía. Fue un gemido de angustia, no una expresión de ira. Su compasivo corazón estaba quebrantado.

El cuadro de la gallina y sus pollitos era familiar para agricultores como lo eran los judíos (ve Salmo 91:4). Algunas de las referencias del Antiguo Testamento a “alas” se refiere a las alas de los querubines en el Lugar Santísimo del tabernáculo o del templo (ve Exodo 25:20; Rut 2:12; Salmo 36:7,8; 61:4). La gallina reúne a sus pollitos cuando

ve que el peligro se acerca. Los fariseos dijeron a Jesús que estaba en peligro, ¡cuando en realidad eran *ellos* los que estaban en peligro!

En este lamento Jesús se dirige a la nación entera y no sólo a los fariseos que habían tratado de provocarlo. Al pueblo se le habían dado muchas oportunidades para arrepentirse y recibir salvación, pero habían rehusado prestar atención al llamado. “Casa” se refiere tanto a la familia de Jacob (casa de Israel) como al templo (casa de Dios), ambas quedarían desoladas. La ciudad y el templo fueron destruidos, y el pueblo se esparció.

Pero hay un futuro para Israel. Vendrá el tiempo cuando su Mesías regresará y su pueblo lo reconocerá y lo recibirá. Dirán: “Bendito el que viene en nombre del Señor” (Lucas 13:35; ve también Salmo 118:26). Algunos de los del pueblo usarían estas palabras en la entrada triunfal (Lucas 19:38), pero ellas no se cumplirán sino hasta que él venga en gloria (ve Zacarías 12:10; 14:4ss; Mateo 24:30,31).

La casa de Israel ha sido dejada desolada. La nación ya no tiene rey ni sacerdote, ni templo, ni sacrificio (Oseas 3:4,5). Pero la nación tiene la promesa de Dios de que no ha quedado en el olvido (Romanos 11:1ss). No puede haber paz en la tierra sino cuando el Príncipe de Paz (Isaías 9:6) se sienta en el trono de David (Isaías 11:1ss).

¡Ora por la paz de Jerusalén! (Salmos 122:6).

¡Esfuézate por entrar por la puerta angosta!

**¡Ah, si pudiera ser como él, compasivo,
extendiendo la mano a otros en aflicción!**

Jesús se llamó a sí mismo “el Hijo del Hombre”. Mostró compasión hacia toda clase de personas... los pecadores... los rechazados... los quebrantados de corazón... hombres y mujeres... niños. Los que habían perdido las esperanzas y los impotentes le buscaron, y él nunca dejó de suplir sus necesidades. Al estudiar lo que el Dr. Lucas escribió sobre el Gran Médico, Jesucristo, comprenderás mejor la compasión de Dios, y te sentirás motivado a mostrar más interés y cariño por otros... y a hacer todo lo que puedas en el poder de Dios para ayudarlos en sus aflicciones.

Como nunca antes, de acuerdo al Dr. Wiersbe, Dios está llamando a su pueblo a ser

Compasivos en Cristo



Literatura Evangélica para el Mundo Hispano

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

ISBN 1-932607-06-4
WW-510